LOS CINCO VAN DE CAMPING

Juventud

Enid Blyton



En ésta ocasión, los Cinco se van de camping, con sus tiendas y sacos de dormir, acompañados de Mr Luffy, un notable profesor del colegio de Julian y Dick, que además de llevarlos en coche, y compartir con Ana sus bocadillos de pepinillo, lechuga…, sabe mover su oreja derecha. La zona de acampada es en los páramos, donde hay una intrincada red ferroviaria muy antigua que enlaza las poblaciones cercanas. También conocerán a Sam Pata de Palo, un extraño vigilante, que les hablará de trenes fantasma, que «no se sabe donde van, ni de donde vienen, y que marchan por la noche sin luces ni maquinistas».



Enid Blyton

Los Cinco van de camping

Los Cinco - 07

ePub r1.6
Gand 13.01.15

Título original: *Five go off to camp*
Enid Blyton, 1948
Traducción: Mercedes Folch
Ilustraciones: Eileen A. Soper
Diseño: José Correas

Editor digital: Gand
Primer editor: Annatar (r1.0 a 1.3)
Corrección de erratas: Prometheus
ePub base r1.2



Enid Blyton



Capítulo 1

Vacaciones

—¡Dos tiendas de campaña preciosas, cuatro lonas para el suelo, cuatro sacos de dormir!… Y ¿qué vamos a hacer con Tim? También tiene derecho a su saco, ¿no? —preguntó Dick, haciendo una mueca.

Los otros chicos se echaron a reír, y Tim, el perro, batió fuertemente el suelo con la cola en señal de aprobación.

—Miradlo —exclamó orgullosa Jorge—. También él se está riendo. Abre una boca enorme.

Parecía, en efecto, como si una amplia sonrisa alargara su peludo hocico de oreja a oreja.

—¡Es un encanto! —dijo Ana abrazándolo—. ¿Verdad que sí, Tim?

—¡Buf! —respondió Tim, que se sentía muy de acuerdo con ella. Y, en agradecimiento, propinó a Ana un húmedo lametón en la nariz.

Los cuatro niños, Julián, alto y fuerte para su edad, Dick, Jorge y Ana, se hallaban ocupados planeando unas vacaciones. Pensaban pasarlas de camping. Jorge era una niña, no un chico. Sin embargo, se negaba a responder cuando la llamaban por su verdadero nombre, Jorgina. Con su cara pecosa y sus cabellos cortos y rizados, se asemejaba más a un muchacho que a una chica.

—Es fantástico que nos hayan permitido pasar las vacaciones en un camping nosotros solos —comentó Dick—. Nunca creí que nuestros padres nos dejasen, después de la terrible aventura que corrimos el verano pasado en las caravanas.

—Bueno, pero no estaremos solos por completo —objetó Ana—.

No olvidéis al señor Luffy, que nos echará de cuando en cuando una mirada. Acampará muy cerca de nosotros.

—¡Bah! El viejo Luffy —rechazó Dick con una sonrisa—. No se dará cuenta siquiera de si estamos allí o no. Se pasará todo el tiempo que pueda estudiando los preciosos insectos del páramo. No nos molestará.

—Pues si no hubiera sido porque él iba también al campo, no nos habrían dejado ir a nosotros —dijo Ana—. Se lo oí decir a papá.

El señor Luffy era un profesor del colegio de los niños, un hombre ya mayor, con una apasionada afición por el estudio de los insectos de todas clases.

Ana procuraba esquivarle cuando transportaba las cajas de los insectos, porque algunas veces se le escapaban y se lanzaban hacia uno. A los niños les gustaba aquel hombre. Lo encontraban muy divertido. No obstante, la idea de que el señor Luffy fuese el encargado de vigilarlos les parecía muy cómica.

—Lo más probable es que seamos nosotros los que tengamos que echarle una ojeada a él —dijo Julián—. Pertenece a ese tipo de personas a las que siempre se les está cayendo la tienda, o escapándoseles el agua, o que se sientan sobre la cesta de los huevos.

—¡El viejo Luffy vive en el mundo de los insectos y no en el nuestro! —comentó Jorge, que odiaba a las personas entrometidas —. Tengo la impresión de que vamos a disfrutar de unas supervacaciones, viviendo en tienda de campaña, en los páramos, haciendo simplemente lo que nos guste, cuando nos guste, y como nos guste.

—¡Buf! —asintió Tim, moviendo la cola otra vez.

—Parece que también él piensa hacer lo que le apetezca —dijo Ana—. Vas a cazar cientos de conejos, ¿verdad, Tim? Y ladrarás con rabia a todo el que se acerque a menos de dos kilómetros a la redonda.

—Cállate un momento, Ana —pidió Dick, cogiendo otra vez el papel en que iban apuntando lo que precisaban—. Hay que repasar la lista y ver si llevamos todo lo que necesitamos. ¿Dónde me había quedado? ¡Ah! ¡Sí! Cuatro sacos de dormir.

—Eso. Y tú preguntaste si llevaríamos uno para Tim —dijo Ana con una risita ahogada.

—¡Claro que no! —respondió Jorge—. Dormirá sobre mis pies, como siempre. ¿Verdad, Tim?

—¿No podríamos proporcionarle uno? Aunque sólo fuera uno pequeño —preguntó Ana—. ¡Estaría monísimo con su cabecita saliendo por el borde!

—Tim odia estar monísimo —protestó Jorge—. Sigue, Dick. Le taparé la boca a Ana con mi pañuelo si interrumpe otra vez.

Dick recorrió la lista con la mirada. Era muy interesante. Figuraban en ella hornillos, cubos de lona, platos esmaltados y vasos. Cada uno de estos objetos daba lugar a un montón de discusiones.

—Es casi más divertido planear una excursión como ésta que hacerla —dijo Dick—. Bueno, creo que no nos olvidamos de nada.

—No, probablemente lo hemos pensado demasiado —repuso Julián—. El viejo Luffy dice que llevará todas nuestras cosas en el remolque de su coche. Esto nos vendrá muy bien, pues me fastidiaría que tuviésemos que cargar nosotros con ellas.

—¡Ay! Estoy deseando que llegue la semana que viene —suspiró Ana—. ¿Por qué se hace tan largo el tiempo cuando se espera algo agradable y en cambio tan corto cuando esto está sucediendo?

—Sí, debería ocurrir lo contrario. ¿No es cierto? —dijo Dick, con una sonrisa—. ¿Alguien trajo el mapa? Me gustaría echar una ojeada al lugar adonde vamos.

Julián sacó el mapa del bolsillo, lo abrió, lo depositó en el suelo y los cuatro niños se tendieron alrededor.



El mapa mostraba una vasta y solitaria faja de páramo con muy pocas casas.

—Sólo hay algunas granjas, eso es todo —dijo Julián, señalando dos de ellas—. Mirad, éste es el sitio donde vamos a ir. Aquí. Y en el declive opuesto hay una granja. Podremos comprar en ella la leche, mantequilla, huevos y todo lo que necesitemos. El señor Luffy ya estuvo allí. Dijo que era una granja más bien pequeña, pero alegre y dispuesta para recibir a los viajeros.

—Estos eriales son terriblemente altos. ¿No os parece? —preguntó Jorge—. Supongo que hará un frío espantoso en invierno.

—Es cierto —repuso Julián—. Y debe de soplar viento frío en verano, porque el señor Luffy me recomendó que llevásemos suéters y otras prendas por el estilo. Dijo que en invierno permanecen cubiertos por la nieve durante meses y meses. Y que tienen que desenterrar de ella a las ovejas cuando se pierden.

El dedo de Dick recorrió una pequeña carretera, llena de curvas, que conducía hasta la salvaje faja del páramo.

—Éste es el camino que seguiremos —explicó—. Supongo que lo dejaremos por aquí, mirad, donde está marcado el camino de carro. Por él se llega a la granja. Tendremos que transportar nuestras cosas

desde el lugar en que Luffy aparque su coche hasta nuestro campamento.

—Espero que no acamparemos demasiado cerca del señor Luffy —dijo Jorge.

—¡Claro que no! Él ha quedado en venir a echarnos una mirada, pero se olvidará de nosotros tan pronto como se haya aposentado en su tienda —respondió Julián—. Seguro. Conozco a dos chicos que fueron un día de excursión con él en su coche y regresó por la noche solo. Sencillamente, no se volvió a acordar para nada de ellos. Iban con él y los abandonó cuando estaban bastante lejos.

—¡El buen Luffy! —exclamó Dick—. ¡Es la clase de acompañante que estábamos necesitando! Vendrá corriendo a ver si nos hemos lavado los dientes o si nos hemos puesto los suéters gruesos.

Los otros rieron y Tim estiró su boca perruna en una nueva sonrisa. Su lengua colgó alegremente. ¡Qué bueno era tener por amigos a los cuatro, estar otra vez reunidos, y oír cómo planeaban las vacaciones! Tim iba al colegio con Jorge y Ana durante el trimestre y añoraba mucho a los dos chicos. Sin embargo, él pertenecía a Jorge y ni soñaba en abandonarla. Era estupendo que permitieran tener animales en la escuela a su amita, pues, ciertamente, sin esta condición, ella se habría negado a ir.

Julián dobló el mapa otra vez.

—Espero que nos traerán pronto todas las cosas que hemos encargado —dijo—. De todos modos, tendremos que esperar unos seis días. Me ocuparé de recordar al señor Luffy que vamos a ir con él, pues es muy capaz de marcharse sin nosotros.

Era muy pesado verse forzado a esperar tanto tiempo, cuando todo estaba ya planeado. Fueron llegando los paquetes de las diferentes tiendas. Los niños los abrieron con ansiedad.

Los sacos de dormir eran preciosos.

—¡Estupendos! —exclamó Ana.

—¡Fantásticos! —corroboró Jorge, arrastrándose entre ellos—. ¡Mirad! Se pueden atar en el cuello, y hay una caperuza que cubre la cabeza. ¡Caramba, qué caliente se está aquí dentro! Me olvidaré del frío de la noche metida en esto. Voto por que esta misma noche durmamos ya en ellos.

—¿Cómo? ¿En nuestros dormitorios? —preguntó Ana, asombrada.

—Sí. ¿Por qué no? Están pidiendo que los estrenemos —replicó Jorge, quien opinaba que su saco de dormir era cien veces mejor que una cama corriente.

De manera que aquella noche los cuatro durmieron sobre el suelo de sus habitaciones en sus sacos de dormir. A la mañana siguiente, todos aseguraron que habían dormido muy cómodos y calientes como tostadas.

—La única dificultad fue que Tim quería meterse dentro del mío —dijo Jorge—. Y, francamente, no es lo bastante grande para eso. Si durmiera dentro se asfixiaría.

—Bueno, también intentó pasar media noche en el mío —gruñó Julián—. Ya me ocuparé yo de cerrar muy bien la puerta de nuestro cuarto si Tim piensa pasarse las noches desplomándose por turno en todos los sacos.

—A mí no me molestan tanto los golpes como esa espantosa costumbre que ha cogido de dar vueltas y más vueltas antes de empezar a dormir —se quejó Dick—. La noche pasada lo hizo sobre mi estómago. Es una costumbre idiota.

—No puede remediarlo —saltó Jorge al momento en su defensa —. Es una costumbre de los perros salvajes desde hace siglos y siglos. Se acuestan entre cañas y juncos y ruedan sobre ellos para chafarlos y prepararse así un lugar blando donde dormir. Por eso nuestros perros también dan vueltas y más vueltas antes de dormir, aun cuando no tengan juncos que aplastar.

—Bueno. Me gustaría que Tim olvidara de una vez a sus perrunos antecesores con sus camas de juncos y que recordara solamente que él es un agradable perro doméstico, con un cesto de su entera propiedad —dijo Dick—. Si vierais mi saco… Está todo señalado por sus huellas.

—¡Embustero! —respondió Ana—. Eres un exagerado, Dick. ¡Dios mío! ¿Cuándo llegará el martes? Estoy harta de esperar.

—Ya llegará —dijo Julián—. Naturalmente que llegará.

El martes amaneció un día brillante y soleado, con un cielo azul suave, moteado por pequeñas nubes blancas.

—Nubes de buen tiempo —comentó Julián, complacido—. Ahora esperemos que el viejo Luffy haya recordado que es hoy cuando debemos partir. Prometió estar aquí a las diez. Mamá nos ha preparado unos bocadillos para el camino. Pensó que sería mejor así

si acaso el señor Luffy se olvidaba de ellos. Y aunque se acuerde, no importa, porque seguro que seremos capaces de comérnoslos todos. Además, hay que contar con Tim, siempre dispuesto a ayudarnos.

Tim estaba tan excitado como los mismos niños. Siempre se enteraba de cuándo iba a suceder algo agradable. Su cola permanecía en constante movimiento y su lengua colgaba. Jadeaba como si acabase de echar una carrera. Se metía bajo los pies de todos, pese a que nadie le hacía el menor caso.

El señor Luffy llegó con media hora de retraso, justo en el momento en que todo el mundo empezaba a desconfiar. Estaba radiante, mientras los aguardaba subido sobre la rueda de su viejo vehículo. Los chicos le conocían muy bien, pues no vivía muy lejos y venía a menudo a jugar al *bridge* con sus padres.

—¡Hola, hola! —gritó—. Veo que ya tenéis todo preparado. Esto va bien. Amontonad las cosas en el remolque, ¿queréis? Las mías están ya allí, pero queda mucho sitio. He comprado bocadillos para todos. Mi mujer me recomendó que trajera bastantes.

—¡Caramba! Tendremos un estupendo banquete —comentó Dick, en tanto ayudaba a Julián a transportar las tiendas dobladas y los sacos de dormir, mientras las chicas les seguían con los paquetes más pequeños. Pronto estuvo todo colocado en el remolque y Julián lo aseguró con cuerdas.

Dijeron adiós a todos los que quedaban en tierra y se subieron excitados al vehículo.

El cacharro del señor Luffy inició la marcha. La primera velocidad se puso en acción produciendo un ruido horrible.

—¡Adiós! —gritaron los que se quedaban. La madre de Julián añadió la última palabra—: ¡No os metáis en ninguna de esas peligrosas aventuras otra vez!

—Claro que no —contestó el señor Luffy, en tono alegre—. Ya vigilaré yo. No se tropieza con aventuras desagradables en un páramo salvaje y desierto. ¡Adiós!

Marcharon haciendo señas y gritando adiós como locos durante todo el trayecto.

—Adióos, adiooooós. ¡Hurra! Al fin estamos en camino.

El coche corría por la inclinada carretera. El remolque iba detrás, traqueteando furiosamente. Las vacaciones habían comenzado.

Capítulo 2

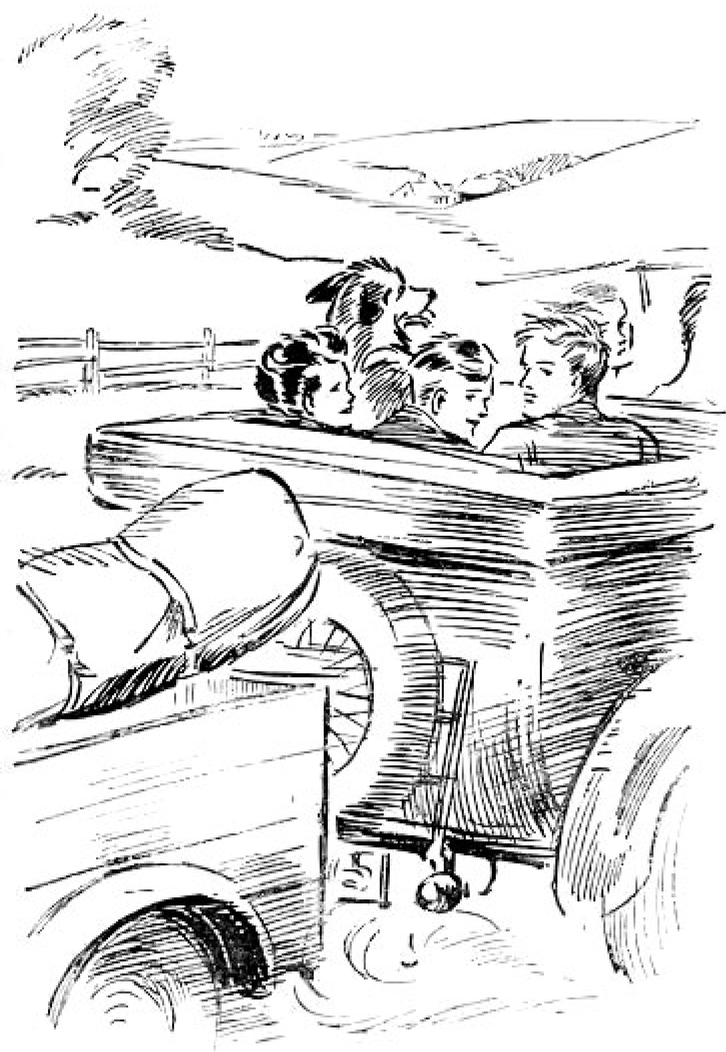
Por los páramos

El señor Luffy no era muy buen conductor. Corría demasiado, sobre todo en las curvas. Julián no cesaba de mirar alarmado hacia el remolque, temeroso de que en cualquier viraje pudiera perderse algo.

Vio que el bulto de los sacos de dormir saltaba en el aire. Por fortuna, volvió a caer sobre el remolque. Tocó al señor Luffy en el hombro.

—¡Señor Luffy! ¿No podría ir un poco más despacio, por favor? El remolque estará vacío por completo cuando lleguemos si el equipaje va saltando todo el tiempo.

—¡Dios mío! ¡Olvidé que llevábamos remolque! —exclamó el señor Luffy aminorando la velocidad al momento—. Recordádmelo si veis que paso de los cincuenta kilómetros por hora, ¿queréis? La última vez que salí con el remolque llegué con la mitad de las cosas que llevaba. No quiero que vaya a sucederme otra vez.



Julián tampoco lo deseaba. Por lo tanto, se cuidó de no apartar un momento los ojos del cuentakilómetros y cuando éste alcanzaba los sesenta tocaba al señor Luffy en el hombro.

El señor Luffy parecía completamente feliz. No le gustaban las clases. Por el contrario, adoraba las vacaciones. Durante el curso se veía obligado a interrumpir el estudio de sus amados insectos. Ahora iba al campo, acompañado por cuatro agradables muchachos que le eran simpáticos, para pasar las vacaciones en un páramo donde sabía que encontraría abejas, escarabajos, mariposas y otras

muchas clases de insectos. Él se encargaría de enseñar a los niños muchas cosas sobre éstos. Ellos se habrían horrorizado de conocer sus intenciones, pero ni siquiera las imaginaban.

Era un acompañante único. Iba siempre desaliñado y tenía unas cejas peludas, sobre unos amables y gentiles ojos oscuros que a Dick le recordaban los de un mono. Su nariz más bien ancha infundía cierto temor, pues por sus ventanas asomaba un bosque de pelos. Llevaba un descuidado bigote y poseía una barbilla redonda, con un sorprendente hoyuelo en su parte central.

Sus orejas fascinaban a Ana. Eran anchas y vueltas hacia delante y el señor Luffy podía menear la derecha cuando quería. Su mayor pena consistía en que nunca había logrado mover la izquierda.

Sus cabellos eran fuertes y sucios y sus vestidos se veían siempre desabrochados, cómodos y más bien grandes para él.

Los niños le gustaban, no podía evitarlo. Era tan singular, amable, olvidadizo… A veces podía mostrarse inusitadamente feroz. Julián les había referido con frecuencia la historia de Tom Killin. El señor Luffy encontró una vez a Tom toreando a un niño nuevo en el guardarropa, arrastrándole, dándole vueltas por el cinturón, profiriendo un mugido como el de un toro bravo. El señor Luffy agarró al chicazo por el cinturón, lo levantó y lo colgó de una percha.

—Aquí te quedarás hasta que alguien venga a bajarte —tronó el señor Luffy—. Yo también sé agarrar por el cinturón, como puedes ver.

Y salió del guardarropa, con el aterrorizado chiquillo a su lado, abandonando al travieso en lo alto de la percha, incapaz de liberarse por sí mismo. Y allí tuvo que permanecer, porque ninguno de los chicos que llegaron a montones de jugar al fútbol consiguió bajarle.

—Y si la percha no hubiese cedido bajo su peso, estaría aún colgado —dijo Julián haciendo una mueca—. ¡El buen viejo Luffy! Nunca hubiésemos creído que pudiese ser tan feroz, ¿verdad?

Ana se había impresionado mucho con esta anécdota. El señor Luffy se convirtió en un héroe para ella a partir de entonces. Se sentía encantada de poder sentarse a su lado en el coche y charlar con él de toda suerte de cosas. Los otros tres se habían acomodado detrás, con Tim a sus pies. Jorge le había prohibido de modo

terminante subirse a sus rodillas porque hacía demasiado calor. Así que se contentaba con mirar por la ventanilla, apoyado sobre sus patas traseras y con el hocico ladeado.

A las doce y media se detuvieron para comer. El señor Luffy se había provisto de montones de bocadillos. Eran verdaderamente exquisitos. Los había preparado la noche anterior la señora Luffy.

—Pepinillos en vinagre, jamón y lechuga, huevo, sardina… ¡Caray, señor Luffy! ¡Sus bocadillos son mucho mejores que los nuestros! —comentó la pequeña Ana, emprendiéndola con dos a la vez, uno de pepinillo y otro de jamón y lechuga.

Todos estaban hambrientos. A Tim le correspondía un trocito de cada uno, el último por regla general, y esperaba con ansiedad a que llegara su turno. El señor Luffy no se había enterado de que el perro tenía que recibir el último trozo de cada bocadillo, así que Tim determinó cogerlo de su mano, cosa que le sorprendió mucho.



—Un perro listo —dijo, y le dio un golpecito cariñoso—. Sabe lo que quiere y lo toma. Es muy listo.

El comentario, como es natural, agradó sobremanera a Jorge. Ella pensaba que Tim era el perro más inteligente del mundo y, en verdad, había momentos en que lo parecía. Entendía cada palabra que se le dirigía, cada palmoteo, cada caricia, cada gesto. Él cuidaría mucho mejor de los niños y los vigilaría más que el despistado señor Luffy. Bebieron cerveza de jengibre y comieron ciruelas maduras. Tim no tocó las ciruelas, pero lamió un poco de cerveza de jengibre.

Después husmeó unos bollos y se fue a beber a un arroyuelo cercano.

La reunión acabó en el coche. Ana cayó dormida sobre un brazo del señor Luffy. Dick dio un enorme bostezo y se durmió a su vez. Jorge no, ni tampoco Tim. Julián se sentía invadido por el sopor. No obstante, no osaba apartar el ojo del cuentakilómetros porque el señor Luffy parecía inclinado a correr otra vez demasiado después de la buena comida.

—No nos pararemos para el té. Lo tomaremos cuando ya estemos allí —dijo de repente el señor Luffy. Dick se despertó sobresaltado al ruido de su sonora voz—. Llegaremos hacia las cinco y media… Mirad, ya se pueden ver los páramos a lo lejos.

Todo el mundo miró en la dirección señalada, excepto Ana, que seguía casi dormida. A la izquierda se extendían los páramos cubiertos de brezos. Un panorama magnífico.

Tenía un aspecto salvaje, solitario, bello y resplandeciente bajo su capa de brezos. A lo lejos, parecía sombreado de un azul púrpura.

—Tomaremos esta carretera hacia la izquierda y llegaremos a los páramos —dijo el señor Luffy, girando el volante con violencia y haciendo que el equipaje saltase otra vez en el remolque—. Vamos por aquí.

El coche ascendió por la carretera de los altos páramos. Pasó frente a una o dos casitas y los niños divisaron, muy distantes, pequeñas granjas en los claros. Las ovejas erraban por los campos y algunas de ellas se quedaban mirando con fijeza al coche cuando se acercaba.

—Creo que nos faltan aún unos treinta kilómetros —comentó el señor Luffy, pulsando el freno de repente para esquivar dos grandes ovejas, apostadas en medio de la carretera—. Me gustaría que estas

dichosas criaturas eligiesen un sitio más apropiado para chismorrear. ¡Eh! Fuera de ahí. Dejadme pasar.

Tim ladró y pretendió saltar fuera del vehículo. Las ovejas, horrorizadas, se determinaron a dejar libre el paso y el coche pudo continuar. Ana se había despertado por completo. Casi se había visto arrojada del asiento por el repentino frenazo.

—¡Qué vergüenza haberte despertado! —exclamó el señor Luffy mirándola con amabilidad. Al volverse hacia ella, enfiló hacia una granja situada al lado de la carretera—. Ya estamos cerca, Ana.

Continuaban subiendo y el viento levantó un poco de frío. Alrededor de los niños, los páramos se extendían kilómetros y kilómetros sin fin.

—Creo que acamparemos por aquí. Estará protegido de los peores vientos y de la lluvia.

Había un pequeño declive por allí cerca, en cuyo borde se alzaban unos enormes arbustos, gruesos y espinosos. Crecían por todas partes. Julián asintió con la cabeza. Aquél constituía un buen lugar para acampar. Aquellos gruesos espinos les proporcionarían una excelente protección contra los vientos.

—Bien, señor —respondió—. ¿Tomamos el té primero, o deshacemos el equipaje?

—Primero el té —resolvió el señor Luffy—. He comprado un buen fogoncito para cocinar. Es mejor que una hoguera de leña, que deja las cacerolas y las sartenes muy negras.

—Nosotros también hemos comprado un hornillo —exclamó Ana, que miraba a su alrededor—. Esto es precioso. ¡Tan lleno de brezos, de sol y de aire! ¿Es aquélla la granja donde tenemos que ir a buscar los huevos y las otras cosas?

De cuando en cuando se veían pequeñas corrientes que corrían al lado de la carretera, salpicándola a trechos.

—Podremos beber agua de estos arroyos —dijo el señor Luffy—. Claras como el cristal y frías como el hielo. El lugar en que vamos a acampar se halla muy cerca de aquí.

Aquéllas eran buenas noticias. Julián pensó en los cubos de lona que habían comprado. No resultaba muy apetecible transportarlos durante kilómetros. Si hubiera un arroyo cerca del camping sería fácil llevar los cubos llenos de agua para lavarse. La carretera se bifurcó pronto. La de la derecha continuaba siendo buena, con

señales a ambos lados. La de la izquierda se convertía en un camino de carro.

—Tomaremos ésta —advirtió el señor Luffy.

El coche saltaba y traqueteaba. Estaba obligado a ir despacio, con lo que los niños disponían de tiempo suficiente para contemplar a su placer el paisaje que atravesaban.

—Dejaré el coche aquí —decidió el señor Luffy, llevándolo al lado de una enorme roca desnuda y gris, que destacaba sobre el páramo. Señaló una granjita levantada sobre la colina opuesta. Estaba situada en un pequeño claro. En el campo de atrás se veían tres o cuatro vacas y un caballo. Al lado un pequeño huerto, y enfrente un jardín.

Era un lugar extraordinario para encontrarlo en medio de los, páramos.

—Ésa es la granja Olly —explicó el señor Luffy—. Creo que ha cambiado de dueños desde que estuve aquí, hace tres años. Espero que los nuevos propietarios sean amables. ¿Dejasteis algo para comer con el té?

Les quedaba algo, en efecto, porque Ana, sabiamente, había apartado bastantes bocadillos y trozos de tarta.

Se sentaron a comer entre los brezos y masticaron a conciencia durante quince minutos. Tim esperaba paciente sus bocados, contemplando las abejas que zumbaban a su alrededor. Había millares de ellas.

—Bien. Ahora supongo que debemos dedicarnos a levantar las tiendas —dijo Julián—. Ven, Dick, descargaremos el remolque. Señor Luffy, creo que será mejor que no instalemos nuestras tiendas al lado de la suya. Es lógico que usted no desee cuatro chicos alborotadores demasiado cerca. ¿Dónde le gustaría acampar?

El señor Luffy estuvo a punto de confesar que preferiría tener a los cuatro chicos y al perro al lado, pero de repente se le ocurrió que quizás a ellos no les apeteciese. Sin duda, habían planeado hacer mucho ruido o jugar a juegos disparatados y, si él estuviese cerca, no podrían divertirse a su modo. Así que pensó que era mejor acceder a sus sugerencias.

—Plantaré mi tienda allí abajo, donde está el viejo espino —dijo —. Vosotros deberíais poner vuestras tiendas aquí arriba, en este semicírculo de espinos que os protegerán contra el viento. Además,

así no nos entrometeríamos en los dominios de nadie.

—Bien, señor —asintió Julián.

Y él y Dick empezaron a montar las tiendas. Era muy divertido. Tim se metía entre las piernas de todos, como de costumbre. Incluso se escapó con una cuerda, pero nadie lo notó.

A la hora en que la oscuridad comenzó a hacer su aparición, arrastrándose por el páramo cubierto de brezos, las tres tiendas se hallaban ya levantadas, los suelos de lona colocados y los sacos de dormir enrollados encima. Había dos en cada una de las tiendas de los niños y uno en la del señor Luffy.

—Me voy a acostar —dijo el señor Luffy—. Se me están cerrando los ojos. Buenas noches a todos. ¡Que durmáis bien!

Desapareció en la penumbra. Ana bostezó prolongadamente, y esto contagió a los otros.

—Bueno, vámonos también —dijo Julián—. Comeremos una pastilla de chocolate cada uno y unas cuantas galletas. Podemos hacerlo en nuestros sacos. Buenas noches, niñas. ¿Verdad que será magnífico despertarse mañana?

Él y Dick se internaron en su tienda. Las chicas se marcharon hacia la suya seguidas por Tim. Se desnudaron y se metieron en sus suaves y cálidos sacos de dormir.

—Esto es estupendo —exclamó Jorge, empujando a un lado a Tim—. En mi vida me encontré tan cómoda. ¡No hagas eso, Tim! ¿Es que no conoces la diferencia entre mi estómago y mis pies? Así está mejor.

—Buenas noches —murmuró Ana, soñolienta—. ¡Mira, Jorge! Se puede ver como brillan las estrellas por la abertura de la tienda. ¿No te parecen enormes?

Pero Jorge ya no se preocupaba de si las estrellas eran enormes o no. Se había dormido en seguida, cansada por el excesivo trajín de aquel día. Tim enderezó una oreja al oír la voz de Ana y dio un pequeño gruñido. Era su modo de decir «Buenas noches». Después bajó la cabeza y se durmió a su vez.

«Nuestra primera noche de camping —pensaba Ana llena de alegría—. No voy a dormir. Me quedaré despierta y miraré las estrellas y oleré este aroma de brezos».

Pero no lo consiguió. En medio segundo, se sumió también en un profundo sueño.

Capítulo 3

El volcán de Ana

Por la mañana, el primero en despertar fue Julián. Un extraño grito flotaba por encima de su cabeza. «Cur-li, cur-li…».

Se sentó y se quedó sorprendido al ver dónde se encontraba y quién era el que gritaba. ¡Claro! Estaba en su tienda con Dick, y aquel salvaje sonido provenía de un chorlito, el pájaro salvaje de los páramos.

Bostezó y se echó de nuevo. Era temprano. El sol acarició con sus cálidos dedos la abertura de la tienda, y él advirtió su calor a través de su saco. Se sintió perezoso, abrigado y contento. Pero también hambriento, lo cual suponía una molestia. Miró su reloj. Las seis y media. Realmente estaba todavía demasiado calentito y confortable para levantarse. Sacó la mano y tanteó para ver si le había sobrado algo de chocolate de la noche anterior y encontró un trocito. Se lo llevó a la boca y lo masticó, satisfecho, escuchando a los chorlitos y mirando como el sol ascendía poco a poco en el firmamento.

Cayó dormido otra vez y fue despertado por Tim, que le lamía solícito la cara. Se levantó con un sobresalto. Las niñas le atisbaban desde la abertura de la tienda, haciendo muecas. Ya estaban vestidas por completo.

—Despertaos, perezosos —dijo Ana—. Mandamos a Tim a despabilaros. Son las siete y media. Hace años que nosotras estamos levantadas.

—Hace una mañana divina —prosiguió Jorge—. Va a ser un día muy caluroso. Vamos, levantaos de una vez. Buscaremos el riachuelo para lavarnos allí. Sería tonto tirar de los pesados cubos

de agua de un lado a otro teniendo el arroyo tan cerca.



Dick se despertó también. Él y Julián decidieron ir a tomar un baño en la corriente. Se encaminaron hacia allí en la soleada mañana, sintiéndose muy felices y hambrientos. Las chicas volvían en aquel momento del arroyo.

—Está por ahí arriba —indicó Ana, señalando.

—Tim, ve con ellos y enséñaselo. Es un precioso riachuelo, oscuro y terriblemente frío. Sigue a lo largo de aquella orilla de helechos. Hemos olvidado allí el cubo. ¿Queréis traerlo lleno a la vuelta?

—¿Y para qué queréis que lo hagamos, si ya os habéis lavado? —preguntó Dick.

—Necesitamos agua para lavar los platos —respondió Ana—. No me había acordado hasta ahora. ¿No creéis que deberíamos despertar al señor Luffy? Aún no ha dado señales de vida.

—No, déjale dormir —replicó Julián—. Es muy probable que esté cansado de conducir tan despacio el coche. Podemos reservarle

algo del desayuno. ¿Qué tomaremos?

—Hemos desempaquetado algunas lonjas de tocino y unos tomates —dijo Ana, que era muy buena ama de casa y le gustaba cocinar—. ¿Cómo se enciende la estufa, Julián?

—Jorge sabe hacerlo —contestó Julián—. ¿Trajimos alguna sartén?

—Sí, la guardé yo misma —aseguró Ana—. Andad, bañaos si queréis desayunar. El desayuno estará listo antes de que volváis.

Tim, muy serio, trotó al lado de los niños y les mostró el arroyo. Julián y Dick se dejaron caer al momento en el claroscuro lecho y patalearon con fuerza.

Tim saltó dentro también, y allí fueron los gritos y los aullidos.

—Bueno, no hay duda de que ahora habremos despertado al viejo Luffy —comentó Dick, frotándose con una toalla áspera—. ¡Qué deliciosa y qué fría estaba! La lástima es que me hace sentir más hambriento todavía.

—¿No están friendo tocino? Huele bien —dijo Julián, husmeando el aire.

Regresaron al camping. Aún no había señales del señor Luffy. Debía de continuar profundamente dormido.

Se sentaron sobre los brezos y empezaron a desayunar. Ana había frito grandes rebanadas de pan en manteca y los chicos le aseguraron que era la mejor cocinera del mundo. Ella quedó muy satisfecha con el elogio.

—Yo me preocuparé de preparar las comidas —advirtió—. Pero Jorge tiene que ayudarme en la preparación de los platos y en el lavado. ¿Estás de acuerdo, Jorge?

Jorge se hizo la desentendida. Odiaba ese tipo de labores propio de las chicas, tales como hacer las camas y fregar la vajilla. Parecía descontenta.

—¡Vaya con Jorge! —exclamó Dick—. ¿Por qué molestarse por la vajilla cuando tenemos aquí a Tim que se sentirá encantado de usar la lengua para limpiar cada plato?

Todo el mundo rió, incluso Jorge.

—Está bien —decidió—. Te ayudaré. Pero me haréis el favor de emplear los menos platos posibles. Si no, nos pasaremos el día fregando. ¿Hay algo más de pan frito, Ana?

—No. Quedan algunas galletas en esta lata —dijo Ana—. Oíd,

chicos, ¿quién va a ir a buscar la leche y algunas otras cosas a la granja? Espero que también nos puedan proporcionar pan y fruta.

—Uno de nosotros —respondió Dick—. Ana, ¿has preparado algo para el viejo Luffy? Voy a ir a despertarlo. Si no lo hacemos ahora, estará durmiendo hasta el mediodía.

—Iré yo. Haré un ruido semejante al de una tijereta fuera de su tienda —dijo Julián, levantándose—. No oyó todos nuestros gritos y chillidos, pero tened por seguro que se despertará con la llamada de una amistosa tijereta.

Marchó hacia la tienda. Se aclaró la garganta y llamó cortésmente.

—¿Se ha despertado ya, señor?

No hubo respuesta. Julián llamó otra vez, con idéntico resultado. Entonces, desconcertado, se encaminó hacia la abertura de la tienda. La cortina aparecía cerrada. La empujó a un lado y miró dentro. ¡La tienda estaba vacía! No había nadie.

—¿Qué sucede, Julián? —gritó Dick.

—No está aquí —contestó Julián—. ¿Adónde puede haber ido?

Hubo un silencio. En el primer momento de pánico, Ana pensó que uno de esos singulares misterios que acostumbraban salirles al paso había empezado. De pronto, Dick exclamó:

—¿Está ahí la lata que utiliza para los insectos? Ya sabéis, esa caja de metal con correas que se lleva cuando va de caza. ¿Y su ropa?

Julián inspeccionó otra vez el interior de la tienda.

—¡Aclarado! —gritó, con gran alivio de los demás—. No están sus vestidos ni tampoco su caja. Debe de haber abandonado la tienda muy temprano, antes de que nosotros nos despertáramos. Apuesto a que se ha olvidado de nosotros, del desayuno y de todo.

—Eso es normal en él —replicó Dick—. Bueno, nosotros no somos sus niñeras. Puede hacer lo que le venga en gana. Si no quiere desayunar, no podemos obligarlo. Supongo que volverá cuando acabe su caza.

—¡Ana! ¿Podrás terminar con lo que estás haciendo mientras Dick y yo vamos a la granja y comprobamos de qué alimentos disponen? —preguntó Julián—. El tiempo pasa y, si no nos damos un poco de prisa, será demasiado tarde para salir.

—De acuerdo —dijo Ana—. Ve tú también con ellos, Jorge. Yo

sola puedo arreglarlo todo, ahora que los chicos me han traído un cubo lleno de agua. Llevaos a Tim; quiere dar un paseo.

Jorge se mostró muy satisfecha de quitarse el trabajo de encima. Ella y los niños, con Tim brincando ante ellos, marcharon a la granja. Ana siguió con sus tareas canturreando suavemente bajo el sol brillante. Pronto acabó y echó una ojeada, para comprobar si venían los otros. No había señales de ellos ni del señor Luffy.

«Me iré a dar una vuelta —pensó—. Seguiré el riachuelo colina arriba hasta ver dónde comienza. Será entretenido. No puedo perderme si no me aparto del arroyo».

Salió del lugar soleado y se dirigió hacia la pequeña y claroscura corriente, que discurría colina abajo. Trepó por los brezos del borde, siguiendo su curso en dirección contraria. Le gustaban los pequeños y verdes helechos y los almohadones de musgo que los rodeaban. Probó el agua. Era fría, dulce y límpida.

Sintiéndose muy feliz, Ana prosiguió la marcha. Al final llegó a un gran montículo en la cima de la colina, recubierta de brezos. El riachuelo empezaba allí, en el centro del montículo.

Salía entre un tapiz de musgo y seguía su burbujeante camino bajando por la colina.

«Así que es aquí donde empieza», se dijo Ana. Y se echó en el caliente brezo.

Se estaba bien allí, con el sol en la cara y oyendo el sonido del agua saltarina y las zumbantes abejas. De súbito, oyó un nuevo ruido. Al principio no alcanzaba a descubrir de dónde procedía. Al fin, se levantó horrorizada.

—¡El ruido es subterráneo! Profundo, profundo. Ruge y retumba. ¡Oh! ¿Qué va a suceder? ¿Será un terremoto?

El ruido parecía acercarse más y más. Ana no osaba siquiera levantarse y correr. Permanecía allí sentada, temblorosa. En aquel momento se oyó un chillido sobrenatural y, no muy lejos, sucedió una cosa aun más sorprendente. Una nube de humo salió del suelo y se sostuvo en el aire antes de que el viento la deshiciera. Ana estaba horrorizada. ¡Había sido tan repentino y tan inesperado en aquella tranquila campiña! El retumbante sonido continuó durante algún tiempo, y después, de una manera gradual, se desvaneció.

Ana saltó presa de pánico. Huyó colina abajo gritando:

—Es un volcán. ¡Socorro! ¡Socorro! He estado sentada sobre un

volcán. Va a estallar. Está echando humo. ¡Socorro! ¡Socorro! Es un volcán.

Corrió a toda velocidad colina abajo. Se enredó el pie en una mata de brezos y, sollozante, fue rodando y rodando por la ladera. Al fin logró detenerse. Entonces oyó una voz que gritaba:



—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que pasa?

Era la voz del señor Luffy. Ana corrió hacia él aliviada.

—¡Señor Luffy! ¡Sálveme! ¡Hay un volcán!

Aún se apreciaba el terror en su voz. El señor Luffy se acercó

corriendo hacia ella. Se sentó al lado de la temblorosa muchacha y la rodeó con su brazo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que te ha asustado?

Ana habló otra vez.

—Allá arriba. ¿Ve usted? Hay un volcán, señor Luffy. Ruge y ruge. Y echa nubes de humo. ¡Vámonos! Rápido, antes de que nos arroje encima sus ardientes cenizas.

—Un momento, un momento —la calmó el señor Luffy. Y ante la sorpresa y el alivio de Ana se echó a reír—. Pero, bueno, ¿es que vas a decirme que no sabes de lo que se trata?

—No, no lo sé —respondió Ana.

—Pues es muy sencillo —dijo el señor Luffy—. Este inmenso páramo está horadado por dos o tres largos túneles, que llevan los trenes de un valle a otro. El repentino humo que viste pertenecía a una locomotora. Hay grandes chimeneas, repartidas por todo el páramo, para que el humo pueda salir.

—¡Oh! ¡Qué tonta soy! —exclamó Ana, poniéndose colorada—. Aún no me había enterado de que había trenes por aquí. ¡Qué cosa tan extraordinaria! Yo creía que estaba sentada en un volcán de verdad, señor Luffy. No se lo dirá a los otros, ¿verdad? Se reirían de mí como locos.

—No diré una sola palabra —prometió el señor Luffy—. Ahora creo que debemos volver. ¿Habéis desayunado? Estoy terriblemente hambriento. Me fui muy pronto detrás de una mariposa que vi volando alrededor de mi tienda.

—Hace años que desayunamos —respondió Ana—. Pero si quiere volver ahora conmigo, le freiré algo de tocino, señor Luffy, y le daré también algunos tomates y pan frito.

—¡Ah! Eso suena muy bien —dijo el señor Luffy—. Ahora, ni una palabra acerca de los volcanes. Ése será nuestro secreto.

Y regresaron a las tiendas, donde los otros se preguntaban ya qué habría sido de Ana. Se sentían sorprendidos e inquietos. Y, sin embargo, qué poco se imaginaban ellos que había estado sentada sobre un «volcán».

Capítulo 4

Trenes fantasma

Jorge y los chicos los esperaban, deseosos de comunicarles sus impresiones acerca de la granja.

—Es un sitio muy bonito —comentó Julián, sentándose, mientras Ana se disponía a preparar el desayuno para el señor Luffy —. Es una granja encantadora, con una pequeña lechería y un cobertizo muy bien cuidado. E incluso tienen un piano de cola en la sala de estar.

—¡Es curioso! Nunca hubiera pensado que pudieran hacer tanto dinero vendiendo cosas como éstas —comentó Ana, dándole la vuelta al tocino en la sartén.

—El granjero tiene un coche nuevo precioso —siguió Julián—. Completamente nuevo. Debe de haberle costado una fortuna. Su hijo nos lo enseñó. Y también nos enseñó una colección de maquinaria agrícola moderna.

—Es muy interesante —dijo el señor Luffy—. Me pregunto cómo habrán podido hacer tanto dinero en este apartado rincón del mundo. Los dueños anteriores trabajaban mucho. No obstante, estoy seguro de que no podían permitirse el lujo de comprarse un piano de cola o un coche nuevo.

—¡Y si hubiese visto los camiones que tienen! —terció Dick—. ¡Estupendos! Creo que proceden del ejército.

—El chico nos explicó que su padre piensa usarlos para llevar cosas de la granja al mercado.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó el señor Luffy, mirando hacia la pequeña granja—. ¡No hubiese imaginado jamás que necesitasen un camión! Una vieja carreta bastaría para transportar todos sus

productos.

—Bueno, eso es lo que nos contaron —dijo Dick—. Yo diría que todo presenta un aspecto muy próspero. El granjero debe de ser eficiente y trabajador.

—Compramos huevos, mantequilla, fruta y un poco de tocino —intervino Jorge—. La madre del chico parecía muy preocupada por servirnos bien. El granjero no apareció en todo el rato que estuvimos allí.

El señor Luffy estaba tomando ya su desayuno. Tenía un hambre feroz. Espantó las moscas que rondaban alrededor de su cabeza, y, cuando una de ellas se instaló sobre su oreja derecha, la sacudió con violencia. La mosca alzó el vuelo, sorprendida.

—¡Por favor! Hágalo otra vez —rogó Ana—. ¿Cómo lo consigue? ¿Cree usted que si practico mucho durante semanas podré llegar a saber mover la oreja?

—No, supongo que no —respondió el señor Luffy, acabando su desayuno—. Bueno, tengo que escribir algo. ¿Qué haréis vosotros ahora? ¿Vais a pasear?

—No estaría mal que cogiésemos la comida y nos marchásemos a algún sitio —propuso Julián—. ¿Qué opináis vosotros?

—Por mí, conforme —dijo Dick—. ¿No podrías empaquetar la comida, Ana? Te ayudaremos. ¿Y si nos preparas unos huevos duros?

No había pasado mucho tiempo cuando ya la comida estaba lista, envuelto cada paquete en papel de parafina.

—No os perderéis, ¿verdad? —se preocupó el señor Luffy.

—No, señor —contestó Julián, riendo—. Tengo una brújula, aunque tiene una abolladura muy curiosa. Gracias a ella sé por dónde ando. Le veremos esta noche, cuando volvamos.

—¿Usted tampoco se perderá, señor Luffy? —preguntó de repente Ana, inquieta.

—No seas descarada, Ana —regañó Dick, horrorizado por la pregunta de su hermana. Sin embargo, él pensaba lo mismo que ella. El señor Luffy era tan distraído, que muy bien podía imaginárselo andando, andando, sin ser capaz de encontrar el camino de vuelta.

Él sonrió.

—No —dijo—. Me sé de memoria todos los caminos de por aquí.

Conozco cada arroyo, cada sendero, y… esto… cada volcán.

Ana prorrumpió en una risita ahogada. Los otros le miraron con asombro preguntándose qué habría querido decir, pero nadie, excepto Ana, acertó a adivinarlo. Se dijeron adiós, y partieron.

—Es delicioso pasear hoy —dijo Ana—. Si encontramos algún sendero, ¿lo seguiremos o no?

—Será mejor que lo hagamos —replicó Julián—. Resultará un poco cansado trepar todo el día por los brezos.

Por lo tanto, cuando tropezaron inesperadamente con un sendero, se internaron en él.

—Me parece que no es más que un camino de ovejas —comento Dick—. Apuesto a que es un trabajo muy solitario eso de cuidar ovejas en estas colinas llenas de brezos.

Durante algún tiempo caminaron por allí, jugando entre las brillantes fajas de brezos, las lagartijas que brotaban cuando menos lo esperaban de debajo de sus pies y el ejército de mariposas de todas clases que revoloteaban y se agitaban por encima de sus cabezas. A Ana le encantaban las pequeñas de color azul y se propuso preguntar al señor Luffy su nombre.

Almorzaron en la cima de una colina tapizada por una vasta faja de brezos, salpicados por motitas de un gris blanquecino. Los corderos pastaban por todas partes.

A la mitad del almuerzo, Ana oyó el mismo ruido que había oído antes. No muy lejos de donde se encontraban, un poco de humo blanco salió del suelo. El rostro de Jorge palideció. Tim se echó a sus pies gruñendo y ladrando con la cola baja. Los muchachos se echaron a reír con grandes carcajadas.

—No tengáis miedo, niñas. No es más que el tren que pasa por debajo. Nosotros ya lo sabíamos y estábamos deseando ver la cara que poníais cuando oyerais el ruido y vierais el humo.

—No tengo ni pizca de miedo —respondió Ana, muy digna.

Los chicos la miraron sorprendidos. ¡Era Jorge la que se había asustado! Por regla general, sucedía todo lo contrario.

Al fin, Jorge recobró el color y comenzó a reír. Llamó a Tim.

—Todo va bien, Tim. Ven aquí. ¿Te has enterado de que son los trenes?

Los niños discutieron con animación sobre el asunto. Realmente parecía difícil de creer que por debajo de ellos pasaran trenes, con

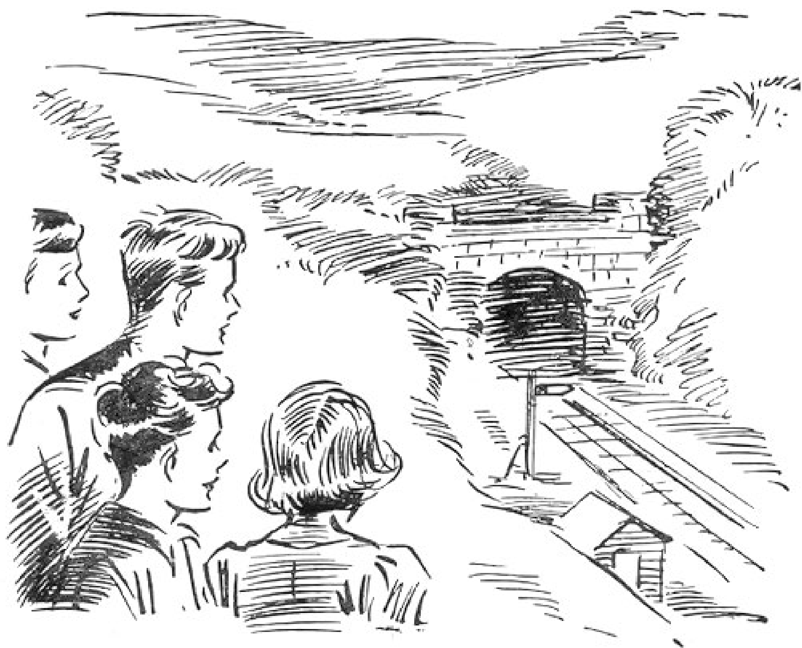
la gente leyendo el periódico y charlando allí donde nunca brillaba el sol.

—Bueno —dijo Julián, por último—. Vámonos. Iremos hasta la cima de la próxima colina. Una vez allí, creo que debemos dar la vuelta.

Encontraron un pequeño sendero. Julián opinó que debía haber sido labrado por conejos, a juzgar por lo estrecho que era. Caminaron por él charlando y riendo. Treparon por entre los brezos hasta la cima de la otra colina. Allí recibieron una nueva sorpresa.

Abajo, en el valle, silenciosas y desiertas, se divisaban las vías del ferrocarril.

—Mirad eso —dijo Julián—. Vías viejas abandonadas. Parece que ya no las emplean, y supongo que el túnel también estará fuera de uso.



Los raíles salían de la negra boca del túnel y acababan cosa de un kilómetro más allá, en lo que aparentaba ser una especie de depósito del ferrocarril.

—Bajemos y echemos una mirada —propuso Dick—. ¡Venid! Tenemos mucho tiempo, y luego podemos tomar un atajo.

Descendieron desde la colina hasta las vías. Llegaron a poca distancia de la boca del túnel y fueron siguiendo los raíles hasta alcanzar el solitario depósito. Aquello estaba desierto.

—Mirad —dijo Dick—. Aquí hay algunos vagones. Parece como si no hubieran sido utilizados durante cien años. Vamos a empujarlos para hacerlos andar.

—¡Oh, no! —rechazó Ana, asustada.

Pero Jorge y los chicos, que habían soñado siempre con poder jugar con ferrocarriles de verdad, corrieron hacia los tres o cuatro vagones que reposaban sobre las vías. Dick y Julián empujaron con fuerza uno de ellos ¡Se movió! Corrió un pequeño espacio y fue a chocar contra los topes del de delante, con un ruido terrorífico, que resonó en el silencioso depósito. Se abrió de pronto la puerta de una cabañota situada al lado de aquél y apareció en el umbral una espantosa figura. Tenía un palo de madera en lugar de pierna, dos enormes brazos que le hacían semejarse a un gorila y un rostro encarnado como un tomate, con patillas grises. Abrió la boca y los niños esperaban un ruidoso y colérico grito. En su lugar, escucharon un susurro ronco y seco.

—¿Qué estáis haciendo? ¡Como si no fuera bastante malo tener que oír trenes fantasma por la noche para que encima haya de aguantarlos también durante el día!

Los cuatro niños le miraron asombrados. Pensaron que debía tratarse de un loco. Se acercó más a ellos y su pierna chocó contra el suelo con un singular «tiptap». Balanceó los brazos con negligencia. Observó cuidadosamente a los niños como si los viese con dificultad.

—Se me han roto las gafas —dijo. Y ante la sorpresa y espanto de los chiquillos, dos lágrimas corrieron por sus mejillas—. ¡Pobre Sam Pata de Palo! Se le han roto las gafas. Nadie cuida de él ahora. Absolutamente nadie.

No había nada que decir a esto. Ana se entristeció por el singular viejo. Sin embargo, procuró protegerse detrás de Julián.

Sam los miró otra vez con atención.

—¿Es que no tenéis lengua? ¿Veo visiones otra vez, o estáis aquí de verdad?

—Estamos aquí y somos de carne y hueso —respondió Julián—. Descubrimos desde arriba esta vieja vía y el depósito y bajamos a

echar una mirada. ¿Quién es usted?

—Ya os lo dije, Sam Pata de Palo —contestó el viejo, impaciente —. El vigilante, ¿sabéis? Pero lo que pasa aquí me deprime. ¿Piensan ellos que me voy a dedicar a vigilar sus trenes fantasma? Pues bien, no. No seré yo, Sam Pata de Palo. He visto muchas cosas singulares en mi vida, sí, y he pasado miedo también, pero creo que no voy a seguir vigilando más trenes fantasma.

Los niños escuchaban curiosos.

—¿Qué trenes fantasma? —preguntó Julián.

Sam Pata de Palo permaneció en silencio. Miró a su alrededor como si pensase que alguien podía estar escuchando y de nuevo habló en su acostumbrado susurro ronco:

—Trenes fantasma, digo, que aparecen ellos solos por las noches a través del túnel, y se vuelven a ir solos. No llevan a nadie. Una noche vendrán por Sam Pata de Palo. Estoy asustado, lo estoy de veras. Me encierro en mi cabaña, me escondo debajo de la cama y apago la luz para que los trenes fantasma no sepan que estoy aquí.

Ana se estremeció. Apretó la mano de Julián.

—Julián, vámonos. Esto no me gusta. Todo suena extraño y horrible. ¿Qué intenciones tiene ese hombre?

El viejo pareció cambiar de humor súbitamente. Cogió un largo palo carbonizado y se lo tiró a Dick, acertándole en la cabeza.

—¡Fuera de aquí! ¿Soy yo el guardián aquí, o no? ¿Y qué me dijeron ellos? Me dijeron que echase a todo aquel que apareciese por aquí. ¡Fuera de aquí os digo!



Aterrorizada, Ana escapó. Tim gruñó y hubiese saltado sobre el extraño vigilante si Jorge no lo hubiese mantenido sujeto por el collar. Dick se frotó la cabeza en el lugar en que el palo le había dado.

—Ya nos vamos —dijo a Sam con suavidad—. No pensábamos faltar a ninguna regla. Puede usted cuidarse de sus trenes fantasma; no pensamos entrometernos.

Era una lástima que el viejo guardián fuese tan extraño en sus apreciaciones.

Jorge y los chicos se volvieron y se reunieron con Ana.

—¿Qué son los trenes fantasma? ¿Trenes que no existen en realidad? ¿Los ve de veras por la noche?

—Se los debe de imaginar —respondió Julián—. Creo que es el haberse visto obligado a estar solo durante tanto tiempo en este depósito desierto y viejo lo que le hace ver cosas extrañas. No te preocupes, Ana, aquí no hay trenes fantasma.

—Pero él habló como si estuvieran allí —replicó Ana—. Como si fueran reales. Me molestaría mucho ver un tren fantasma. ¿A ti no, Julián?

—Al contrario, me gustaría ver uno —dijo Julián, y se volvió hacia Dick—. ¿Te gustaría también a ti, Dick? ¿Vendremos una noche? Aunque sólo sea a comprobar qué pasa.

Capítulo 5

Regreso al camping

Los niños y Tim dejaron atrás el desierto depósito ferroviario y ascendieron por entre los brezos de la ladera para encontrar el camino de vuelta al camping. Los cinco no podían dejar de hablar sobre Sam Pata de Palo y las extrañas cosas que decía.

—En todo esto hay algo raro —comentó Julián—. Me pregunto por qué no se utilizará ya este depósito y adonde llevará ese túnel y si los trenes pasan aún por él.

—Yo creo que la explicación es muy sencilla —contestó Dick—. Es evidente que es el propio Sam Pata de Palo el que lo hace parecer todo extraño. Si allí hubiera habido un vigilante normal, no habríamos encontrado nada raro.

—Quizás el chico de la granja lo sepa —dijo Julián—. Se lo preguntaremos mañana. Cierto que me asustaría si tropezara en realidad con un tren fantasma, pero ¡caramba!, me gustaría acercarme para ver si pasa alguno.

—Me gustaría que no hablarais así —dijo Ana tristemente—. Parece como si os apeteciera correr otra aventura, y yo no quiero.

—Bueno, no te preocupes. No nos vamos a meter en ningún lío —dijo Dick, en tono animoso—. Y si de algún modo nos metiésemos, siempre podrás ir a apretar la mano del viejo Luffy. Él no vería una aventura como no estuviese debajo de su nariz. Estarías a salvo con él.

—¡Mirad, alguien anda por aquí! —exclamó Jorge, viendo que Tim levantaba las orejas y escuchaba, lanzando un pequeño gruñido.

—Un pastor o algo así, creo —respondió Julián. Y gritó

amablemente—: ¡Buenas tardes! Qué buen día tenemos, ¿verdad?

Un viejo que estaba en el sendero, casi encima de ellos, volvió la cabeza. Debía de ser un pastor o un labrador. Esperó a que ellos llegaran a su altura.

—¿Visteis algunos de mis corderos allá abajo? —les preguntó—. Llevan una cruz roja.

—No, no hay ninguno por allí —dijo Julián—. Pero nos hemos cruzado con algunos más lejos, por la colina. Hemos estado en el depósito ferroviario y hubiéramos visto cualquier cordero que hubiera estado en la ladera.

—No volváis a ir nunca —recomendó el viejo pastor, fijando sus descoloridos ojos azules en los de Julián—. Es un mal sitio.

—Bueno, ya hemos oído hablar de los trenes fantasma —replicó Julián riendo—. ¿Es a eso a lo que se refiere?

—Sí, hay trenes fantasma que salen del túnel y que nadie conoce —asintió el pastor—. Los he oído muchas veces, cuando he pasado la noche aquí con mi rebaño. Este túnel hace treinta años que no se usa, pero los trenes vienen y van como si aún estuvieran en servicio.

—¿Cómo lo sabe? ¿Los ha visto? —preguntó Julián. Y un escalofrío recorrió su espina dorsal.

—No, sólo los he oído —dijo el viejo—. Chuc, chuc, chuc, chuc, van haciendo. Y chirrían. Pero no silban. El viejo Sam Pata de Palo cuenta y no acaba de sus trenes fantasma, a los que nadie conduce ni repara. No vayáis a ese sitio, os repito: es malo y extraño.



Julián vio la aterrorizada expresión de Ana. Rió sonoramente.

—¡Vaya cuento! Yo no creo en trenes fantasma, ni tampoco debe hacerlo usted. Dick, ¿has traído el té en tu saco? Busquemos un sitio bonito y tomemos unos bocadillos y un poco de tarta. ¿Quiere usted acompañarnos, pastor?

—No, muchas gracias —contestó el viejo, iniciando la marcha—. Tengo que cuidar de mis ovejas. Siempre están moviéndose y me hacen moverme a mí también. Buenos días, y no vayáis a ese maldito sitio.

Julián encontró un buen lugar, lejos de la vista de «ese maldito sitio», y todos se sentaron.

—¡Menudo cuento! —repitió Julián, que deseaba que Ana se sintiera alegre otra vez—. Podemos preguntárselo al chico del granjero mañana. Me imagino que todo esto es una estúpida historia inventada por el vigilante cojo, que consiguió engañar al pastor.

—También opino yo así —dijo Dick—. ¿Te has dado cuenta de que el pastor no ha visto nunca esos trenes, Julián? Dijo que sólo los había oído. Bueno, los ruidos alcanzan muy lejos por la noche. Y

creo que lo que oyó fue simplemente el rugido de los trenes que pasan por aquí debajo.

—¡Ahora está pasando uno por algún sitio! Puedo sentir cómo tiembla el suelo.

Todos pudieron oírlo, invadidos por un extraño sentimiento.

El rugido cesó al fin. Se sentaron y tomaron el té, mientras Tim, masticando, vigilaba una madriguera de conejos y probaba a introducirse en su interior. Los cubrió a todos con arena al escarbar en ella. No hubo manera de obligarle a abandonar su propósito. Parecía haberse vuelto sordo de repente.

—Si no apartamos a Tim de esta madriguera ahora mismo, va a meterse tan hondo que tendremos que sacarle por el rabo —dijo Julián, levantándose—. ¡Tim! ¡Tim! ¡Fuera de la madriguera! ¡Sal de ahí en seguida!

Fueron necesarios los esfuerzos de Jorge y Julián para sacarlo. Él los miraba indignado, como si dijese: «¡Qué aguafiestas! Casi lo alcanzo y vosotros me estropeáis la faena».

Se sacudió con fuerza. Granos de arena y piedrecitas volaron de su piel. Volvió hacia la madriguera otra vez, pero Jorge lo sujetó con firmeza por el rabo.

—No, Tim. Ahora, a casa.

—Está buscando por si encuentra algún tren fantasma —se burló Dick. Y esto hizo reír a todo el mundo, incluida Ana.

Agradablemente cansados, se levantaron y se dirigieron hacia el camping. Tim, algo descontento, caminaba tras sus talones.

Cuando al fin llegaron, vieron al señor Luffy sentado, esperándolos. El humo azul de su pipa se elevaba en el aire.

—¡Hola!, ¡hola! —dijo, y sus oscuros ojos les miraron por debajo de sus peludas cejas—. Estaba empezando a pensar que os habíais perdido. De todos modos, suponía que vuestro perro sabría traeros.

Tim meneó la cola, en señal de cortés asentimiento.

—Buf —hizo, y, como una flecha, se lanzó al cubo de agua para beber. Ana alcanzó a detenerlo justo a tiempo.

—¡No, Tim! No bebas de esa agua, que es para lavar. Ésa es la tuya, la que está en ese plato de ahí.

Tim fue a su plato y lamió, pensando, resignado, que Ana era una niña muy remilgada. Ella preguntó al señor Luffy si le gustaría tomar algo para cenar.

—No es que vayamos a cenar nosotros —dijo—. Tomamos el té muy tarde. Pero prepararé algo para usted si quiere, señor Luffy.

—Muy amable por tu parte. Pero comí en exceso a la hora del té —rechazó el señor Luffy su oferta—. He traído una tarta de frutas para vosotros de mi propia despensa. ¿Os parece que la repartamos para cenar? También he traído una botella de jugo de lima. Lo tomaremos mezclado con agua del arroyo.

Los muchachos fueron a buscar agua fresca para beber. Ana sacó algunos platos y cortó la tarta.

—Bien —dijo el señor Luffy—. ¿Tuvisteis una buena excursión?

—Sí —respondió la niña—, excepto que encontramos a un extraño hombre cojo, que nos dijo que no dejaban de molestarle los trenes fantasma.

—Bien, bien. Debe de ser un primo de una niñita que conozco que creyó que estaba sentada sobre un volcán.

—No va a conseguir hacerme rabiar, señor Luffy —rió Ana a su vez—. Estoy hablando en serio. Ese viejo trabaja como vigilante de una especie de depósito ferroviario, que ahora, ya no usan, y nos contó que cuando los trenes fantasma aparecían, apagaba la luz y se metía debajo de la cama para que no le cogiesen.

—¡Pobre viejo! —se condolió el señor Luffy—. Espero que no os haya asustado.

—Nos asustó un poco —confesó Ana—. Tiró un palo carbonizado a la cabeza de Dick. Mañana iremos a la granja a preguntar al chico si también él ha oído hablar de los trenes fantasma. Encontramos a un pastor que nos dijo que los había oído alguna vez, pero no los había visto.

—Bien, bien. Esto suena muy interesante —comentó el señor Luffy—. Aunque estas excitantes historias, normalmente, tienen una explicación muy sencilla. Tú lo sabes. Ahora, ¿te gustaría ver lo que he encontrado hoy? Un pequeño escarabajo muy raro e interesante.

Abrió una pequeña lata y enseñó a la chiquilla un brillante escarabajo. Tenía unas antenas verdes y un resplandor encarnado cerca de la cola.

—Esto es mucho más excitante para mí que media docena de trenes fantasma —explicó a Ana—. Los trenes fantasma no logran despertarme por la noche, pero el pensar en este escarabajito puede que lo haga.

—No me gustan mucho los escarabajos —dijo Ana—. Pero éste es muy lindo. ¿De verdad que le gusta cazar insectos y observarlos, señor Luffy?

—Sí, mucho. ¡Ah! Aquí vienen los chicos con el agua. Ahora beberemos, ¿verdad? ¿Dónde está Jorge? ¡Oh! Está aquí cambiándose los zapatos.

Jorge tenía una ampolla en un talón y estaba poniéndose una tira de esparadrapo. Terminaba cuando llegaron los chicos y la tarta estuvo repartida. Se sentaron en círculo, comiendo mientras el sol iba enrojeciendo poco a poco como un hierro al fuego.

—Ojalá tengamos tan buen día mañana —comentó Julián—. ¿Qué os parece que hagamos?

—¿Quién va a ir a la granja primero? —preguntó Dick—. La mujer del granjero nos dijo que podría darnos algo más de pan si volvíamos pronto por la mañana. Y nos convendrían más huevos si podemos conseguirlos. Llevamos ocho huevos duros hoy y sólo nos quedan uno o dos. ¿Quién se comió todos los tomates? Me gustaría saberlo.

—Todos vosotros —respondió Ana al momento—. Sois unos verdaderos glotones comiendo tomates.

—Me siento avergonzado, puesto que soy uno de esos glotones —se disculpó el señor Luffy—. Creo que freíste seis para mi desayuno, Ana.

—No tiene importancia —dijo Ana—. De todos modos, usted no comió tantos como los otros. Es fácil traer más.

Era agradable estar allí sentado, comiendo, charlando y bebiendo zumo de lima y agua del arroyo. Estaban cansados y pensaban con delicia en los cómodos sacos de dormir. Tim levantó la cabeza y dio un gran bostezo, enseñando una enorme dentadura.

—¡Tim! Casi se te puede ver la cola por la garganta —le riñó Jorge—. Cierra la boca. ¡Nos vas a hacer bostezar a todos!

Así ocurrió. Incluso el mismo señor Luffy bostezó. Se levantó.

—Bueno, voy a acostarme —dijo—. Buenas noches. Haremos planes mañana por la mañana. Traeré algo para desayunar, si queréis. Cogeré algunas latas de sardinas.

—Muchas gracias —contestó Ana—. Y queda algo de tarta todavía. Espero que no encuentre el desayuno demasiado original, señor Luffy. Sardinas y tarta de fruta.

—Ni por un momento. Me parece una comida muy razonable —dijo la voz del profesor desde el pie de la colina—. Buenas noches.

Los niños se quedaron sentados unos minutos más, hasta que el sol desapareció de su vista. El viento levantaba un poco de frío. Tim dio otro enorme bostezo.

—Vámonos —dijo Julián—. Ya es hora de acostarnos. Tim vino la otra noche a nuestra tienda y se paseó por encima de mí. Que durmáis bien, chicas. Vamos a tener una noche deliciosa, aunque, como me dormiré en menos de dos segundos, no me daré mucha cuenta.

Las niñas se metieron en su tienda. Pronto estuvieron bien arropadas en sus respectivos sacos. Ana comenzaba a sentirse adormilada, cuando sintió el temblor del suelo que indicaba que un tren pasaba por debajo. Pero no pudo oír el ruido característico. Se quedó dormida pensando en él.

Los chicos permanecían despiertos. También ellos habían sentido el temblor de tierra debajo de ellos, lo cual les recordó el viejo depósito ferroviario.

—Es graciosa la historia ésa de los trenes fantasma, ¿verdad, Dick? —preguntó Julián, soñoliento—. Sería maravilloso que fuese verdad.

—¿Y cómo podría serlo? —rechazó Dick—. Mañana por la mañana iremos a la granja y hablaremos con ese chico. Vive en los páramos y debe de saber la verdad.

—La verdad es que Sam Pata de Palo está chiflado e imagina todo lo que dice. Y que el viejo pastor, como toda la gente del campo, está siempre dispuesto a creer las cosas más absurdas —opinó Julián.

—Creo que tienes razón —sintió Dick—. ¡Dios mío! ¿Qué es eso?

Una sombra oscura se paró, mirándolos, en la abertura de la tienda. Dio un pequeño gañido.

—¡Ah! Eres tú, Tim. ¿Querrías hacerme el favor de no pretender que te tomemos por un tren fantasma o algo por el estilo? —dijo Dick—. Si te atreves a poner media pata sobre mí, te tiraré colina abajo con un rugido como el de un tigre caníbal. Anda, vete.

Tim puso una pata sobre Julián. Éste gritó:

—¡Jorge! Llama a tu perro, ¿quieres? Está a punto de empezar a dar vueltas y más vueltas sobre mí para pasar la noche.

No hubo respuesta alguna por parte de Jorge. Tim, dándose cuenta de que no era bien recibido, desapareció. Volvió al lado de su ama y se enroscó sobre sus pies. Puso el hocico sobre las patas y se durmió.

—El fantasma de Tim —murmuró Julián volviéndose a acomodar—. El fantasma de Tim, ¿no?, o ¿qué era eso, Dick?

—Cállate —ordenó Dick—. Entre tú y Tim no hay quien pueda dormirse.

Pero se durmió casi antes de haber acabado de hablar. El silencio cayó sobre el pequeño campamento y nadie se enteró de que un nuevo tren pasaba rugiendo por debajo de ellos. Ni siquiera Tim.

Capítulo 6

Un día en la granja

Al día siguiente, los muchachos se levantaron muy temprano, tan temprano como su acompañante, y desayunaron juntos. El señor Luffy poseía un mapa de los páramos y lo estudió cuidadosamente después del desayuno.

—Creo que saldré durante todo el día —confió a Julián, que estaba sentado a su lado—. Mira este pequeño valle señalado aquí, el Crowleg Vale. He oído decir que allí se pueden encontrar algunos de los más raros escarabajos de Gran Bretaña. Cogeré mis aparejos y me iré solo. ¿Qué vais a hacer vosotros cuatro?

—Cinco —corrigió Jorge al momento—. Ha olvidado usted a Tim.

—Es cierto. Le presento mis excusas —dijo el profesor con toda solemnidad—. Bien, ¿qué vais a hacer?

—Iremos a la granja y compraremos comida —contestó Julián —. Aprovecharemos el viaje para preguntar al chico de la granja si ha oído el cuento de los trenes fantasma. Y quizás echemos un vistazo a los alrededores de la granja.

—Bien —asintió su interlocutor, empezando a encender su pipa —. No os preocupéis por mí si no estoy de vuelta cuando anochezca. Cuando voy de caza pierdo la noción del tiempo.

—¿Está seguro de que no se perderá? —preguntó Ana con ansiedad. Pensaba que el señor Luffy era por completo incapaz de cuidarse a sí mismo.

—¡Creo que sí! Mi oreja derecha me advierte cuando empiezo a perder el camino. Se mueve con violencia para avisarme.

La movió en honor de Ana, y ésta se echó a reír.

—Desearía que me dijera cómo lo hace —suplicó—. Estoy segura de que lo sabe. No se puede imaginar lo emocionadas que se quedarían mis compañeras de colegio si aprendiese este truco. Lo encontrarían estupendo.

El señor Luffy hizo una mueca divertida y se levantó.

—Bueno —dijo—. Me voy antes de que Ana me obligue a darle una lección sobre cómo mover las orejas.

Se marchó colina abajo hacia su tienda. Jorge y Ana lavaron la ropa en tanto los chicos tensaban algunas cuerdas de las tiendas que se habían aflojado y lo arreglaban todo.

—Supongo que no importará que abandonemos todas las cosas así, sin protección —exclamó Ana en tono preocupado.

—Bueno, lo hicimos ayer, ¿no? —repuso Dick—. Y, además, ¿quién va a venir a llevarse algo de aquí, en este salvaje y solitario lugar? Me gustaría saberlo. ¿No te imaginas un tren fantasma acercándose a nuestro campamento, llevándoselo todo en su furgón?

—No seas tonto. Estaba pensando en que podríamos dejar a Tim de vigilancia. Eso es todo.

—¡Dejar a Tim! —exclamó Jorge, asombrada—. No te imaginarás que voy a estar conforme en dejar a Tim atrás cada vez que vayamos a algún sitio, Ana. No seas idiota.

—Ya. No tenía la menor esperanza de que quisieses. Bueno, espero que nadie venga por aquí. Pon a secar esa servilleta, Jorge, si has acabado con ella.

Pronto las servilletas estuvieron colgadas sobre los espinos, secándose al sol. Se colocaron con todo cuidado las cosas en las tiendas. El señor Luffy les gritó un fuerte «¡adiós!», y se fue. Los cinco estaban ya dispuestos para marchar a la granja.

Ana cogió un cesto y entregó otro a Julián.

—Es para traer la comida —explicó—. ¿Estáis preparados?

Se fueron por entre los brezos. Sus desnudas rodillas iban rozando las flores llenas de miel. A su paso, montones de trabajadoras abejas se levantaban, zumbando. El día era otra vez encantador, y los niños se sentían libres y felices.

Llegaron a la arreglada granjita. Varios hombres trabajaban en los campos, pero Julián pensó que no parecían en exceso afanados. Miró a su alrededor buscando al hijo de los dueños. El chico salió

de un cobertizo y les silbó.

—¡Hola! ¿Volvéis por más huevos? He recogido muchos para vosotros —se quedó mirando a Ana—. Tú no viniste ayer con los otros. ¿Cómo te llamas?

—Ana —respondió ésta—. ¿Y tú?

—Jock —dijo el chico con una mueca.

«Es un chico agradable», pensó Ana. Tenía el pelo de color paja, los ojos azules y una cara colorada que presagiaba un buen carácter.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó Julián—. ¿Podrías proporcionarnos un poco de pan y otras cosas? Ayer comimos de miedo y queremos reponer nuestra despensa.

—En este momento estará trabajando en la lechería —contestó Jock—. ¿Tenéis prisa? ¿Por qué no venís a ver a mis cachorros?

Se dirigieron tras él hacia un cobertizo. En el fondo había una caja grande, forrada de paja. En ella estaba echada una perra de pastor con cuatro cachorritos. Gruñó ferozmente a Tim, y éste salió corriendo del cobertizo. Había trabado conocimiento en ocasiones anteriores con madres que estaban criando y podía asegurar que no le gustaban.

Los cuatro chicos prorrumpieron en exclamaciones sobre los gordos cachorritos. Ana sacó fuera uno muy simpático. Se escondía entre sus brazos y soltaba unos divertidos quejidos.

—Me gustaría que fuese mío —exclamó—. Le llamaría Escondido.

—¡Qué nombre tan feo para un perro! —rechazó Jorge con tono desdeñoso—. Justo el peor nombre que podías pensar, Ana. Déjame cogerlo. ¿Son todos tuyos, Jock?

—Sí —dijo Jock, orgulloso—. La madre es mía, como puedes ver. Su nombre es Biddy.



Biddy levantó las orejas al oír su nombre y miró a Jock con ojos vivos y despiertos. Él acarició su sedosa cabeza.

—Hace cuatro años que la tengo. Mientras estábamos en la granja Owl, el viejo granjero Burrows me la regaló, cuando sólo tenía ocho semanas.

—¿Entonces estuviste en otra granja antes de venir aquí? —le interrogó Ana—. ¿Has vivido siempre en una granja? ¡Qué suerte tienes!

—No he vivido más que en dos —contestó Jock—. En la granja

Owl y en ésta. Mamá y yo dejamos la granja Owl cuando papá murió y nos fuimos a vivir a una ciudad durante un año. Yo la odiaba. Me sentí muy contento cuando vinimos aquí.

—Pero yo creí que tu padre vivía —dijo Dick, confuso.

—Ése es mi padrastro. No es granjero —echó una ojeada a su alrededor y bajó la voz—. No sabe una palabra de granjas. Es mi madre la que tiene que decir a los hombres lo que deben hacer. Aunque la verdad es que él le da mucho dinero para hacerlo todo bien. Y hemos comprado buena maquinaria y vagones de cosas… ¿Os gustaría ver la lechería? Es muy moderna y a mamá le encanta trabajar en ella.

Jock guió a los chicos hasta la resplandeciente e inmaculada lechería. Su madre estaba trabajando allí, ayudada por una muchacha. Volvió la cabeza y sonrió a los niños.

—Buenos días. ¿Ya estáis hambrientos otra vez? Os prepararé una buena cantidad de comida cuando haya acabado con esto. ¿Querríais quedaros a comer con Jock? Está bastante solo durante las vacaciones, sin ningún chico que le haga compañía.

—¡Oh, sí! Vamos a quedarnos —gritó la pequeña Ana, encantada —. Me gustaría mucho. ¿Podemos hacerlo, Julián?

—Sí. Muchísimas gracias, señora… esto… señora… —titubeó Julián.

—Soy la señora Andrews —dijo la madre de Jock—. Pero Jock se apellida Robins. Es el hijo de mi primer marido, un granjero. Bien, quedaos todos a comer y veré si puedo serviros una comida que os permita andar durante el resto del día.

Esto sonaba bien. Los cuatro niños se sintieron emocionados y Tim meneó con vigor su rabo. Le había gustado la señora Andrews.

—¡Venid! —invitó Jock muy alegre—. Os llevaré a dar una vuelta por la granja. Veremos todos los rincones. No es muy grande, pero vamos a convertirla en la mejor granja de los páramos. Mi padrastro parece no tomarse mucho interés por el trabajo de la granja. Sin embargo, tengo que reconocer que es muy generoso cuando da dinero a mamá para comprar lo que quiera.

A los chicos les pareció que, en efecto, la maquinaria de la granja era completamente moderna. Examinaron las máquinas y herramientas. Fueron a la pequeña vaquería y admiraron el limpio suelo de piedra y las blancas paredes de ladrillo. Se subieron por los

vagones pintados de rojo y desearon poder probar los dos tractores a motor que estaban guardados en un granero.

—Necesitaréis un buen número de hombres para trabajar aquí —dijo Julián—. Nunca pensé que hubiera tanto que hacer en este sitio tan pequeño.

—No son buenos trabajadores —respondió Jock, frunciendo el ceño—. Mamá tiene que enfadarse con ellos cada dos por tres. Casi no saben por dónde se andan. Papá contrata un gran número de hombres, aunque el caso es que siempre los elige muy malos. Parece que el trabajo de la granja no les gusta y en cuanto pueden se van corriendo a la ciudad más próxima. Sólo hay uno que vale, y ya es viejo. Aquel que está allí. Se llama Will.

Los niños examinaron con curiosidad a Will, que laboraba en un pequeño huerto. Era un viejo de rostro arrugado, con la nariz chata y un par de ojos azules. Les gustó su aspecto.

—Sí, parece de verdad granjero —comentó Julián—. Los otros no.

—No quiere ir nunca con ellos —dijo Jock—. No hace más que regañarles y los llama imbéciles y «dotas».

—¿Qué significa «dota»? —preguntó Ana.

—Un idiota, tonta —contestó Dick. Y se dirigió a conversar con Will—. ¡Buenos días! —saludó—. Está usted muy afanado. Siempre hay mucho que hacer en una granja, ¿verdad?

—Mucho que hacer, muchos para hacerlo y muy poco hecho —dijo con voz cascada mientras proseguía su trabajo—. Nunca creí que me viese obligado a trabajar con imbéciles y «dotas».

—¿Qué? ¿Qué os dije? —exclamó Jock, con una mueca—. Siempre está llamando así a los otros, de modo que tenemos que procurar mantenerlo lejos de ellos. De todos modos, debo decir que tiene toda la razón. Muchos de esos individuos no tienen ni idea de lo qué es una granja. Desearía que mi padrastro nos dejase tener unos operarios más adecuados en vez de esos individuos.

—¿Dónde está tu padrastro? —preguntó Julián, pensando que debía de ser curioso ganar tanto dinero en una granjita de los páramos eligiendo además la peor clase de trabajadores.

—Se pasa fuera todo el día —respondió Jock—. ¡Gracias a Dios! —añadió, con una mirada de reojo a los otros.

—¿Por qué? ¿No te gusta? —intervino Dick.

—Pues… no es granjero, aunque hace todo lo posible por parecerlo. Y lo que es más, no me gusta ni pizca. Intento acostumbrarme a él por cariño a mamá. Pero siempre estoy contento cuando desaparece de mi vista.

—Tu madre es encantadora —afirmó Jorge.

—¡Oh, sí! Mamá es estupenda —asintió Jock—. No sabéis lo que representa para ella tener otra vez una granjita de su propiedad y poder atenderla con la maquinaria adecuada y todo.

Llegaron a un amplio granero. La puerta estaba cerrada con llave.

—Creo que ya os dije lo que había aquí —explicó Jock—. Camiones. Podéis atisbar por este agujero. No sé por qué mi padrastro quiso comprar tantos. Supongo que los conseguiría baratos. Le encanta comprar cosas baratas y venderlas luego caras. Dijo que nos serían de gran utilidad en la granja para llevar los productos al mercado.

—Sí, ya nos lo explicaste ayer cuando estuvimos aquí —dijo Dick—. Pero tenéis montones de vagones para esto.

—Sí, yo deduje que no lo había comprado para la granja al fin y al cabo, sino para guardarlos aquí hasta que los precios hayan subido. Así ganará mucho dinero —bajó la voz—. No le he dicho esto a mamá. Mientras ella se sienta feliz porque tiene todo lo que quiere para la granja, me aguantaré la lengua.

Los niños estaban muy interesados en todo esto. Estaban deseando ver al señor Andrews. Tenía que ser un tipo raro, pensaban. Ana intentó imaginar cómo sería.

«Grande, alto, moreno y ceñudo —pensó—. Con un aspecto más bien atemorizador e impaciente. Y seguramente no le gustarán los niños. A esta clase de gente nunca le gustan».

Pasaron una mañana muy agradable deambulando por la granjita. Volvieron a visitar a Biddy, la perra pastor, y a sus cachorros. Tim esperó en el exterior del cobertizo, con la cola baja. Le molestaba que Jorge demostrara un excesivo interés por otros perros.

Una campana sonó ruidosamente.

—¡Qué bien! ¡La comida! —exclamó Jock—. Será mejor que nos lavemos. Estamos todos que damos asco. Espero que tengáis bastante hambre, porque supongo que mamá nos habrá preparado

una supercomida.

—Yo estoy que me caigo —replicó Ana—. Parece como si hubiesen pasado años desde que desayunamos. Casi lo había olvidado.

Todos se sentían igual. Entraron en la granja. Manifestaron su sorpresa al encontrar en su interior un cuartito de baño precioso. La señora Andrews apareció con una toalla limpia.

—Es bonito, ¿verdad? —preguntó—. Mi esposo me lo hizo instalar. Es el primer cuarto de baño adecuado que he poseído en mi vida.

Un exquisito olor subía desde la cocina.

—Vamos —les apremió Jock, cogiendo el jabón—. Démonos prisa. ¡Estaremos abajo en un minuto, mamá!

Bajaron. Nadie se sentía dispuesto a perder mucho tiempo lavándose cuando abajo les estaba esperando una estupenda comida.

Capítulo 7

El señor Andrews llega a casa

Se sentaron a la mesa. Había un gran pastel de carne, jamón dulce, ensalada de patatas con su piel y picatostes hechos en casa.

En verdad, resultaba difícil saber qué elegir.

—Probad un poco de cada cosa —dijo la señora Andrews, cortando el pastel de carne—. Empezad por el pastel y seguid con el jamón. Ésta es la ventaja de vivir en una granja, ¿sabéis? Se dispone de muchas cosas distintas para comer.

Después del primer plato, les sirvieron ciruelas con nata y tartas de mermelada con la misma nata. Todo el mundo quedó satisfecho.

—En mi vida he tomado una comida tan maravillosa —suspiró Ana, por fin—. Desearía tomar algo más, pero me es imposible; estoy llena por completo. Ha sido estupendo, señora Andrews.

—Aplastante —corroboró Dick. Ésta era su palabra favorita en aquellas vacaciones—. Absolutamente aplastante.

—Buf —dijo Tim asintiendo. Se había zampado un buen plato de huesos bien cubiertos de carne, galletas y salsa. Y había devorado cada miga y lamido cada gota…

Ahora pensaba que le gustaría echar una siestecita al sol y no mover una pata en todo el resto del día.

Los niños se sentían igual.

La señora Andrews les entregó una chocolatina a cada uno y los envió afuera.

—Id a descansar un poco ahora —les dijo—. Charlad con Jock. Disfruta pocas veces de compañía de su misma edad en las vacaciones. Si queréis, podéis quedaros a tomar el té.

—¡Oh, gracias! —respondieron todos, aunque pensaban que no

serían capaces de tragar siquiera una galleta. Sin embargo, era tan agradable estar en la granja que les hubiera gustado quedarse el mayor tiempo posible.

Ana preguntó, dirigiéndose a la mamá de Jock:

—¿Podemos llevarnos con nosotros uno de los cachorritos de Biddy?

—Conforme. Si es que no le molesta a Biddy —concedió la señora Andrews, empezando a recoger la mesa—. Y siempre que no haya peligro de que vuestro perro se lo coma, claro esta.

—¿Tim? ¡Ni soñarlo! —protestó Jorge en seguida—. Anda, ve a coger el perrito, Ana. Nosotros buscaremos mientras un lugar agradable al sol.

A Biddy no pareció importarle nada que se llevasen a su hijo. Ana apretó contra su pecho aquella cosita blanda y caliente y fue a reunirse con los otros, sintiéndose muy feliz.

Los chicos habían localizado un buen sitio bajo un pajar y se sentaron, apoyándose en la paja y calentándose al sol.

—Parece que vuestros hombres se toman con calma la hora de comer —comentó Julián, no viendo a ninguno de ellos por allí.

Jock asintió con un gruñido.

—¡Son perezosos hasta la médula! Si yo fuera mi padrastro los mandaría a todos a paseo. Mamá le contó lo mal que trabajaban, pero él no dijo ni una palabra. Por mi parte ya he dejado de preocuparme. No soy yo quien los paga. Si lo fuera, ya los habría despedido hace tiempo.

—¿Le contamos a Jock lo de los trenes fantasma? —preguntó de pronto Jorge, acariciando las orejas de su perro—. Sería divertido hablar de ellos.

—¿Trenes fantasma? ¿Qué es eso? —preguntó Jock, abriendo los ojos muy sorprendido—. Nunca oí hablar de una cosa semejante.

—¿De verdad no has oído nada? —se extrañó Dick—. Bueno, pues no vives muy lejos de ellos, Jock.

—Explicádmelo —pidió Jock—. Trenes fantasma. No, nunca oí hablar de eso.

—Bueno, te diré lo que sabemos —concedió Julián—. Precisamente creímos que tú nos podrías aclarar algo del asunto.



Empezó a explicarle a Jock su visita al olvidado depósito ferroviario, la aparición del viejo Sam Pata de Palo y su singular conducta.

Jock estaba emocionado.

—¡Vaya! Me hubiera gustado estar con vosotros. Iremos allí todos juntos, ¿queréis? Fue casi una aventura lo que os ocurrió. Yo no he tenido ni una sola aventura en toda mi vida, ni siquiera una pequeñita. ¿Corristeis alguna vosotros?

Los cuatro niños se miraron unos a otros y Tim miró a su ama. ¡Aventuras! ¡Como que no sabían nada de ellas! ¡Habían surgido tantas a su paso!

—Sí, hemos corrido montones de aventuras, verdaderas y aplastantes —respondió Dick—. Nos han encerrado en calabozos, hemos encontrado pasadizos secretos, tesoros… Bueno, no te podemos contar todo lo que nos ha sucedido. Sería demasiado largo.

—No, no lo sería —protestó Jock, ansiosamente—.

¡Contádmelas! ¡Empezad! ¿Estabais todos juntos cuando os ocurrieron? ¿También la pequeña Ana?

—Sí, todos nosotros —contestó Jorge—, y siempre con Tim. Nos ha salvado montones de veces del peligro, ¿verdad, Tim?

—¡Buf! ¡Buf! —asintió Tim, y golpeó el suelo con la cola.

Relataron a Jock algunas de sus muchas aventuras.

Éste escuchaba con emoción.

Los ojos casi se le saltaban de las órbitas y se ponía colorado como un tomate cuando llegaban a un momento culminante.

—¡Palabra de honor —dijo al fin— que nunca había oído tales cosas en toda mi vida! ¡Qué suerte tenéis! ¡Disfrutáis de aventuras casi todo el tiempo! ¿Creéis que vais a tener alguna durante estas vacaciones?

Julián rió.

—No. ¿Qué clase de aventuras quieres que nos surjan en estos páramos solitarios? Tú has vivido aquí durante tres años y no has tenido ni siquiera una pequeña.

Jock suspiró.

—Es verdad. —De pronto, sus ojos brillaron de nuevo—. Pero, mirad, ¿qué era lo que me preguntabais hace un momento acerca de esos trenes fantasma? Quizás os resulte una aventura con ellos.

—No, no quiero —protestó la pequeña Ana con voz horrorizada —. Una aventura con los trenes fantasma sería espantosa.

—Me gustaría ir con vosotros a ese depósito abandonado y ver a Sam Pata de Palo —aseguró Jock con vehemencia—. Eso significaría una verdadera aventura para mí, ¿sabéis? Aunque, a fin de cuentas, todo se redujera a un extraño viejo que de repente os empieza a tirar palos. ¡Llevadme con vosotros la próxima vez que vayáis!

—Bueno, en realidad no sé si volveremos alguna vez —dudó Julián—. Seguramente no es más que imaginación. El viejo se ha vuelto chiflado a causa de haber estado solo tanto tiempo, guardando un depósito al que ya no va nadie. Recuerda los trenes que iban y venían antes de que aquello quedara abandonado y se figura que son de verdad.

—Sin embargo, el pastor os dijo lo mismo que Sam —dijo Jock —. ¿Por qué no vamos una noche y vigilamos por si aparece un tren fantasma?

—¡No! —rechazó Ana, espantada.

—Tú no necesitas venir —la tranquilizó Jock—. Sólo nosotros tres.

—Y yo —aseguró Jorge al momento—. Soy tan valiente como cualquier chico y no pienso quedarme. Tim vendrá también.

—¡Oh! Por favor, no hagáis esos planes tan horribles —rogó Ana —. Lograréis que tengamos una nueva aventura si seguís así.

Nadie le hizo el menor caso. Julián miró el excitado rostro de Jock.

—Bueno —dijo—. Si nos decidimos a vigilar esos trenes fantasma, te llevaremos.

Jock estuvo a punto de abrazar a Julián.

—Es muy amable por tu parte —dijo—. Un millón de gracias. ¡Trenes fantasma! Casi estoy por jurar que veremos alguno. ¿Quién lo conducirá? ¿De dónde vendrá?

—Dice Sam Pata de Palo que salen del túnel —recordó Dick—. Pero no sé cómo nos vamos a arreglar para localizarlos si no es por el ruido, porque, al parecer, los trenes fantasma sólo pasan de noche. Nunca de día. No podremos verlos bien aunque estemos allí.

Era un asunto tan interesante para Jock, que se pasó hablando de él toda la tarde. Ana se cansó de escuchar y se durmió con el cachorrito de Biddy entre los brazos. Tim se enroscó junto a su dueña y también se echó a dormir. Hubiese preferido ir a dar un paseo, pero pareció darse cuenta de que había muy pocas esperanzas de que se interrumpiese la conversación en marcha. Llegó la hora del té sin que ninguno advirtiese que el tiempo pasaba.

La campana avisó de pronto.

Jock pareció sorprendido.

—¡El té ya! ¿Podéis creerlo? He pasado una tarde tan estupenda hablando de todo esto… Y ¿sabéis una cosa? Si vosotros no os hubierais decidido a ir a la caza de un tren fantasma, me hubiera ido yo solo. Con una sola aventura al estilo de las vuestras me sentiría feliz.

Después de haber despertado a Ana con dificultad, marcharon a tomar el té. La niña devolvió el cachorro a Biddy, que lo recibió muy contenta y lo lamió de pies a cabeza. Julián se sorprendió al darse cuenta de que estaba hambriento otra vez.

—Bueno —dijo, en tanto que se sentaba a la mesa—. Yo hubiera jurado que no volvería a tener hambre durante una semana, pero la tengo. ¡Qué té tan magnífico, señora Andrews! ¿Verdad, chico, que Jock tiene mucha suerte al poder disfrutar siempre de comidas como ésta?

Había bollitos hechos en casa con miel reciente, rebanadas de pan con una gruesa capa de mantequilla por encima y queso recién hecho, un pegajoso y oscuro pan de jengibre, caliente aún, y una enorme tarta de frutas, que parecía un budín de ciruelas al cortarla, de tan negra que aparecía.

—Ahora desearía no haber tomado tanta cosa a la hora de la comida —suspiró Ana—. No me siento con bastante apetito para probarlo todo, aunque me gustaría.

La señora Andrews rió.

—Come lo que puedas de momento, y te envolveré algo para después —dijo—. Puedes llevarte queso de crema, bollos de miel y un poco de pan que hice esta mañana. Puede ser que también os apetezca un trozo de pan de jengibre. Preparé mucho.

—Muchas gracias —respondió Julián—. Lo pasaremos muy bien mañana con todo esto. Es usted una maravillosa cocinera, señora Andrews. Desearía vivir para siempre en su granja.

De súbito se oyó el ronquido de un motor que se acercaba despacio por el escabroso camino. La señora Andrews miró hacia afuera.

—Es el señor Andrews, que vuelve —explicó—. Mi esposo, como sabéis, es el padrastro de Jock.

Julián pensó que aparentaba estar un poco preocupada. A lo mejor al señor Andrews no le gustaban los niños y no le hacía mucha gracia encontrar a tantos sentados alrededor de su mesa cuando regresaba cansado a casa.

—¿Preferiría que nos marchásemos, señora Andrews? —preguntó cortésmente—. Quizás el señor Andrews desee un poco de paz y somos demasiada gente ¿verdad?

La madre de Jock denegó con la cabeza.

—No, podéis quedaros. Le serviré la comida en la otra habitación si lo prefiere.

El señor Andrews entró. No se asemejaba en absoluto a la idea que se habían forjado los niños. Era un hombre bajito y moreno.

Tenía una cara muy delgada, con una nariz demasiado grande para él.

Parecía fatigado y de mal humor y se detuvo de repente cuando vio a los cinco niños.

—Hola, querido —lo saludó su esposa—. Jock ha invitado a sus amigos. ¿Te gustaría tomar el té en tu habitación? Puedo llevártelo en una bandeja.

—Bueno —asintió él con una insípida sonrisa—. Quizá será lo mejor. Tuve un día muy pesado y no tomé gran cosa para comer.

—Te llevaré una bandeja con jamón, picatostes y pan —dijo su mujer—. Sólo tardaré un minuto. Puedes ir lavándote.

El señor Andrews abandonó la estancia. Ana se había quedado muy sorprendida de que fuese tan bajito y con una apariencia más bien estúpida. Se lo había imaginado alto, voluminoso, fuerte y listo, atareado siempre en grandes cosas y en asuntos de mucho dinero.

Bueno, debía de ser más inteligente de lo que pensaba si era capaz de ganar lo bastante como para poder proporcionar a la señora Andrews todo lo que necesitaba para su querida granja.

La señora Andrews trajinaba de un lado para otro, preparando una bandeja con una servilleta blanca como la nieve y platos con comida. Se podía oír a su marido en el cuarto de baño, lavándose. De pronto bajó y asomó la cabeza por la puerta.

—¿Tengo ya la comida preparada? —preguntó—. Bien, Jock, ¿tuviste un buen día?

—Sí, gracias —dijo Jock, en tanto su padrastro tomaba la bandeja de las manos de su madre y se preparaba para retirarse de nuevo—. Fuimos a dar una vuelta por la granja esta mañana, y por la tarde estuvimos charlando. A propósito, papá, ¿sabes algo referente a unos trenes fantasma?

El señor Andrews se encontraba justo en el umbral de la puerta.

Se volvió sorprendido.

—¿Trenes fantasma? ¿De qué estás hablando?

—Julián asegura que hay un viejo depósito de ferrocarril abandonado, a alguna distancia de aquí, y se supone que los trenes fantasma salen del túnel que hay allí, en la oscuridad de la noche —explicó Jock—. ¿Has oído hablar de ellos?



El señor Andrews permaneció unos instantes callado. Sus ojos se fijaron en su hijastro. Parecía sorprendido y atontado. Volvió a la habitación y cerró la puerta con cuidado.

—Tomaré el té aquí, de todos modos —decidió—. Bueno, me decías que habíais oído cosas sobre esos trenes fantasma. He cuidado de no deciros nada a tu madre y a ti, por temor a asustaros.

—¡Bah! —se burló Dick—. ¿Quiere hacernos creer que son de verdad? No es posible.

—Contadme todo lo que sepáis y cómo lo habéis sabido —

ordenó el señor Andrews, sentándose a la mesa con su bandeja—. Empezad. No os olvidéis de nada. Quiero saberlo todo.

Julián titubeó.

—Pues…, realmente no hay nada que explicar, señor, sólo un montón de tonterías.

—¡Contádmelo! —casi gritó el señor Andrews—. Luego os contaré yo, a mi vez, unas cuantas cosas. Y os explicaré por qué no debéis acercaros más al viejo depósito. No, no debéis hacerlo.

Capítulo 8

Un anochecer perezoso

Los cinco niños y la señora Andrews se quedaron muy sorprendidos al oír gritar al señor Andrews. Repitió otra vez algunas de sus palabras.

—¡Empezad! ¡Contadme todo lo que sabéis! Después hablaré yo.

Julián se decidió al fin a relatarle en pocas palabras lo que le había ocurrido y lo que Sam Pata de Palo les había dicho.

Procuró que su historia pareciese escueta e insípida. El señor Andrews le escuchaba con el mayor interés, sin apartar sus ojos de él ni por un momento.

Cuando hubo terminado, se sentó y apuró su taza de té de su sorbo.

Los niños esperaban a que hablase, preguntándose lo que diría.

—Ahora —dijo, intentando que su voz sonase importante y que causase impresión—, oídme. Ninguno de vosotros debe ir al depósito otra vez. Es un mal lugar.

—Pero ¿por qué? —preguntó Julián—. ¿Por qué le parece a usted que es un mal lugar?

—Hace muchos años sucedieron allí cosas —continuó el señor Andrews—. Cosas terribles. Accidentes. Fue cerrado después de esto y el túnel no se volvió a utilizar nunca más. ¿Veis? Nadie fue autorizado a ir allí y a nadie se le ocurrió faltar a la orden, pues estaban espantados. Sabían que era un sitio peligroso donde ocurrían cosas desagradables.

Ana se sintió aterrorizada.

—Pero, señor Andrews, usted no creerá de verdad que hay trenes fantasma —protestó muy pálida.

El señor Andrews cerró los labios y asintió con solemnidad.

—Eso es precisamente lo que pienso. Los trenes fantasma vienen y van. Nadie sabe por qué. Pero trae mala suerte estar allí cuando pasan. Podrían llevarnos consigo.

Julián rió.

—Bueno, no creo que fuera tan malo. De todos modos, está usted asustando a Ana, así que será mejor que cambiemos de tema. Yo no creo en trenes fantasma.

No obstante, el señor Andrews parecía no querer cambiar de conversación.

—Sam Pata de Palo tiene razón al esconderse cuando pasan —dijo—. No sé cómo tiene valor para quedarse en un sitio semejante, esperando siempre a que, en la oscuridad, salga algún tren de ese túnel.

Julián no pensaba permitir que asustasen a Ana por más tiempo. Se levantó de la mesa y se volvió hacia el señor Andrews.

—Muchísimas gracias por este magnífico día y esta exquisita comida —dijo—. Debemos irnos ya. Vamos, chicos.

—Espera un minuto —le atajó el señor Andrews—. Quiero advertiros por última vez y muy seriamente que no debéis poner los pies en ese depósito de ferrocarril. También te lo advierto a ti, ¿me oyes, Jock? ¡Podríais no regresar jamás! El viejo Sam Pata de Palo está loco, sin duda a consecuencia de soportar el paso de los trenes fantasma en el profundo silencio de la noche. Aquél es un lugar peligroso, os lo repito. No vayáis por allí cerca.

—Bien, gracias por la advertencia, señor —respondió Julián, con la mayor cortesía. De pronto, se sintió disgustado por la presencia de aquel hombrecito con la nariz demasiado grande—. Nos vamos. Adiós, señora Andrews; adiós, Jock. Acércate mañana a nuestro camping y vendrás de excursión con nosotros. ¿De acuerdo?

—¡Oh! ¡Gracias! ¡Claro que sí! —contestó Jock extasiado—. Pero, esperad un momento. ¿No vais a llevaros algo de comida?

—Sí. Claro que lo harán —intervino la señora Andrews levantándose de la silla. Había estado escuchando la conversación con una expresión de confusión y asombro en su rostro.

Se encaminó hacia el fregadero, donde había una gran despensa.

Julián la siguió transportando los dos cestos.

—Será mejor que os llevéis bastantes comestibles —dijo la

señora Andrews, poniendo panes, mantequilla y queso de crema en los cestos—. Ya sé el apetito que se gastan los jóvenes. No os preocupéis demasiado por lo que mi marido acaba de decir. Vi que la pequeña Ana estaba aterrorizada. Nunca oí hablar de esos famosos trenes y eso que hace ya tres años que vivo en esta comarca. Sin embargo, no creo que sea un puro cuento. En ese caso, mi marido no os habría avisado para que no fueseis al depósito.

Julián no respondió. Pensaba que el señor Andrews había obrado de un modo extraño en aquel asunto. Pertenecía a esa clase de gente que cree en toda clase de supersticiones y se espanta de ellas. Parecía bastante imbécil. Julián se preguntó cómo una mujer tan agradable como la señora Andrews había podido casarse con aquel tipejo. En fin, por lo menos era un marido generoso, a juzgar por lo que Jock había dicho de él, y quizá su madre se sentía agradecida por haberle regalado la granja y el dinero para manejarla a su gusto. Sí, debía de ser por esto.

Julián dio las gracias una vez más a la señora Andrews e insistió en pagarle, pese a que ella le habría regalado las cosas de buena gana. Entró en la cocina con él. Los otros habían salido ya.

Sólo se había quedado el señor Andrews, que seguía comiendo jamón y picatostes.

—Adiós, señor —se despidió Julián de él.

—Adiós. Trae mala suerte ver trenes fantasma, recuerda. Una terrible mala suerte. Cuidad de permanecer bien lejos de ellos.

Julián esbozó una cortés sonrisa y abandonó la casa. Era ya bastante tarde, y el sol comenzaba a ocultarse detrás de las colinas, aunque todavía le quedaba un largo camino que recorrer antes de desaparecer de manera definitiva. Alcanzó a sus compañeros.

Jock estaba también con ellos.

—Voy a acompañaros hasta medio camino —le explicó Jock—. Mi padrastro parecía muy impresionado con eso de los trenes fantasma, ¿verdad?

—Yo me sentía muy asustada mientras nos estaba advirtiendo —replicó Ana—. No pienso volver jamás al depósito, ¿y tú, Jorge?

—Si los chicos lo hacen, yo lo haré también —respondió Jorge con terquedad, si bien no aparentaba desearlo en exceso.

—¿Iréis al depósito otra vez? —preguntó Jock con ansiedad—. Yo no estoy asustado. Ni una pizca. Sería toda una aventura ir y

vigilar por si viene un tren fantasma.

—Creo que debemos ir —contestó Julián—. Te llevaremos con nosotros si podemos. Pero Jorge y mi hermana no vendrán.

—¡Está bien! ¡Me gusta eso! —protestó Jorge, enfadada—. ¡Como si pudierais dejarme atrás! ¿Cuándo me has visto asustada por algo? Soy tan valiente como cualquiera de vosotros.

—Ya lo sé. Y podrás venir tan pronto como sepamos que se trata de un cuento estúpido —le aseguró Julián.

—Iré al mismo tiempo que vosotros —respondió rápidamente Jorge—. Y no te atrevas a dejarme atrás. No te volveré a dirigir la palabra si lo haces.

Jock pareció muy sorprendido por aquella repentina explosión de carácter de Jorge.

No tenía aún la menor idea de lo feroz que podía llegar a mostrarse.

—No veo por qué Jorge no va a poder venir —dijo—. Apuesto a que vale tanto como un chico. Pensé que lo era la primera vez que la vi.

Jorge lo obsequió con una de sus más dulces sonrisas. No podía haber dicho nada que le gustase más. No obstante, Julián no cambió de opinión.

—Sé muy bien lo que me digo. Y las niñas no vendrán. Tengo buenos motivos. Si Ana no quiere venir, lo cual es lo más seguro, y permitimos a Jorge que nos acompañe, mi hermana se quedaría sola en el campamento. Y eso no le haría ninguna gracia.

—Podría hacerle compañía al señor Luffy —protestó Jorge, descontenta.

—¡Idiota! Si se nos ocurriese confesarle al señor Luffy que pensamos explorar un depósito ferroviario abandonado, vigilado por un hombre cojo y loco, que cuenta que por allí pasan trenes fantasma, podéis tener la seguridad de que nos retendría. Ya sabéis cómo son las personas mayores. Se vendría con nosotros, lo cual sería peor todavía.

—Sí, y no haría más que ver mariposas todo el rato, en lugar de trenes fantasma —añadió Dick con una mueca.

—Será mejor que vuelva ya a casa —dijo en aquel momento Jock—. Ha sido un día estupendo, de verdad. Vendré mañana para ir de excursión con vosotros. Adiós.

Se despidieron de Jock y prosiguieron su camino hacia el campamento.

Era muy agradable divisarlo de nuevo esperándoles con las dos tiendas agitándose a causa de la brisa.

Ana empujó la cortina de entrada de la tienda, ansiosa de comprobar si habían tocado algo. El interior de la tienda estaba muy caliente. Por eso decidió dejar la comida que habían traído en el exterior, debajo de un montón de espinos. Allí estaría más fresca. Pronto se vio ocupada en un sinfín de pequeñas tareas.

Los chicos marcharon a ver si el profesor había regresado ya, pero no lo encontraron.

—¡Ana! —gritaron—. Nos vamos al arroyo a bañarnos. ¿Quieres venir? Jorge ha dicho que sí.

—No, no iré —contestó Ana—. Tengo muchas cosas que hacer.

Los chicos se hicieron muecas. Ana disfrutaba «jugando a las casitas», de modo que la dejaron y fueron al arroyo. Al cabo de un rato, sus gritos y sus chillidos llenaban el espacio. El agua estaba más fría de lo que esperaban y a ninguno le gustó meterse. Pero, una vez dentro, se encontraron muy bien chapoteando. Las gotas, hirientes como el hielo, caían sobre sus cálidos cuerpos, obligándoles a gritar. Tim no parecía notar la baja temperatura del agua. Nadó de un lado a otro disfrutando de lo lindo.

—¡Mirad cómo se luce! —dijo Dick—. ¡Haces trampa, Tim! ¡Si yo me pudiese bañar con un abrigo de piel como el tuyo…! Ni siquiera notaría el agua.

—¡Buf! —respondió el perro. Se subió a una piedra y se sacudió violentamente.

Miles de gotitas plateadas volaron, yendo a salpicar a los temblorosos niños. Le persiguieron entre feroces gritos de guerra.

Era una tarde agradable y perezosa. Ana había preparado entre tanto una comida sencilla. Pan con queso de crema y un trozo de pan de jengibre. Nadie se sintió capaz de comer nada más. Se echaron sobre los brezos e iniciaron una animada charla.

—Ésta es la clase de vacaciones que me gustan —dijo Dick.

—Y a mí —corroboró Ana—. Excepto ese pequeño detalle de los trenes fantasma. Esto hace que se me pongan los pelos de punta.

—No seas tonta, Ana —dijo Jorge—. ¡Si no son reales! ¡Es un puro cuento! Y si son reales, mejor. Entonces será una aventura.

Se produjo un corto silencio.

—¿Iremos otra vez al depósito? —preguntó Dick en tono perezoso.

—Creo que sí —respondió Julián—. No voy a dejarme intimidar por las fantásticas advertencias de papá Andrews.

—Entonces, voto por que vayamos allí una noche y esperemos hasta comprobar si pasa un tren fantasma —propuso Dick.

—Yo también iré —dijo Jorge.

—De ninguna manera. He dicho que te quedarás con Ana —replicó Julián.

Jorge calló. Sin embargo, todo el mundo notó su rebelión en el aire.

—¿Se lo decimos por fin al señor Luffy, sí o no? —preguntó de nuevo Dick.

—Habíamos quedado en que no, ¿no lo recuerdas? —contestó Julián, bostezando—. Bueno. Me estoy durmiendo. El sol se ha puesto y pronto será noche cerrada. Me pregunto dónde se habrá metido el viejo Luffy.

—¿No sería mejor que me quedase levantada por si quiere algo para comer? —dijo la pequeña Ana ansiosamente.

—No, no vas a quedarte levantada hasta medianoche —decidió Julián—. Ya se preparará él algo en su tienda. Se las arreglará bien. Me voy a acostar. ¿Vienes, Dick?

Pronto estuvieron dentro de sus sacos. Las chicas se quedaron sobre los brezos un rato más, oyendo el chillido del chorlito que parecía sentirse muy solitario, volviendo a su nido en la oscuridad. Al cabo de un rato se retiraron también a su tienda.

Los chicos dormían a pierna suelta en sus sacos.

De repente se despertaron y comenzaron a hablar en voz baja.

—¿Nos llevaremos a Jock de día para echarle un nuevo vistazo al depósito o iremos por la noche y vigilaremos por si pasa ese tren que no viene de ninguna parte? Voto por que vayamos por la noche —dijo Dick—. No lograremos ver nunca un tren fantasma de día. Sam Pata de Palo es un tipo interesante, en especial cuando se dedica a tirar palos. Pero no sé si le habré gustado tanto como para poder irle a visitar otra vez.

—Bueno, si Jock quiere venir mañana por la mañana para una visita de inspección, le llevaremos —respondió Julián—. De todos

modos, siempre cabe la posibilidad de ir por la noche cuando se nos antoje.

—De acuerdo. Esperaremos a ver lo que dice Jock.

Hablaron un rato más, hasta que se sintieron soñolientos. Dick estaba casi dormido cuando oyó que algo venía arrastrándose por los brezos. Una cabeza se asomó por la abertura de la tienda.

—Si te atreves a entrar, te daré un buen tortazo en esa cara tan tonta —dijo Dick, pensando que se trataba de Tim—. Sé muy bien lo que quieres, terrible peste. Quieres echarte encima de mí. Date la vuelta y lárgate, ¿me oyes?



La cabeza que estaba en la entrada se movió un poquito, pero no se marchó.

Dick se apoyó sobre un codo.

—Atrévete a poner una pata en la tienda y saldrás rodando por la colina —advirtió—. Me gustas mucho de día, pero no quiero ni verte durante la noche, cuando estoy acostado ¡Fuera!

La cabeza hizo un ruido singular.

De pronto habló.

—Esto… Veo que estáis despiertos. ¿Os encontráis bien? ¿Las

chicas también? Acabo de regresar.

—¡Cielo santo! ¡Si es el señor Luffy! —exclamó Dick, horrorizado—. Perdóneme, señor. Lo siento muchísimo. Pensé que era Tim que venía a echarse encima de mí como suele hacer a menudo. Lo siento, señor.

—No tiene importancia —dijo la sombra, riendo entre dientes—. Me alegro de que estéis bien. Os veré mañana.

Capítulo 9

Un visitante nocturno

Al día siguiente, el señor Luffy durmió hasta muy tarde, y nadie fue a importunarle.

Las niñas rieron hasta saltársele las lágrimas al saber lo que le había dicho Dick la noche anterior, pensando que se trataba de Tim.

—Se mostró muy atento —dijo Dick—. Pareció encontrarlo muy divertido. Espero que esta mañana siga pensando igual.

Estaban todos sentados tomando el desayuno. Jamón, tomates y el pan que la señora Andrews les había proporcionado el día anterior. Tim recolectó los trocitos de costumbre. Se preguntaba si Jorge le permitiría dar un pequeño lametón al queso de crema con que estaba untando su pan. A Tim le encantaba el queso. Contempló el montón que había en el plato y volvió la cabeza hacia su ama con un suspiro. Podía zampárselo de un bocado. ¡Cómo deseaba poder hacerlo!

—Me pregunto a qué hora aparecerá Jock —comentó Jorge—. Si viniese pronto podríamos hacer una larga y agradable excursión por los páramos. Nos llevaríamos la comida y comeríamos por allí. Jock debe de conocer buenos sitios para ir de excursión.

—Me parece muy buena idea. Prepararemos la comida mientras llega y le pediremos que sea nuestro guía y que nos lleve a hacer la mejor excursión que conozca —respondió Ana—. ¡Tim! ¡Qué bestia! Me ha quitado mi trozo de queso de la mano.

—Lo estabas moviendo debajo de su nariz. ¿Qué podías esperar? —saltó Jorge—. Pensó que se lo estabas ofreciendo.

—Bueno, pues no se lo va a comer nunca más. Me gusta a mí demasiado —replicó Ana, enfadada—. Chicos, me gustaría que no

comiésemos tanto. Vamos a convertirnos en sacos de comida.

—Apuesto a que Jock va a traer algo por su parte —intervino Dick—. Es un chico sensato. ¿Os fijasteis en la enorme despensa de su madre? Parece una bodega. Está empotrada y tiene docenas de estantes de piedra, todos llenos de comida. No me extraña que Jock esté tan gordito.

—¿Lo está? No me he dado cuenta —dijo Ana—. ¡Un momento! Me parece que es él quien silba… No, no era él. Era un chorlito que volaba muy alto.

—Es demasiado temprano todavía —observó Julián—. ¿Te ayudamos a arreglar las cosas, Ana?

—No, ésa es tarea para Jorge y para mí —respondió Ana con decisión—. Lo que podéis hacer es ir abajo y mirar si el señor Luffy se ha despertado. Puede tomar un poco de jamón y unos tomates si quiere.

Los muchachos obedecieron. Encontraron al profesor ya de pie, sentado a la entrada de su tienda, desayunando. Les ofreció un bocadillo.

—¡Hola! Me he levantado tarde esta mañana. Tuve trabajo al volver. Además, estaba cansado, porque fui hasta muy lejos —dirigiéndose a Dick, añadió—: Siento haberos despertado ayer noche, Dick.

—No nos despertó, ya lo estábamos —contestó Dick, poniéndose colorado—. ¿Pasó usted un buen día, señor Luffy?

—Pues, en realidad, fue un poco decepcionante. No encontré todos los insectos que hubiera deseado. ¿Qué hicisteis vosotros? ¿Lo pasasteis bien?

—¡Estupendo! —dijo Dick.

Y se lo contó todo. El señor Luffy se interesó en gran manera por su relato, incluso por la amedrentadora advertencia del señor Andrews sobre el depósito de ferrocarriles.

—Parece un tipo bastante estúpido —comentó sacudiéndose las migajas—. De todos modos, estoy de acuerdo con él. Yo que vosotros, me apartaría de ese depósito. Como sabéis, los cuentos no salen de la nada. No hay humo sin fuego.

—Pero… ¿por qué, señor? Seguramente no creerá usted que hay algo fantasmagórico en esos trenes —exclamó Dick, sorprendido.

—¡Oh, no! Incluso dudo de que haya trenes de ninguna clase.

Pero cuando un sitio ha cogido mala fama, por regla general es mejor apartarse de él.

—Sí, sí… claro —dijeron Dick y Julián a la vez.

Se apresuraron a cambiar de tema, temerosos de que el señor Luffy, al igual que el señor Andrews, les prohibiese acercarse al depósito ferroviario. Porque cuanto más los avisaban y más les vedaban el lugar, mayor deseo sentían de investigar lo que en él ocurría.

—Bueno, tenemos que regresar —dijo Dick al fin—. Estamos esperando a Jock, el chico de la granja, que vendrá a pasar el día con nosotros. Hemos pensado irnos de excursión y llevarnos la comida. ¿Saldrá usted también, señor?

—Hoy, no. Tengo las piernas cansadas y tiesas de tanto trepar ayer. Además, quiero montar algunos de los ejemplares que encontré. Me gustaría conocer a vuestro amigo de la granja. ¿Cómo se llama? ¿Jock?

—Sí, señor —respondió Julián—. Bien, se lo presentaremos en cuanto venga y después nos iremos. Así podrá trabajar en paz durante todo el día.

Pero Jock no acudió. Los chicos le esperaron toda la mañana y no llegó. Retrasaron la comida hasta que se encontraron demasiado hambrientos para resistir un segundo más. Entonces comieron, sentados sobre los brezos, delante de sus tiendas.

—¡Qué extraño! —exclamó Julián—. No puede haberse perdido. Sabe muy bien dónde está nuestro campamento porque se lo enseñamos cuando vino ayer hasta medio camino con nosotros. Quizá venga esta tarde.

Mas tampoco vino por la tarde ni después del té. Discutieron si sería conveniente ir a enterarse de lo que había sucedido. Al fin Julián decidió que no. Sin duda, existía una buena razón para que Jock se abstuviese de venir. Y quizás a la señora Andrews no le gustara recibir su visita dos días seguidos.

Fue un día decepcionante. No se atrevían a abandonar las tiendas, ni siquiera a dar un paseo por si acaso se presentaba Jock.

El señor Luffy se mantuvo ocupado todo el tiempo con sus ejemplares.

Sintió mucho que Jock les hubiese fallado.

—Vendrá mañana —los consoló—. ¿Trajisteis bastante comida?

Aquí tengo algo, en esta lata, por si acaso lo necesitáis.

—No, muchas gracias —rechazó Julián—. De verdad, tenemos más que suficiente. Vamos a jugar a las cartas, ¿quiere unirse a nosotros?

—Sí, creo que sí —aceptó estirándose al levantarse—. ¿Sabéis jugar al tute?

En efecto, conocían el juego y batieron por muchos puntos al pobre señor Luffy, que echaba la culpa de su suerte a sus malas cartas, pero que se divertía enormemente. Les confesó que la única cosa que de verdad le había sacado de quicio era el modo en que Tim, que permaneció todo el tiempo detrás de él, le echaba el aliento en el cuello.

—Estoy seguro de que Tim sabría jugar con mis cartas mucho mejor que yo —se quejó—. Siempre que me equivocaba, me resoplaba sobre el cuello más fuerte de lo normal.

Todos rieron, aunque Jorge pensaba para sí que probablemente Tim jugaría a las cartas mucho mejor que el señor Luffy, en el caso de que le fuese posible sostenerlas.

Jock no llegó, al fin y al cabo. Dejaron las cartas cuando ya oscureció demasiado para poder ver. El profesor anunció que se iba a la cama.

—Era muy tarde cuando volví la noche pasada —exclamó—. Debo acostarme temprano.

También los niños pensaron en irse a la cama pronto. El recuerdo de sus cómodos sacos de dormir resultaba siempre agradable cuando llegaba la noche.

Así lo hicieron. Las niñas se metieron en sus sacos y Tim se echó encima de Jorge. Los chicos, a su vez, se retiraron a su tienda y se introdujeron en los suyos. Dick dio un enorme bostezo.

—Buenas noches, Julián —dijo, y en el acto se quedó dormido.

Julián no tardó mucho en imitarlo. Todo el mundo reposaba ya, cuando Tim soltó de pronto un pequeño gruñido, tan bajo que ni siquiera las niñas alcanzaron a oírlo y, naturalmente, tampoco Dick y Julián, allá en su tienda.

Tim levantó la cabeza y escuchó con atención. Gruñó de nuevo. Escuchó otra vez. Por último, se levantó, se sacudió sin despertar a Jorge y salió de la tienda con las orejas erguidas y la cola hacia arriba.

Había oído a alguien o algo y, aunque su instinto le aseguraba que no se trataba de nada peligroso, estaba dispuesto a asegurarse.

Dick se hallaba sumido en un profundo sueño, cuando el súbito ruido de algo que se arrastraba por fuera de la tienda le despertó. Se sentó al momento y miró hacia la entrada. Apareció una sombra que se asomó al interior.

¿Sería Tim? ¿O quizás el señor Luffy? A fin de no volver a cometer un error, esperó a que la sombra hablara. Sin embargo, ésta permanecía en silencio e inmóvil como si aguardara algún movimiento de los ocupantes de la tienda. A Dick no le gustó aquello.

—¡Tim! —llamó en voz baja.

Entonces la sombra habló.

—¡Dick! ¿O es Julián? Soy Jock. Tengo a Tim conmigo. ¿Puedo entrar?

—¡Caramba, Jock! —exclamó Dick, sorprendido—. ¿Cómo es que apareces a estas horas de la noche? ¿Por qué no viniste hoy? ¡Estuvimos siglos esperándote!

—Sí, me lo imagino. Lo siento muchísimo —respondió la voz de Jock, al tiempo que el muchacho penetraba en la tienda. Dick despertó a Julián.

—¡Julián! Aquí están Jock y Tim. ¡Caramba, Tim! ¡Quítate de encima! Ven aquí, Jock, a ver si puedes meterte en mi saco de dormir. Me parece que hay sitio para los dos.

—¡Oh, gracias! —contestó Jock, y se apretujó contra Dick con dificultad—. ¡Qué caliente está! Decía que siento terriblemente no haber podido venir hoy, pero mi padrastro me anunció de repente que me necesitaba para acompañarle durante todo el día. Todavía no puedo comprender por qué.

—Pues fue una faena, sabiendo que habías quedado en venir de excursión con nosotros —replicó Julián—. ¿Era algo importante?

—No, no lo era —dijo Jock—. Fuimos hasta Endersfield, que está a unos sesenta kilómetros de aquí. Aparcó delante de la biblioteca pública, asegurando que volvería en unos pocos minutos. ¡Y no volvió hasta después de la hora del té! Por fortuna, me había llevado unos bocadillos. No os podéis imaginar cómo me puse.

—Bueno, no te preocupes. Ven mañana y en paz —dijo Dick.

—No puedo —suspiró Jock, desesperado—. Me ha preparado un

encuentro con el hijo de un amigo suyo, un chico llamado Cecilio Dearlove[1]

¡Vaya nombrecito! Tendré que pasarme el día con esa espantosa criatura. Lo peor de todo es que mamá está encantada. En general, piensa que mi padrastro no me hace mucho caso. La verdad es que yo preferiría que siguiera como antes.

—¡Qué rabia! De manera que tampoco podrás venir mañana —exclamó Julián—. Bueno, ¿y el próximo día?

—Sería estupendo —respondió Jock—. Pero tengo el presentimiento de que tendré al querido amor de Cecilio enganchado todo el santo día para enseñarle las vacas y los cachorros al nene mimado. ¡Uf! ¡Y pensar que, mientras, podría estar con vosotros cuatro y con Tim!

—Es una mala suerte —dijo Julián—. De veras que lo es.

—Pensé que debía venir para decíroslo. No he tenido oportunidad de deslizarme hacia aquí hasta la noche. Os traje un poco más de comida. Me imaginé que necesitaríais algo. Me sentó muy mal la idea de mi padrastro… ¡Oíd! Se me ocurre algo. ¿Por qué no vamos ahora al depósito del tren? Iba a pediros que me llevaseis hoy.

—Muy bien. Si es que no puedes venir mañana y a lo mejor tampoco el próximo día, ¿por qué no por la noche? —asintió Dick—. Pero hoy no. ¿Te gustaría venir mañana a esta misma hora? No se lo diremos a las niñas. Iremos nosotros tres y vigilaremos.

Jock estaba demasiado conmovido para responder una palabra. Dejó escapar un profundo suspiro de alegría. Dick rió.

—No te emociones demasiado. Lo más probable es que no veamos nada. Trae una linterna, si la tienes. Ven a nuestra tienda y me tiras de la punta del pie. Me despertaré en seguida, pero si no lo hago, entonces despiértame del modo que puedas. Y, naturalmente, no digas una palabra a nadie.

—Claro que no —aseguró Jock, gozoso de antemano—. Bueno, supongo que será mejor que me vaya. Los páramos en la oscuridad parecen de ultratumba. No hay luna, y las estrellas no dan mucha luz. He dejado la comida fuera de la tienda. Es mejor que lo recojáis antes de que Tim se encargue de ella.

—Está bien. Millones de gracias —dijo Julián. Jock saltó del saco de Dick y salió a rastras de la tienda, con Tim lamiéndole

cortésmente la nariz todo el camino. Jock localizó la bolsa de la comida y se la entregó a Julián, que la colocó con el mayor cuidado debajo del cubresuelo de lona.

—¡Buenas noches! —se despidió Jock en voz baja.

Poco después se le oía alejarse por entre los brezos.

Tim le siguió, encantado con el inesperado visitante que le proporcionaba la oportunidad de hacer una excursión nocturna. Jock se sentía más contento de llevar al perro con él. Tim le acompañó hasta la granja y luego volvió saltando por los páramos hasta el campamento. Le hubiera gustado dedicarse a atrapar a los conejos que olfateaba aquí y allá, pero deseaba regresar pronto al lado de Jorge.

Por la mañana, Ana se mostró muy sorprendida al hallar la comida en la «despensa», debajo del espino.

Julián se había ocupado de transportarla allí para darle una sorpresa.

—¡Mirad esto! —gritó, asombrada—. ¡Pastel de carne, más tomates, huevos! ¡Caramba! ¿De dónde salieron?

—El tren fantasma los trajo durante la noche —se burló Dick, haciendo una mueca.

—No. Fue el volcán que los tiró por el aire —añadió el señor Luffy, que también estaba allí.

Ana le arrojó una servilleta.

—Decidme cómo llegó esto aquí —pidió—. Estaba preocupada por lo que os iba a dar de desayuno, y ahora me encuentro con más de lo que podemos comer. ¿Quién lo puso aquí? Jorge, ¿lo sabes tú?

Jorge no lo sabía. Sin embargo, observó las caras sorprendidas de los niños.

—Apuesto a que Jock estuvo aquí la noche pasada —dijo—. ¿No es cierto?

Y para ella misma añadió: «Sí, y si como pienso han estado planeando algo juntos… os aseguro que os lo sacaré, Dick y Julián. Estaré alerta desde ahora. ¡Adonde vayáis vosotros iré yo!…».

Capítulo 10

A la caza de un tren fantasma

El día transcurrió agradablemente. Los niños, Tim y el señor Luffy se dirigieron a una balsa, que habían descubierto en lo alto de los páramos. La denominaban «la balsa verde» a causa de su color verde pepino. El señor Luffy les había explicado que aquel color se debía a ciertas sustancias químicas disueltas en el agua.

—Espero que no nos volveremos verdes nosotros también —dijo Dick, en tanto se ponía su traje de baño—. ¿Se va a bañar usted, señor Luffy?

El señor Luffy iba a hacerlo. Los chicos se imaginaban que sería un mal nadador. Se limitaría a chapotear en el borde y haría muy poca cosa. No obstante, ante la sorpresa de todos, estuvo magnífico en el agua y nadó más de prisa aún que Julián.

Se divirtieron mucho. Cuando se sintieron fatigados, se tumbaron en la orilla a tomar el sol.

La carretera corría a lo largo de la verde balsa y los niños vieron pasar un rebaño de ovejas. Después aparecieron un coche o dos y, por último, un enorme camión. Un muchacho, sentado al lado del conductor, los saludaba.



—¿Quién era? —dijo Julián, asombrado—. Seguramente ni nos conoce siquiera.

Sin embargo, los agudos ojos de Jorge habían visto de quién se trataba.

—¡Era Jock! Iba sentado al lado del conductor. Y, mirad, ahí llega el coche nuevo de su padrastro. Sin duda, Jock ha preferido ir con el conductor del camión en vez de con su padrastro. No se lo reprocho.

El brillante coche nuevo del señor Andrews pasó conducido por él mismo. No divisó al grupo que se hallaba al lado de la carretera y continuó su camino detrás del camión.

—Van al mercado, supongo —comentó Dick, echándose otra vez —. Me pregunto qué llevarán.

—También me lo pregunto yo —dijo el señor Luffy—. Deben vender los productos de la granja a precios muy altos para poder comprar ese coche tan bonito, la maquinaria y todas las cosas de las que me habéis hablado. Debe de ser un tío muy avispado ese señor Andrews.

—Pues a mí no me lo parece —replicó Ana—. Es un hombre débil y feo. De verdad, señor Luffy. No puedo imaginármelo lo bastante listo como para amontonar dinero y sacar el mejor partido de todo.

—Muy interesante —dijo el señor Luffy—. Bien ¿qué os parece otro baño antes de la comida?

Hacía un día precioso y el señor Luffy era un gran compañero. Podía contar chistes sin reírse en absoluto, y sólo el hecho de que su oreja se agitase con fuerza demostraba a los otros que él también disfrutaba con sus propias bromas. A su oreja derecha parecían gustarle los chistes, aun cuando la cara del señor Luffy continuaba tan seria como la de Tim.

Llegaron al camping hacia la hora de la merienda y Ana preparó un té delicioso. Lo tomaron delante de la tienda del profesor.

Tan pronto como oscureció, Julián y Dick comenzaron a sentirse entusiasmados. Durante el día, ni el uno ni el otro creían una palabra sobre aquella historia de los trenes fantasma, pero cuando el sol se escondió y grandes sombras cubrieron las colinas, un agradable estremecimiento se apoderó de ellos. ¿Verían algo emocionante aquella noche?

Al principio reinaba gran oscuridad, porque había nubes en el cielo que ocultaban las estrellas. Los chicos desearon buenas noches a las niñas y se deslizaron en sus sacos de dormir. Observaron con ansiedad el cielo a través de la abertura de la tienda.

Poco a poco, las nubes se fueron desvaneciendo. Algunas estrellas empezaron a brillar. Las nubes se desparramaron más aún y se deshicieron en bandas.

Pronto todo el cielo relucía con puntitos de luz y cien mil

estrellas vigilaban los páramos.

—Tendremos luz de las estrellas —murmuró Julián—. Eso es bueno. No me apetece nada tropezar con los brezos y romperme un tobillo en las madrigueras de conejos, ni quiero utilizar la linterna por el camino al depósito, por si acaso nos descubren.

—¡Esto va a ser divertido! —contestó Dick en un susurro—. Espero que venga pronto Jock. Nos va a fastidiar si no lo hace.

De pronto se oyó algo que se arrastraba por entre los brezos y una sombra apareció otra vez en la abertura de la tienda.

—¡Julián! ¡Dick! ¡Ya estoy aquí! ¿Estáis preparados?

Naturalmente, era la voz de Jock. El pulgar de Dick pulsó el botón de la linterna y por un momento su clara luz iluminó la cara roja y excitada de Jock. Entonces la apagó.

—¡Hola, Jock! Veo que al fin has podido venir —dijo Dick—. ¿Cómo es que esta mañana ibas en el camión, por cerca de la balsa verde?

—¿Me oísteis? Os vi y grité como un loco —respondió Jock—. Yo quería bajarme del camión para hablar con vosotros, pero el conductor es un individuo de muy mal genio. No quiso ni hablar de pararse. Aseguró que mi padrastro se pondría furioso con él si lo hacía. ¿Visteis a mi padrastro? Supongo que sí. Iba en el coche de detrás.

—¿Os dirigíais al mercado o algo por el estilo? —preguntó Julián.

—Pues imagino que por lo menos el camión, si, aunque no lo sé seguro. Iba vacío, así que seguramente mi padrastro necesitaba recoger algo. Volví en el coche. El camión debió regresar más tarde.

—¿Qué te pareció Cecilio Dearlove? —se interesó Dick.

—¡Espantoso! Todavía peor que su nombre —gruñó Jock—. ¡Me obligó a que jugáramos a los soldados todo el rato! Lo más horrible de todo es que lo tendré mañana a pasar el día en la granja. Otro día perdido. ¿Qué voy a hacer con él?

—Tíralo a la pocilga —sugirió Dick—. O déjalo con los cachorros de Biddy para que duerma. También puede jugar a los soldados con ellos.

Jock rió entre dientes.

—Me gustaría poder hacerlo. Lo peor de todo es que mamá está encantada de que mi padrastro haya encontrado a ese Cecilio

Dearlove para que sea mi amigo. No hablemos más de ello. ¿Estáis preparados para salir?

—Sí —dijo Julián, y empezó a deslizarse con sigilo de su saco.

—No se lo diremos a las niñas. Ana no quiere venir y prefiero que Jorge no la deje sola. Ahora será mejor que tengamos cuidado hasta que lleguemos lejos, adonde no se nos pueda oír.

Dick salió también de su saco. Los niños no se habían despojado de la ropa aquella noche, a excepción de sus abrigos. Así, lo único que tuvieron que hacer fue ponérselos y arrastrarse fuera de la tienda.

—¿Cuál es el camino? ¿Por aquí? —susurró Jock.

Julián lo tomó por el brazo y lo guió. Tendría que mantenerse vigilante a fin de no perderse en la noche tan escasamente iluminada por las estrellas. ¡Los páramos parecían tan diferentes de lo que eran a la luz del día!

—Si nos dirigimos hacia aquella colina que se destaca contra el cielo al Oeste, estaremos en la buena dirección —dijo.

El depósito ferroviario semejaba hallarse mucho más distante de noche que de día. Los tres muchachos iban dando traspiés y a veces casi cayéndose, cuando los pies se les enganchaban en las matas de brezo. Se alegraron cuando encontraron una especie de sendero por donde resultaba más fácil caminar.

—Aquí es donde nos encontramos al pastor —dijo Dick en voz baja. No sabía por qué hablaba tan bajo. Sentía como si fuese preciso hacerlo—. No debemos estar ya muy lejos.

Prosiguieron su camino por algún tiempo, hasta que, de pronto, Julián tocó a Dick en el hombro.

—Mira allí abajo. Creo que es el depósito. Veo como brillan las vías.

Habían llegado a la ladera salpicada de brezos que se alzaban sobre el depósito. Abrieron mucho los ojos. Pronto pudieron despejarse y distinguir los objetos. Sí. Era el viejo depósito ferroviario.

Jock agarró a Julián por la manga.

—¡Hay una luz! ¿La ves?

Los muchachos se esforzaron por taladrar la oscuridad hasta que estuvieron bastante seguros de que, en efecto, abajo, al otro lado, brillaba una lucecita amarilla. La contemplaron absortos.

—Creo que ya sé lo que es —exclamó Dick, al fin—. Es la luz de la cabaña del vigilante. La luz del viejo Sam Pata de Palo. ¿No te parece, Julián?

—Sí, tienes razón —asintió Julián—. He aquí lo que haremos. Nos aproximaremos al depósito, y luego iremos hacia la cabaña. Echaremos una mirada para comprobar si el viejo Sam se encuentra en ella. Entonces nos esconderemos y esperaremos a que aparezca el tren fantasma.

Se arrastraron por la ladera. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la luz de las estrellas y empezaban a ver bastante bien. Se dirigieron hacia el depósito. No pudieron evitar que sus pies hicieran ruido al posarse sobre algunos maderos carbonizados. Se detuvieron, espantados.

—Alguien nos oirá si hacemos tanto ruido —susurró Julián.

—¿Quién? —contestó, también en un murmullo, Dick—. Aquí no hay nadie, excepto Sam, que está en la cabaña.

—¿Y cómo sabes que está? —dijo Julián—. ¡Cielo santo! ¡Jock, por favor, no hagas tanto ruido con los pies!

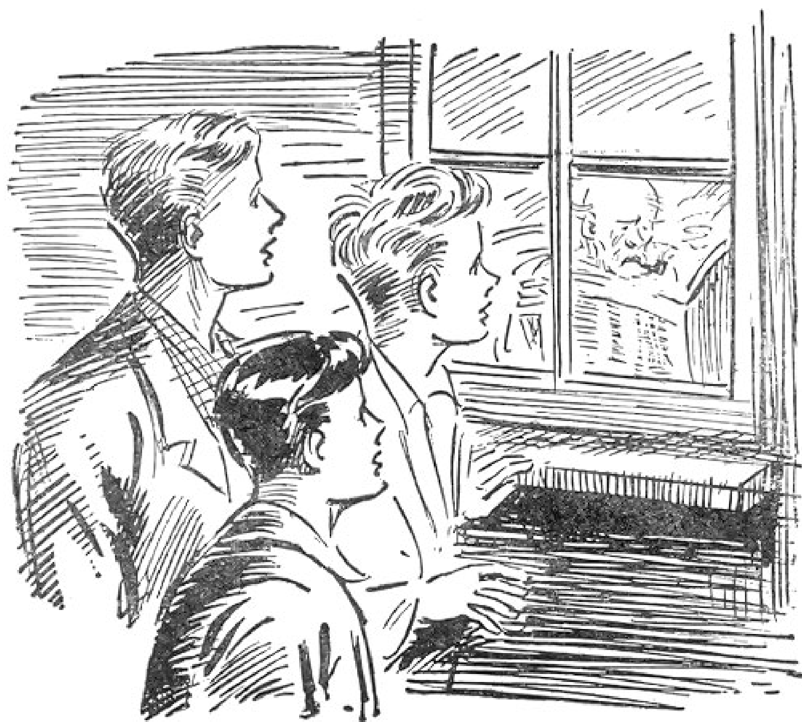
Permanecieron allí un rato, discutiendo lo que habían de hacer.

—Será mejor dar la vuelta al depósito —determinó Julián—. Que yo recuerde, hay hierba por allí. Pasaremos sobre ella, para llegar a la esquina del depósito.

No se equivocaba. Había hierba y pudieron caminar por ella sin hacer el menor ruido. Avanzaron con lento y silencioso paso en dirección a la luz que brillaba en la cabaña de Sam.

La ventana estaba abierta y era pequeña. Se hallaba justamente al nivel de sus cabezas y los chicos se deslizaron a lo largo de la pared, mirando con precaución al interior.

Sam Pata de Palo aparecía recostado en una silla, fumando una pipa. Leía un periódico, fijando la vista con esfuerzo. Seguramente aún no tenía arregladas sus gafas rotas.



A su lado, en una silla, reposaba su pierna de madera. Se había despojado de ella, dejándola allí.

—No debe de esperar ningún tren fantasma esta noche. No se habría quitado su pierna de madera si no fuera así —murmuró Dick.

La luz de la lamparilla tembló y las sombras asaltaron la pequeña cabaña. Era un sitio pobre, mal amueblado, pequeño y desaliñado. Sobre una mesa había una taza sin plato ni asa, y un cacharro de lata hervía sobre una cocinilla herrumbrosa.

Sam dejó el periódico y se frotó los ojos. Murmuró algo. Los muchachos no pudieron oírlo, pero estaban seguros de que se refería a sus lentes rotos.

—Hay muchas vías en este depósito —murmuró Jock, cansado de observar al viejo Sam—. ¿Adónde conducirán?

—Hasta un kilómetro poco más o menos. Aquí está el túnel —respondió Julián, señalando detrás de Jock—. Las vías vienen de esa dirección. A partir de aquí se dividen en muchos ramales. Este sitio debió de ser muy frecuentado en épocas pasadas, supongo.

—Vayamos por las vías hasta el túnel —propuso Jock—. Venid. No hay nada digno de verse por aquí. Vayamos hacia el túnel.

—Bueno —asintió Julián—. Será lo mejor. Aunque imagino que tampoco descubriremos gran cosa por ahí. Creo que esos trenes fantasma no son más que cuentos del viejo Sam.

Abandonaron la pequeña cabaña iluminada por la temblequeante luz de la vela y volvieron a su punto de partida, rodeando el depósito. Después siguieron la única vía que se apartaba del depósito y se dirigía hacia el túnel. Ahora no pareció importarles caminar sobre los maderos carbonizados, ni se preocuparon en absoluto por el ruido. Caminaron a lo largo de la vía, charlando en voz baja.

¡Y, de repente, empezaron a suceder cosas! Un lejano rugido amortiguado brotó del interior del túnel, el cual estaba ya tan cerca de los muchachos que éstos podían vislumbrar su negra boca. Julián lo oyó primero. Se quedó callado un momento y luego cuchicheó:

—¡Escuchad! ¿Podéis oír eso?

—Sí —respondió Dick—. Pero sólo es un tren que pasa por uno de los túneles subterráneos. El ruido se va alejando de aquí.

—No, no se aleja. Es un tren que viene a través de este túnel —dijo Julián.

El rugido creció más y más, acompañado por un rechinamiento que iba aumentando de volumen. Los chicos se apartaron a toda prisa de las vías y se echaron a un lado, esperando anhelantes. Apenas osaban respirar.

¿Podría tratarse del tren fantasma? Miraron hacia la boca del túnel por si la luz de una locomotora asomaba por ella como un ojo feroz. No ocurrió nada. ¡Aquello estaba más oscuro que la noche! Sin embargo, el ruido estaba cada vez más cerca, más cerca, más cerca… Pero ¿acaso podía producirse el ruido de un tren sin tren? El corazón de Julián comenzó a latir con ritmo acelerado, y Dick y Jock se encontraron de pronto agarrados el uno al otro sin darse cuenta.

El ruido aumentó mil veces su volumen. Súbitamente surgió del túnel algo negro y largo, con un resplandor moderado en la parte delantera, que pasó como un relámpago frente a ellos, haciendo temblar el suelo, y se desvaneció en las tinieblas. El ruido ensordeció por un momento a los muchachos. Luego los chirridos y

rugidos fueron decreciendo hasta desaparecer como el tren o lo que fuera aquello. Reinaba ahora un extraño silencio.



—Bueno, ya lo hemos visto —exclamó Julián, con voz más bien temblorosa—. El tren fantasma, sin ninguna luz o señal. ¿Dónde se habrá metido? Quizás en el depósito, ¿no creéis?

—¿Qué te parece si vamos a mirarlo? —preguntó Dick—. No logré descubrir a nadie en la cabina. Tan sólo el resplandor de algo que parecía fuego. Pero ¡alguien tenía que conducirlo! ¡Qué cosa

tan rara! ¿Verdad? Sin embargo, hace un ruido bastante real, de todos modos.

—Vayamos al depósito —dijo Jock, que parecía el menos afectado de los tres—. Venid.

Hicieron el recorrido muy despacio. De repente Dick dejó escapar un agudo grito.

—¡Diablos! Me he torcido el tobillo. Esperad un minuto.

Se dejó caer al suelo preso de un fuerte dolor. Sólo era una torcedura, por fortuna, y no afectaba para nada a los ligamentos. No obstante, durante algunos minutos, Dick no pudo hacer otra cosa que gruñir. Los otros no se atrevieron a abandonarle. Julián se arrodilló a su lado, ofreciéndose a frotarle el tobillo. Dick no se dejó tocar. Jock no alcanzaba a reprimir su ansiedad. Se necesitaron unos veinte minutos antes de que el tobillo de Dick estuviese lo bastante fuerte para poderse sostener en pie. Con la ayuda de los otros dos consiguió al fin levantarse y probar si podía caminar.

—Creo que ya estoy bien. Puedo andar, aunque despacio. Continuemos hacia el depósito, a ver si nos enteramos de una vez de lo que está sucediendo.

Iniciaban ya la marcha cuando los detuvo en seco un ruido que venía por las vías procedentes del depósito. Rugía, rugía, rugía… con discordantes chirridos.

—¡Vuelve! —musitó Julián—. No habléis. Limitaos a mirar. Parece que regresa por el mismo túnel.

Se quedaron quietos mientras el sonido se acercaba y se multiplicaba. Vislumbraron el resplandor de aquello que parecía fuego en la cabina. El tren pasó de largo y desapareció en la oscuridad de la boca del túnel. El eco de sus rugidos persistió aún por algún tiempo.

—Bueno, al fin y al cabo, Sam y los otros tenían razón. Eso es un tren fantasma —dijo Julián, intentando en vano sonreír, pues se sentía bastante agitado—. Vino y se marchó. De dónde y a dónde, nadie lo sabe. Sin embargo, lo hemos oído y visto en la oscuridad de la noche. Ponía la carne de gallina.

Capítulo 11

Algo más sobre Jock

Los tres muchachos permanecieron en silencio, contentos de sentirse juntos en la oscuridad. No lograban comprender que hubieran visto aquello que habían supuesto producto de la imaginación de Sam. ¿Qué clase de tren era este que salía rugiendo del túnel de un modo tan misterioso y, después de un descanso en el depósito, se volvía a marchar más misteriosamente todavía?

—Si no me hubiera torcido el tobillo, podríamos haberlo seguido por las vías hasta el depósito y lo habríamos examinado de cerca —gruñó Dick al fin—. ¡Qué idiota he sido al fastidiarme el pie en el momento más emocionante!

—No pudiste remediarlo —lo consoló Jock—. El caso es que hemos visto un tren fantasma. Casi no puedo creerlo. ¿Será posible que marche sin nadie que lo conduzca? ¿Será un tren de verdad?

—A juzgar por el ruido que hacía, no cabe duda de que es real —replicó Julián—. Y también echaba humo. Es muy extraño. No puedo decir que me satisfaga demasiado.

—Bien. Vayamos a ver lo que le ha sucedido a Sam Pata de Palo —dijo Dick—. Apuesto a que estará debajo de la cama.

Fueron andando despacio hasta el depósito. Dick cojeaba un poco, aunque prácticamente su tobillo estaba en perfectas condiciones otra vez.

Cuando llegaron, miraron hacia la cabaña de Sam. No se veía ninguna luz.

—La ha apagado y se ha metido debajo de la cama —dedujo Dick—. ¡Pobre Sam! No me extraña que esté aterrorizado. Echemos una ojeada a la cabaña.

Se acercaron e intentaron ver el interior desde la ventana. No había nada que ver. La cabaña se hallaba en la más completa oscuridad.

De repente, un pequeño relámpago se encendió en algún sitio, cerca del suelo.

—¡Mirad! ¡Allí está Sam! Está encendiendo una cerilla —murmuró Julián—. ¡Está saliendo de debajo de la cama! Parece muy asustado. Golpeemos en la ventana y preguntémosle si se encuentra bien.

¡Buena la organizaron! Tan pronto como Julián llamó vigorosamente con los nudillos en la ventana, Sam Pata de Palo profirió un angustiado chillido y se zambulló a toda velocidad debajo de la cama, apagando otra vez su temblorosa cerilla.

—¡Vienen a cogerme! —le oyeron gritar—. ¡Vienen a cogerme! Y yo sin mi pierna de madera.

—Sólo estamos consiguiendo asustar al pobre viejo —dijo Dick dirigiéndose a Julián—. Será mejor que lo dejemos. Le dará un ataque o algo por el estilo si volvemos a golpear en la ventana. ¡Piensa que los trenes fantasma van a cogerle de verdad!

Dieron unas cuantas vueltas alrededor del oscuro depósito, pero no encontraron nada en la oscuridad. Ningún ruido más llegó a sus oídos.

Resultaba evidente que el tren fantasma no volvería a presentarse otra vez por aquella noche.

—Regresemos al campamento —resolvió Julián—. ¡Corcho! ¡Ha sido emocionante! Sinceramente, se me pusieron los pelos de punta cuando el tren salió soplando del túnel. ¿De dónde vendrá? ¿Y por qué?

No pensaron más en ello y emprendieron el camino de regreso.

Se arrastraron por los brezos, muertos de cansancio, pero muy excitados.

—¿Les diremos a las niñas que hemos visto el tren? —preguntó Dick.

—No —respondió Julián—. Sólo lograríamos asustar a Ana, y Jorge se pondría furiosa al enterarse de que nos hemos ido sin ella. Esperaremos y trataremos de descubrir algo más antes de confesarlo a las niñas o al viejo Luffy.

—Bien —dijo Dick—. ¿Serás capaz de contener la lengua, Jock?

—Naturalmente —contestó Jock en tono desdeñoso—. ¿A quién iba a decírselo? ¿A mi padrastro? ¡Pues no se pondría poco furioso si supiera que hemos mandado a freír espárragos todas sus advertencias y nos hemos ido a ver el tren fantasma, a pesar de todo!

De repente, sintió algo cálido entre las piernas y no pudo contener un grito de terror.

—¡Oh! ¿Qué es esto? ¡Vete de aquí!

Luego rió al descubrir que no se trataba más que de Tim, que había salido al encuentro de los tres muchachos.

Se apretó contra cada uno de ellos y emitió ligeros gruñidos de protesta.

—Está diciendo: «¿Por qué no me llevasteis con vosotros?» —explicó Dick—. Lo siento, viejo amigo, pero no nos era posible. ¡Jorge no nos habría vuelto a dirigir la palabra si te hubiéramos llevado a ti, dejándola a ella atrás! Además, ¿crees que te habrían gustado los trenes fantasma, Tim? ¿No habrías corrido a algún rincón para esconderte?

—Buf —fue la despectiva respuesta de Tim. ¡Como si él se asustase de nada!

Una vez en el camping, se despidieron muy bajito.

—Adiós, Jock. No dejes de venir mañana, si puedes. ¡Esperamos que no te obliguen a cargar otra vez con Cecilio!

—Adiós. Os veré pronto —susurró Jock, y desapareció en la oscuridad con Tim a sus talones.

«¡Estupendo! —pensó Tim—. Otra oportunidad de un paseo nocturno».

Precisamente lo que estaba deseando. Hacía calor en la tienda y una escapada al aire fresco de la noche sería muy agradable.

Tim gruñó con suavidad cuando se hallaban ya muy próximos a la granja Olly. Luego calló, con los pelos del cuello ligeramente erizados.

Jock apoyó la mano sobre la cabeza del perro y se detuvo al instante.

—¿Qué ocurre, muchacho? ¿Ladrones o algo así?

Fijó sus ojos en la oscuridad.

Grandes nubarrones cubrían ahora las estrellas y reinaban unas profundas tinieblas. Jock distinguió una luz atenuada en uno de los

graneros.

Decidió echar una mirada por allí para ver de qué se trataba. El ruido que salía del interior se extinguió en cuanto él se hubo acercado, sustituido por el sonido de unos pasos, el cierre silencioso de la puerta del granero y el clic de un candado al ser cerrado.

Jock intentó aproximarse un poco más. Fue excesivo. Quienquiera que fuese el que merodeaba por allí debió percatarse de su presencia, porque dio la vuelta y, girando con violencia el brazo, asió a Jock por el hombro. El muchacho se balanceó bruscamente. Casi cayó, pero el hombre que lo había atrapado lo sujetó con firmeza. La luz de una linterna se encendió enfocando su rostro. Quedó cegado por el súbito resplandor.



—¡Eres tú, Jock! —exclamó una voz asombrada, ronca e impaciente—. ¿Qué haces por aquí a estas horas de la noche?

—Bueno, ¿y qué es lo que hace usted? —preguntó Jock, liberándose.

Encendió su propia linterna y dejó que su luz cayera sobre el hombre que lo había atrapado. Era Peters, uno de los empleados de la granja. Aquél en cuyo camión había ido aquel día.

—¿Que qué hago yo? —respondió Peters, enfadado—. Tuve un pinchazo y acabo de llegar. Pero… ¡si estás completamente vestido!

¿Qué has estado haciendo a estas horas de la noche? ¿Me oíste llegar y te levantaste para ver lo que ocurría?

—No lo sabrá nunca —dijo Jock, con todo descaro. Cualquier cosa que dijera podría hacer sospechar a Peters—. No va a sacarme ni una palabra.

—¿Es ésa Biddy? —preguntó Peters, viendo escabullirse una sombra negra—. ¿Has estado fuera con Biddy? ¡Sabe Dios la clase de diablura a que te habrás dedicado a estas horas de la noche!

Jock agradeció el que Peters no se hubiese dado cuenta de que era Tim y no Biddy. Se marchó sin decir nada más. ¡Que Peters pensara lo que quisiese! ¡Corcho! ¡Vaya una mala suerte que Peters hubiese tenido un pinchazo y hubiese regresado tarde! Si el hombre le contaba a su padrastro que lo había visto completamente vestido a medianoche, habría preguntas por parte de su padrastro y de su madre. Jock era un muchacho muy sincero. Encontraría bastante difícil explicar sus andanzas.

Echó a correr hacia la casa, trepó por el peral que había al pie de su ventana y entró en su habitación procurando no hacer ruido. Abrió la puerta con suavidad para comprobar si alguien de la casa se había despertado. Todo estaba oscuro y silencioso.

«¡Ese estúpido de Peters! —pensó—. Si se le ocurre decir algo, ¡estoy perdido!».

Se metió en la cama, recapacitando unos momentos sobre los curiosos acontecimientos de aquella noche. Al fin cayó en un sueño agitado, en el que trenes fantasma, Peters y Tim se dedicaban a realizar las cosas más extraordinarias. Se sintió contento al despertarse en la luminosa y soleada mañana y encontrar a su madre sacudiéndole.

—¿Es que no piensas levantarte, Jock? Ya es muy tarde. ¿Qué es lo que te pasa para tener tanto sueño? ¡Ya vamos por la mitad del desayuno!

Según las apariencias, Peters no se había molestado en referirle a su padrastro que lo vio por la noche. Jock le estaba muy agradecido. Empezó a planear cómo podría reunirse con sus amigos en el camping. ¡Les llevaría comida! Esto constituiría una buena excusa.

—Mamá, ¿puedo llevar un cesto de cosas a los del camping? —dijo después del desayuno—. Deben de andar muy justos.

—No. El chico ese ya está en camino —respondió su madre—. ¿Cuál es su nombre, Cecilio o algo así? Tu padrastro dice que es un muchacho muy agradable. Te divertiste con él ayer. ¿No es cierto?

Jock hubiera podido decir una serie de cosas descorteses sobre el querido Cecilio si su padrastro no se hubiera hallado presente, sentado cerca de la ventana y ocupado en leer el periódico.

Pero como era así, levantó los hombros y puso una cara de circunstancias esperando que su madre comprendiese sus sentimientos.

Ella pareció entenderle.

—¿A qué hora tiene que llegar Cecilio? —preguntó—. Quizá te dé tiempo de acercarte al camping con un cesto de comida.

—De ninguna manera. No quiero que ande correteando por ahí —protestó el señor Andrews, interviniendo de repente en la conversación y dejando el periódico—. Cecilio puede presentarse de un momento a otro. Y conozco muy bien a Jock. Se pondría de conversación con esos niños y se olvidaría de todo. El padre de Cecilio es un gran amigo mío y Jock tiene que mostrarse educado con él y estar aquí cuando llegue para recibirlo. Hoy no puede ir a ese campamento.

Jock trató de disimular su descontento. ¿Por qué su padrastro tenía que interferirse en sus planes de éste modo? ¡Llevándole a la ciudad, imponiéndole a Cecilio como amigo! ¡Precisamente cuando otros niños que le eran simpáticos habían entrado en su solitaria vida y participaban en ella! Era desesperante.

—A lo mejor me da tiempo a ir al camping yo misma con algo de comida —aseguró su madre, consolándole—. O quizás a los mismos chicos se les ocurra venir aquí a buscarla.

Jock continuaba desilusionado. Salió al cobertizo en busca de Biddy. La encontró con sus cachorros, que ya intentaban arrastrarse detrás de ella, alrededor del cobertizo. Jock confió en que los del camping hicieran su aparición en la granja en busca de comida. Así, por lo menos, podría cambiar unas palabras con ellos.

Cecilio llegó en coche. Tenía la misma edad que Jock, más o menos, aunque estaba muy bajo para sus doce años. Llevaba los cabellos rizados y demasiado largos y su conjunto de franela aparecía limpio y bien planchado.

—Hola —saludó a Jock—. Ya estoy aquí ¿A qué vamos a jugar?

¿A los soldados?

—No. A los pieles rojas —respondió Jock, que había recordado de repente su viejo disfraz de piel roja, con montones de plumas alrededor de la cabeza y una cola cayendo por la espalda. Se fue por la puerta haciendo muecas. Se cambió de ropa y se colocó su penacho. Cogió su caja de pinturas y a toda prisa se pintarrajeó la cara con una mezcla de rojo, azul y verde. Encontró su hacha y corrió blandiéndola escaleras abajo.

Puesto que no le quedaba más remedio que aguantar a Cecilio, sería un piel roja y arrancaría el cuero cabelludo a aquel fastidioso rostro pálido.

Entre tanto, su víctima daba vueltas aburrido alrededor de la casa. Quedó horrorizado cuando, al volver una esquina, una terrorífica figura salió de detrás de una pared y, entre terribles gritos, lo agarró, agitando lo que parecía un peligroso cuchillo de carnicero.

Cecilio se volvió y huyó, sin cesar de dar voces. Jock lo persiguió saltando locamente mientras voceaba con todas sus fuerzas. Se lo estaba pasando en grande. Él había aceptado jugar a los soldados el día anterior con el querido Cecilio. No veía por qué Cecilio se iba a negar a jugar hoy con él a los pieles rojas.



Precisamente en aquel momento llegaban los cuatro del campamento para buscar comida, con Tim trotando a su lado.

Se detuvieron perplejos ante el espectáculo que presentaban Cecilio corriendo como el viento, en tanto aullaba de espanto, y un piel roja vestido y pintado saltando ferozmente en pos de él.

Jock los vio. Bailoteó una cómica danza guerrera alrededor de ellos, ante la estupefacción de Tim, profirió unos cuantos gritos dramáticos, pretendió cortar la cola de Tim y luego corrió a toda velocidad en persecución de Cecilio, que había desaparecido.

Los niños estallaron en ruidosas carcajadas.

—Chicos, no puedo más —dijo Ana, con lágrimas en los ojos a causa de la risa—. Ése debe de ser Cecilio. Supongo que es la venganza de Jock por haberle hecho jugar a los soldados con él ayer. Mirad, ahora van alrededor de la pocilga. ¡Pobre Cecilio! Debe de temer que le vaya a cortar de verdad el cuero cabelludo.

Cecilio desapareció en la cocina de la granja sollozando, y la señora Andrews corrió a consolarle. Jock regresó junto a sus amigos, haciéndoles muecas con la cara todavía recubierta por la pintura de guerra.

—Hola —dijo—. Acabo de pasar un rato formidable con el querido Cecilio. Estoy muy contento de veros. Yo quería ir al camping, pero mi padrastro me lo prohibió. Dijo que tenía que jugar con Cecilio. ¿No es espantoso?

—Horrible —afirmaron todos.

—¿Por qué no se corta el pelo? —preguntó Julián, disgustado—. Los chicos con el pelo largo me fastidian demasiado, incluso para hablar con ellos. Oye, ¿no crees que se pondrá furiosa tu madre por haber aterrorizado a Cecilio de este modo? Quizá sería mejor esperar un poco antes de pedirle la comida.

—Sí, será mejor que aguardéis hasta que se calme —confirmó Jock, conduciéndolos al lado soleado del pajar donde habían descansado dos días antes—. Hola, Tim. ¿Volviste bien ayer noche?

Jock se había olvidado por completo de que las niñas no sabían nada de los acontecimientos de la noche pasada. Ambas aprestaron al punto los oídos.

Julián frunció el ceño y Dick asestó a Jock un codazo a escondidas.

—¿Qué pasa? —exclamó Jorge, viendo toda aquella comedia—. ¿Qué sucedió la noche pasada?

—Pues… subí para tener una pequeña charla nocturna con los chicos, y Tim me acompañó a la vuelta —respondió Jock, fingiendo despreocupación—. Espero que no te importará, Jorge.

—Me estáis escondiendo algo —dijo roja de cólera a los muchachos—. ¡Sí, lo estáis! Estoy segura de que fuisteis al depósito del tren la noche pasada. ¿No es cierto?

Hubo un silencio embarazoso. Julián lanzó una mirada molesta al pobre Jock, quien hubiera deseado tirarse de los pelos.

—¡Seguid, decídmelo! —persistió Jorge, con un enfurecido ceño en su rostro—. ¡Estúpidos! ¡Fuisteis! ¡Y no me despertasteis para llevarme con vosotros! ¡Sois unos miserables!

—¿Descubristeis algo? —preguntó Ana, mirando alternativamente a uno y otro muchacho.

Ambas niñas presentían que aquella noche había ocurrido algo muy especial.

—Bueno… —empezó Julián.

Y entonces hubo una interrupción. Cecilio apareció en el pajar con los ojos enrojecidos por el llanto. Lanzó una mirada de

indignación sobre Jock.

—Tu madre pregunta por ti —dijo—. Dice que vayas al momento. Eres un bárbaro y me quiero ir a mi casa. ¿No oyes a tu padre gritándote? ¡Ha cogido un bastón, pero no lo siento ni una pizca! Espero que te pegue bien fuerte por haberme asustado de esa manera.

Capítulo 12

Jorge pierde el control

Jock miró a Cecilio con extraña expresión y se levantó. Muy despacio, se alejó del pajar. Los otros permanecieron en silencio, temerosos de oír golpes y gritos. No se oyó nada.

—Me asustó —dijo satisfecho Cecilio, sentándose.

—¡Pobre nenito! —respondió Dick al momento en tono zumbón.

—¡Bebé querido! —añadió Jorge.

—¡El nene de su mamá! —recalcó Julián.

Cecilio arrojó sobre ellos una indignada mirada. Se levantó otra vez muy colorado.

—Si no fuera por educación, os abofetearía —dijo. Y se marchó apresuradamente antes de que lo abofetearan a él.

Los cuatro continuaron silenciosos. Lo sentían por Jock. Además, Jorge estaba enfadada y descontenta, porque sabía que los muchachos habían salido sin ella la noche anterior. Ana quedó preocupada.

Estuvieron sentados durante diez minutos. Al fin la madre de Jock se acercó. Parecía angustiada. Llevaba un enorme cesto de comida.

Los niños se levantaron cortésmente.

—Buenos días, señora Andrews —saludó Julián.

—Siento no poder invitaros a que os quedéis hoy —les confío la señora Andrews—. Jock se ha portado como un verdadero loco. No permití que mi marido le pegara. Con eso no conseguiría sino que Jock le odiase y no quiero que semejante cosa pueda suceder nunca. Así que lo mandé a la cama castigado para todo el día. Lo siento, pero no podéis verlo. Aquí hay comida para que os la llevéis.

Queridos, estoy muy preocupada por esto. No puedo imaginar qué le pudo pasar a Jock para que se comportase de este modo. Él no es así.

La cara de Cecilio apareció por el pajar muy atildada. Se le había pasado ya el sofoco.

Julián hizo una mueca.

—¿Qué os parece si nos llevamos a Cecilio con nosotros para dar una vuelta por los páramos? —dijo—. Podemos subir por las colinas, saltar sobre los arroyos y arrastrarnos por los brezos. Sería un día estupendo para él.

La cara de Cecilio desapareció en el acto.

—Me parece una excelente idea —se entusiasmó la señora Andrews—. Es muy amable por vuestra parte ofreceros a cuidar de él. Ahora que Jock está castigado todo el día, no hay nadie para jugar con Cecilio. Sin embargo, debéis recordar que es un niño que no se ha separado nunca de las faldas de su madre. Tenéis que ir con mucho cuidado con él. ¡Cecilio! ¡Cecilio! Ven y hazte amigo de estos niños.

Pero Cecilio no daba señales de vida. No hubo respuesta. No tenía la menor intención de hacerse amigo de «estos niños». Él sabía mejor que la señora Andrews lo que eran. Cuando se dirigía en su busca, se había esfumado por completo.

Los cuatro niños no quedaron en exceso sorprendidos. Julián, Dick y Ana se hicieron muecas el uno al otro. Jorge se mantuvo de espaldas a ellos, todavía enfadada. La señora Andrews regresó a su lado casi sin aliento.

—No puedo encontrarlo —les comunicó—. Nunca lo hubiera dicho. En fin, ya le encontraré algo para que se entretenga cuando vuelva a aparecer.

—Sí, algunos abalorios para ensartar, o un bonito rompecabezas bien difícil de resolver —dijo Julián, cortés.

Los otros prorrumpieron en una risita ahogada. Una sonrisa apareció en la cara de la señora Andrews.

—¡Eres un chico travieso! —comentó—. ¡Pobre Jock! Bueno, ha sido culpa suya. Ahora, adiós. Tengo que continuar con mi trabajo.

Corrió hacia la lechería. Los niños echaron una ojeada hacia la casa desde el pajar. El señor Andrews montaba en aquel momento en su coche. Al parecer, se disponía a marchar. Esperaron unos

minutos hasta que oyeron el motor del coche en el tosco camino de carros.

—Ése es el dormitorio de Jock, ahí donde está el peral —dijo Julián—. Charlemos unas palabras con él antes de irnos. Es una vergüenza lo que le han hecho.

Pasaron junto al almacén de la granja y se detuvieron debajo del peral, todos excepto Jorge, que permaneció detrás del pajar junto a la comida, con el ceño fruncido. Julián gritó hacia la ventana:

—¡Jock!

Una cabeza se asomó de inmediato, con la cara aún espantosamente pintada de rayas y círculos.

—Hola. No me pegó. Mamá no le dejó. De todos modos, preferiría que lo hubiese hecho, en lugar de castigarme. Es terrible estar encerrado aquí arriba en este día tan soleado. ¿Dónde está el querido Cecilio?

—No lo sé. Lo más probable es que se haya escondido en el rincón más oscuro del granero —respondió Julián—. Jock, si las cosas te van mal durante el día, sube al camping por la noche. Iremos a ver lo que tú ya sabes.

—Bien —asintió Jock—. ¿Qué parezco? ¿Un piel roja de verdad?

—Estás espantoso —afirmó Julián, con una mueca—. Me admira que el bueno de Tim te reconociese.

—¿Dónde está Jorge? —preguntó Jock.

—Haciéndose la enfadada detrás del pajar —contestó Dick—. Tenemos un día espantoso con ella. Dejaste escapar el gato del saco, «dota».

—Sí, soy un imbécil y un «dota» —dijo Jock, contrito, y Ana rió entre dientes—. Mirad, ahí está Cecilio. Deberíais decirle que tuviera cuidado con el toro. ¿Lo haréis?

—¿Hay un toro? —exclamó Ana, alarmada.

—No. No te preocupes. Pero no hay razón para no meterle un buen susto —dijo con una mueca—. Así que… ¡Que tengáis un buen día!

Los tres le dejaron y se dirigieron hacia Cecilio, que acababa de salir de un pequeño y oscuro cobertizo. Puso una cara un poco rara y se apresuró a correr a la lechería, en cuyo interior estaba ocupada la señora Andrews.

Julián, de repente, cuchicheó algo al oído de Dick y señaló

detrás de Cecilio.



—¡El toro! ¡Cuidado con el toro! —gritó.

Ana soltó un chillido de espanto. Todo sonaba tan real que, a pesar de que sabía que se trataba de una comedia, no pudo evitar asustarse.

—¡El toro! —gritó también.

Cecilio se puso verde. Sus piernas vacilaron.

—¿D… d… d… dónde está? —tartamudeó.

—Mira detrás de ti —señaló Julián.

¡Pobre Cecilio! Convencido de que un enorme toro estaba a punto de agarrarle por detrás, lanzó un angustioso grito y corrió precipitadamente con sus temblequeantes piernas hacia la lechería.

Se arrojó contra la señora Andrews.

—¡Sálveme! ¡Sálveme! ¡Que me coge el toro!

—Pero si aquí no hay ningún toro —exclamó la señora Andrews, sorprendida—. ¡De verdad, Cecilio! ¿No sería un cerdo lo que corría detrás de ti o algo parecido?

Riendo sin poderlo remediar, los tres niños regresaron al lado de Jorge. Trataron de explicarle lo del toro imaginario Con un gesto de desprecio, ella dio la vuelta y no quiso escucharlos, Julián se encogió de hombros. ¡Era mejor dejar a Jorge sola cuando cogía una de sus rabietas! No solía perder el control con demasiada frecuencia, pero, cuando le ocurría, resultaba insoportable.

Volvieron al campamento con el cesto de comida. Tim les seguía cabizbajo. Sabía que a su ama le ocurría algo. Llevaba el rabo entre piernas y parecía muy desdichado. Jorge ni siquiera le había acariciado.

Una vez junto a las tiendas, Jorge estalló:

—¿Cómo os atrevisteis a marcharos sin mí, cuando os dije que pensaba acompañaros? ¡No tuvisteis el menor inconveniente en invitar a Jock y no me dejasteis ir a mí! ¡Sois unos verdaderos estúpidos! ¡Realmente, nunca pensé que fuerais capaces de una cosa así!

—No seas tonta, Jorge —respondió Julián—. Ya te advertí que no pensaba permitiros ir a Ana y a ti. Os contaré lo que sucedió. ¡Es muy emocionante!

—¿Qué ocurrió? ¡Cuéntanoslo, de prisa! —rogó Ana.

Jorge, sin embargo, se dio la vuelta, obstinada, como si no le interesase en absoluto.

Julián empezó a relatar los extraños acontecimientos de la noche anterior. Su hermana escuchaba conteniendo la respiración. Jorge se mantenía atenta también, aunque pretendía aparentar que no. Estaba muy enfadada y ofendida.

—Bien, eso es todo —concluyó Julián—. ¡Si eso es lo que la gente entiende por un tren fantasma, allí había uno, saliendo y entrando, sin cesar de resoplar, de ese túnel! Os puedo asegurar que

estaba muy asustado. Siento que no estuvieras allí también, Jorge, pero no quería que Ana se quedase sola.

Su prima no estaba en disposición de aceptar disculpas.

Aún parecía furiosa.

—Supongo que a Tim sí lo llevaríais con vosotros, ¿verdad? —dijo—. Creo que fue horrible por su parte irse sin despertarme, cuando sabía que a mí me hubiera gustado acompañaros en esa aventura.

—No seas tonta —exclamó Dick, disgustado—. No se te ocurra enfadarte ahora con el viejo Tim. Lo haces sentirse desgraciado, y, de todos modos, él no vino con nosotros. Salió a recibirnos a la vuelta, y después se marchó con Jock hasta la granja.

—¡Oh! —suspiró Jorge alargando la mano para palmotear a Tim, que pareció lleno de satisfacción—. Entonces Tim me fue leal. Por lo menos, es un consuelo.

Hubo un silencio. Nadie sabía muy bien cómo portarse con Jorge cuando cogía una de sus rabietas. El mejor procedimiento consistía en dejarla sola. No obstante, no podían irse y dejarla en el camping sólo porque estuviese descontenta y enojada. Ana asió con fuerza el brazo de su prima. Se disgustaba mucho cuando Jorge se portaba así.

—Jorge —empezó—, no tienes por qué estar enfadada conmigo también. ¡Yo no he hecho nada!

—Si no fueras una cobarde, demasiado miedosa para ir con nosotros, no hubiera pasado esto —respondió Jorge con aspereza, apartando el brazo.

Julián vio la cara ofendida de Ana y se enfadó.

—¡Cállate, Jorge! —ordenó—. ¡Te estás portando como una niña caprichosa, aunque pienses que vales tanto como un chico! ¡Diciendo tonterías como ésta! Me sorprendes.

Jorge se sentía avergonzada de sí misma, pero era demasiado orgullosa para confesarlo. Miró furiosa a Julián.

—¡Y tú me dejas sorprendida a mí! ¡Después de todas las aventuras que hemos corrido juntos, intentas darme de lado! Pero me dejarás ir la próxima vez, ¿verdad, Julián?

—¿Qué? ¿Después de tu espantoso comportamiento de hoy? —replicó Julián, que podía mostrarse casi tan obstinado como Jorge cuando quería—. ¡Claro que no! Ésta es mi aventura y la de Dick y

quizá la de Jock. No la tuya ni la de Ana.

Se levantó y se alejó con paso majestuoso colina abajo acompañado de Dick. Jorge se sentó, arrancando briznas de los tallos de brezo. Continuaba enfadada y rebelde. Ana estaba casi cegada por las lágrimas. Odiaba esta clase de situaciones. Se levantó y fue a preparar la comida. Quizá después de un buen almuerzo se calmaran los ánimos.

El señor Luffy se hallaba sentado fuera de su tienda, leyendo. Ya había visto a los niños aquella mañana. Levantó la mirada, sonriente.



—¡Hola! ¿Venías a charlar un rato conmigo?

—Sí —contestó Julián, ocurriéndosele de pronto una idea—. ¿Puedo consultar un momento su mapa, señor? Aquel grande que tiene usted, el que detalla cada kilómetro de los páramos.

—No faltaba más. Está en la tienda, por algún sitio. Buscadlo vosotros mismos.

Los muchachos no tardaron en encontrarlo, y lo extendieron,

examinándolo con atención. Dick se había dado cuenta al momento del propósito de Julián. El profesor continuaba enfrascado en su lectura.

—Este mapa señala las líneas ferroviarias que atraviesan los páramos. ¿No es cierto, señor? —preguntó Julián.

El señor Luffy asintió con la cabeza.

—En efecto. Hay muy pocas líneas. Supongo que les resultó más fácil a los ingenieros horadar un túnel por debajo de los páramos, de valle a valle, que construir un trazado sobre su superficie. En todo caso, un ferrocarril que pasase sobre los páramos estaría probablemente cubierto de nieve durante el invierno.

Los niños inclinaron sus cabezas sobre el enorme mapa. Los ferrocarriles aparecían marcados con líneas de puntos cuando eran subterráneos y con largas líneas negras cuando iban al aire libre, en los diversos valles.

Localizaron el lugar exacto en que acampaban. El dedo de Julián resbaló a través del mapa hasta detenerse donde se veía una pequeña línea de trazo seguido, al final de otra punteada.

Miró a Dick, quien asintió con la cabeza. Sí, aquello señalaba el lugar donde se hallaba el túnel del que salió el tren fantasma y las vías del depósito abandonado. El dedo de Julián volvió del depósito al túnel, en el punto en que empezaban las líneas punteadas. Ocupaban un pequeño espacio. Después se convertían de nuevo en líneas enteras. ¡Aquél era el lugar por donde el tren salía al otro valle!

El dedo señaló entonces un punto concreto, donde el túnel que nacía en el depósito parecía juntarse con otro que también recorría un trecho antes de ir a parar a otro valle. Los niños se miraron silenciosos.

—El tren fantasma pasa desde su túnel al valle de más allá o tuerce en esta bifurcación para dirigirse al otro valle —dijo Julián al fin, en voz baja—. Te diré lo que haremos, Dick. Pediremos al señor Luffy que nos lleve a la ciudad más próxima, con la excusa de que necesitamos comprar algo. Una vez allí, nos despistamos un momento y salimos disparados hacia la estación. Quizás allí podremos enterarnos de algo sobre estos dos túneles. ¡Ojalá acertemos!

—Buena idea —corroboró Dick. Se aproximó al señor Luffy y le

dijo—: Señor, ¿está usted muy ocupado hoy? ¿Le sería posible llevarnos a la ciudad más próxima después de comer?

—¡Claro que sí! ¡Naturalmente! —respondió el profesor con toda amabilidad.

Los niños se miraron el uno al otro contentísimos. ¡Dios quisiera que encontrasen algo! Pero no llevarían a Jorge con ellos. La castigarían por su mal carácter dejándola atrás.

Capítulo 13

Un plan emocionante

Ana los llamó para comer.

—¡Venid! —gritó—. ¡Ya está todo preparado! ¡Decid al señor Luffy que tenemos bastante para él!

El señor Luffy acudió de muy buena gana. Pensó que Ana era una maravillosa ama de camping.

Miró con aprobación al conjunto extendido sobre un mantel blanco en el suelo.

—Hum… Ensalada, huevos duros, lonjas de lengua. ¿Qué es esto? Pastel de manzana. ¡Dios mío! ¡No me digas que has cocinado todo esto, Ana!

La niña rió.

—No, todo viene de la granja, naturalmente, excepto el jugo de lima y el agua.

Jorge comió con los otros, pero apenas pronunció una palabra.

Rumiaba sin cesar sobre su mal comportamiento. El señor Luffy la contemplaba de cuando en cuando, perplejo.

—¿Te encuentras bien, Jorge? —preguntó de repente.

Jorge enrojeció.

—Sí, muchas gracias —respondió en un vano intento por recuperar su buen carácter, aunque no logró ni sonreír. El señor Luffy la observó y se sintió aliviado al ver que comía tanto como los demás. Al menos, no aparentaba estar enferma. Probablemente se había producido alguna clase de pelea entre ellos. Sabía que era mejor no interferirse.

Acabaron la comida y bebieron todo el jugo de lima. Era un día caluroso y estaban sedientos de verdad. Tim vació su plato de agua

y fue a mirar con ansiedad el cubo de lona que guardaba el agua para fregar. Pero estaba demasiado bien enseñado para beberla cuando sabía que no podía hacerlo.

Ana rió y echó algo más de agua en su plato.

—Bien —dijo el señor Luffy, empezando a llenar su vieja pipa de madera—. Si alguien quiere venir conmigo a la ciudad esta tarde, estaré listo en pocos minutos.

—Yo sí —respondió Ana, al momento—. No nos llevará ni un segundo a Jorge y a mí lavar todo esto. ¿Vendrás tú también, Jorge?

—No.

Los chicos cambiaron entre sí una mirada de alivio. Ya se habían imaginado que se negaría a acompañarlos. Pero si hubiese sabido lo que trataban de encontrar, seguramente hubiera ido con mucho gusto.

—Voy a dar una vuelta con Tim —determinó Jorge, cuando toda la vajilla estuvo limpia.

—De acuerdo —contestó Ana, que juzgaba en su interior que sería preferible dejar a Jorge sola aquella tarde para que se liberase de sus resentimientos—. Te veré más tarde.

Jorge y Tim partieron. Los otros se encaminaron con el señor Luffy hacia donde estaba aparcado el coche, al lado de la roca grande.

—El remolque está enganchado —observó Julián—. Esperen un momento. Será mejor que vaya a desengancharlo. No necesitamos llevar un remolque vacío saltando detrás durante kilómetros.

—¡Tonto de mí! ¡Siempre me olvido de desenganchar el remolque! —exclamó el señor Luffy, apesadumbrado—. ¡Las veces que me lo he llevado sin darme cuenta!

Los chicos se guiñaron el ojo. ¡El pobre viejo Luffy! Siempre estaba haciendo cosas así. No era extraño que su mujer estuviese siempre preocupada por cosas sin importancia, dando vueltas a su alrededor como una gallina clueca con un pollito loco, cuando estaba en su casa. Salieron en el coche, saltando por la tosca carretera, hasta que llegaron a la pulida autopista.

Se detuvieron en el centro de la ciudad.

El profesor les dijo que se encontrarían en el hotel situado enfrente del aparcamiento a las cinco, para tomar el té.

Los tres marcharon juntos, dejando que el señor Luffy entrase en una librería y que husmease por allí. Resultaba extraño encontrarse sin Jorge.

A Ana no le gustaba mucho aquello y así lo manifestó a sus hermanos.

—Bueno, a nosotros tampoco nos gusta —confesó Julián—. Pero no podemos permitir que se porte así y se salga con la suya. Pensé que ya había pasado la edad de esta clase de caprichos.

—Bueno, ya sabéis que le encantan las aventuras —la defendió Ana—. Yo tengo la culpa. Si no me hubiese asustado tanto, me habríais llevado con vosotros y Jorge también habría venido. Es verdad lo que dijo de que yo era una cobarde.

—No lo eres —rechazó Dick—. Lo que pasa es que no puedes evitar el asustarte con las cosas que nos ocurren a veces. De todos modos, eres la más pequeña de nosotros. Pero el asustarte no significa ser cobarde. Sé que puedes mostrarte tan animosa como cualquiera de nosotros en los momentos difíciles, aunque en el fondo estés muerta de miedo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Ana al cabo de un rato. Los muchachos se lo dijeron y sus ojos se abrieron asombrados—. ¡Oh! ¿Vamos a enterarnos de dónde salen los trenes fantasma? ¿Creéis que vienen de uno de esos valles, a juzgar por el mapa?

—Sí. Los túneles son muy largos —respondió Julián—. Pero no creo que tengan más de kilómetro y medio. Pensamos que podríamos hacer algunas indagaciones y ver si hay por aquí alguien que sepa algo acerca del viejo depósito ferroviario y del túnel que nace en él. Naturalmente, no diremos ni una sola palabra acerca de los trenes fantasma.

Entraron en la estación. Se acercaron a un mapa de ferrocarriles y lo estudiaron con detenimiento. No les aclaró gran cosa. Julián se volvió a un joven mozo que transportaba equipaje.

—Oiga, ¿podría usted ayudarnos? Estamos acampando en los páramos, muy cerca de un depósito ferroviario con unas vías que van a parar a un túnel viejo. Nos gustaría saber por qué está fuera de uso ese depósito.

—Pues no lo sé —contestó el chico—. Tendríais que preguntárselo al viejo Tucky, ese que está allí. ¿Lo veis? Conoce todos los túneles que pasan por debajo de estos páramos como la

palma de la mano. Trabajó en ellos cuando era joven.

—Gracias —dijo Dick, encantado.

Sin detenerse, se encaminaron hacia donde estaba sentado al sol un viejo maletero con patillas, disfrutando de un descanso hasta la llegada del próximo tren.

—Disculpe —comenzó Julián, cortésmente—. Nos han dicho que usted conoce todos los túneles de los páramos como la palma de la mano. Debe de ser interesante.

—Mi padre y mi abuelo construyeron esos túneles —respondió el anciano, mirando a los niños con sus ojos pequeños y descoloridos, que se humedecieron a causa de la fuerte luz del sol —. Y yo he sido guardián en todos los trenes que pasan por ellos.

Murmuró una larga lista de nombres, todos los túneles que recordaba.

Los niños esperaron con paciencia hasta que el viejo maletero hubo acabado.

—Hay un túnel donde hemos acampado, en los páramos —dijo Julián cuando pudo tomar la palabra—. No estamos muy lejos de la granja Olly. Encontramos un viejo depósito abandonado, con unas vías que iban a parar a un túnel. ¿Lo conoce?

—¡Oh, sí! Es muy antiguo —contestó Tucky, asintiendo con su cabeza gris, sobre la cual descansaba, muy ladeada, la gorra de mozo—. Ya no se utiliza desde hace muchos años, ni tampoco el depósito. Hubo bastante movimiento por allí. Que yo recuerde, hasta que cerraron el depósito. A partir de entonces, el túnel tampoco volvió a ser aprovechado.

Los niños intercambiaron miradas. ¿Así que ya no se utilizaba? Pues bien, ellos lo sabían mejor.

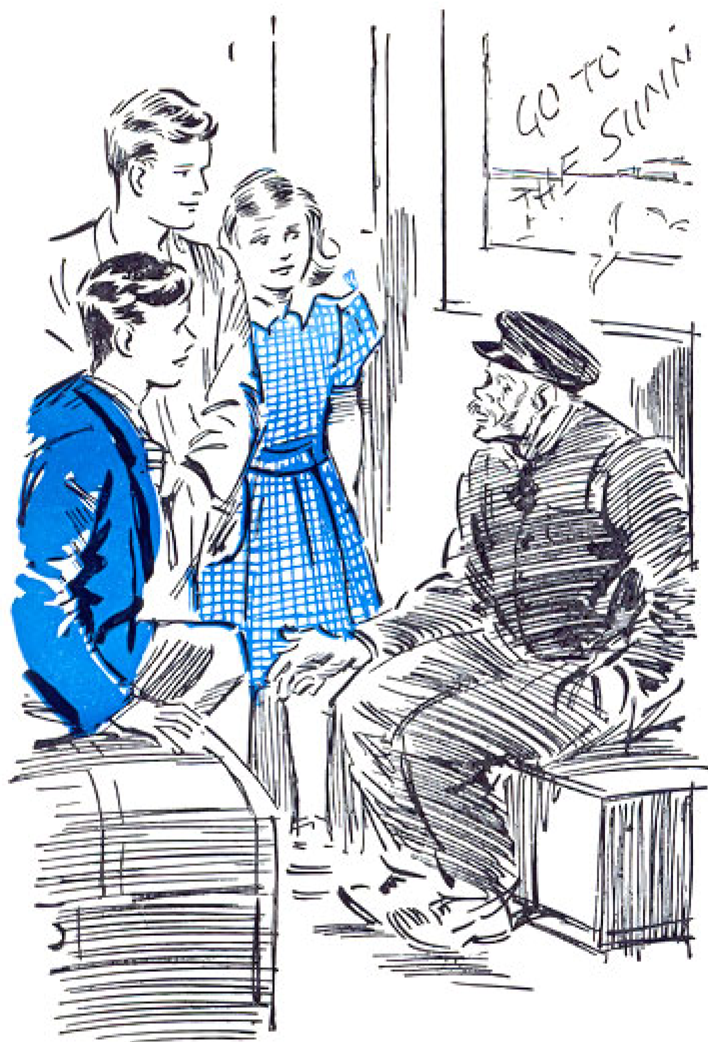
—El túnel comunica con otro, ¿no es cierto? —preguntó Julián.

El mozo, encantado con el interés que demostraban por los viejos túneles que él conocía tan bien, se levantó y se metió en su oficina. Salió con un mapa muy sucio y manoseado, que extendió sobre sus rodillas. Su negra uña señaló una marca en el mapa.

—Éste es el depósito, ¿veis? Le llamaban depósito Olly. Tomaba el nombre de la granja. Ahí están las vías que lo unían con el túnel. Empieza en el valle de Kilty. Y aquí es donde se unía con el túnel que va al valle de Rocker. Pero quedó obstruido hace años. Ocurrió un accidente. Creo que el techo se desplomó y la compañía decidió

no utilizar más el túnel que iba al valle de Rocker.

Los niños escucharon con el mayor interés. Julián iba pensando al mismo tiempo. Si aquel tren fantasma venía de algún sitio, tenía que ser del valle de Kilty, porque aquél era el único camino posible desde que el ferrocarril al valle de Rocker fue tapiado en el lugar donde se unían los dos túneles.



—Entonces, supongo que ahora no pasarán ya trenes desde el túnel del valle de Kilty al depósito Olly.

Tucky resopló.

—¿No os acabo de decir que hace muchos años que no se aprovecha el depósito? El del valle de Kilty se ha vuelto a emplear alguna vez, aunque ignoro si las vías continúan allí. No ha pasado ninguna máquina por ese túnel desde que yo era joven.

Aquello se estaba poniendo muy interesante. Julián compró un paquete de cigarrillos al viejo Tucky y a éste le dio tal ataque de alegría que quería repetírselo todo otra vez. Incluso les regaló el viejo mapa.

—¡Oh, gracias! —exclamó Julián, encantado de tenerlo. Miró a sus hermanos—. Esto nos va a ser muy útil —aseguró.

Los demás asintieron.

Abandonaron al extasiado viejo y regresaron al centro de la ciudad. Encontraron un pequeño parque y se sentaron en un banco.

Estaban deseosos de discutir lo que el viejo Tucky les había contado.

—Es algo muy extraño —comentó Dick—. Oficialmente no pasan trenes por el túnel, hace años que no se utiliza y el depósito de Olly debe de estar abandonado desde hace siglos.

—Y sin embargo, parece que hay trenes que todavía van y vienen —adujo Julián.

—Pues entonces tienen que ser a la fuerza trenes fantasma —dijo Ana con los ojos muy abiertos y una expresión perpleja—. Julián, tienen que serlo, ¿no es cierto?

—Eso es. Parece como si lo fueran —respondió Julián—. Es de lo más misterioso. No puedo entenderlo.

—Julián —dijo de repente Dick—. ¿Sabes lo que podemos hacer? Esperaremos una noche hasta que veamos al tren fantasma salir del túnel en dirección al depósito En ese momento, uno de nosotros podría correr al otro extremo del túnel. Sólo tiene kilómetro y medio de largo, más o menos. Allí podría esperar a que saliese de nuevo. Así podríamos descubrir por qué hay un tren que va por ese túnel del valle de Kilty al depósito de Olly.

—Es buena idea —asintió Julián, temblando de emoción—. ¿Por qué no esta noche? Si Jock se presenta en el campamento, puede acompañarnos. Y si no, iremos solos tú y yo. ¡Jorge, no!

Se pusieron en pie excitados. Ana se preguntó si tendría valor suficiente para ir también, pero sabía que, en cuanto llegase la

noche, no se sentiría ni la mitad de lo valiente que se sentía ahora. ¡No, de ninguna manera! En realidad, no necesitaba meterse en esta aventura por ahora. Todavía no se había transformado en una aventura, propiamente dicha. No era más que un misterio insoluble.

Cuando llegaron, Jorge no había vuelto aún de su paseo. La esperaron un rato y al final apareció con Tim. Ambos presentaban aspecto de cansancio.

—¡Lo siento! Me porté como un asno esta mañana —dijo en seguida—. Perdí el control. ¡No sé lo que me pasó!

—¡Está bien! —respondió Julián amablemente—. Olvídalo.

Sus primos se mostraron muy contentos de que Jorge hubiera recuperado al fin el control de sí misma. En verdad, era una persona inaguantable cuando se enfadaba. Estaba muy mansa y no hizo la menor pregunta, sobre los trenes fantasma o sobre los túneles. Los demás tampoco mencionaron el tema. La noche era hermosa y clara. Las estrellas brillaban otra vez en el cielo. A las diez, los niños dieron las buenas noches al señor Luffy y se retiraron a sus respectivas tiendas. Puesto que Julián y Dick no pensaban ir a explorar hasta medianoche, se acostaron y se quedaron charlando en voz baja.

Hacia las once oyeron a alguien que se movía con cautela. Se preguntaron si se trataría de Jock, pero no los llamó. ¿Quién podría ser? Entonces Julián divisó una cabeza muy conocida que se dibujaba contra el cielo estrellado. Era Jorge. Pero ¿qué estaría haciendo? ¡A ver si les iba a fastidiar la salida, a pesar de todo! Ellos cuidaron de no producir ruidos sospechosos y la niña pensó que se hallaban dormidos. Julián dio uno o dos preciosos ronquidos, sólo para dejar que ella lo creyera así.

Por fin desapareció. Julián esperó algunos minutos más y asomó con infinitas precauciones la cabeza por la abertura de la tienda. Sus dedos palparon algo que parecía una cuerda. Hizo una mueca y volvió a meterse en la tienda.

—Ya he descubierto lo que estaba haciendo Jorge —murmuró—. Ha colocado una cuerda a través de la entrada de nuestra tienda. Y apuesto que va hasta su tienda y que se la ha atado en el dedo gordo del pie o en cualquier otro sitio de manera que, si nos marchamos sin ella, pueda sentir el tirón de la cuerda cuando la estiremos. Así se despertará y podrá seguirnos.

—¡La buena de Jorge! —cuchicheó Dick—. Siempre con sus trucos. Bueno, pues lo siento por ella. Esta vez no ha tenido suerte. Nos escurriremos por los lados de la tienda.

Y así lo hicieron, unos minutos después de las doce. No tuvieron necesidad de tocar la cuerda para nada. Pronto se encontraron entre los brezos y caminaron ladera abajo, mientras Jorge dormía el sueño de los justos en su tienda, al lado de Ana, esperando el tirón que no llegó. ¡Pobre Jorge!

Los muchachos llegaron al depósito abandonado. En primer lugar, trataron de comprobar si la luz de Sam Pata de Palo estaba apagada.

Así era, en efecto. Lo cual venía a significar que el tren fantasma aún no había pasado aquella noche.

Todavía estaban arrastrándose hacia el depósito, cuando advirtieron las primeras señales de que el tren se aproximaba.

Se oyó el mismo ruido discordante de la vez anterior, amortiguado por el túnel, y a poco apareció de nuevo el tren fantasma, sin luces, chirriando en su camino hacia el depósito.



—Rápido, Dick. Corre hasta la boca del túnel y vigila hasta que el tren dé la vuelta. Yo me dirigiré al otro extremo a través de los páramos. En ese viejo mapa hay un sendero marcado e iré por él. —Las palabras de Julián se atropellaban unas a otras. ¡Tanta era su excitación!—. Vigilaré bien por si el tren fantasma completa su recorrido y veré si se desvanece en el aire, o qué es lo que pasa.

Y sin añadir nada más, marchó a buscar el sendero que atravesaba los páramos hasta el otro lado del túnel. ¡Si corría todo el rato alcanzaría a ver lo que ocurría con aquel dichoso tren!

Capítulo 14

Jock llega al camping

Julián encontró el sendero por casualidad y avanzó por él lo más rápidamente que le fue posible. Empleó su linterna, pues no sentía el menor temor de tropezarse con nadie en aquel solitario camino, máxime por la noche. El sendero aparecía oculto por completo por la hierba. Sin embargo, logró seguirlo con cierta facilidad e incluso pudo correr a ratos.

«Si ese tren fantasma se demora, como hizo la otra vez, unos veinte minutos en el depósito, dispondré del tiempo justo para alcanzar el otro lado del túnel —jadeó Julián—. Estaré en el depósito de Kilty antes de que aparezca».

El camino le pareció muy largo. De pronto, el sendero comenzó a descender. Julián alcanzó a ver lo que parecía ser un depósito ferroviario. A la luz de las estrellas aparecieron algunas moles, que debían ser grandes cobertizos o algo parecido.

Recordó lo que el viejo mozo de estación había dicho. El depósito de Kilty aún era empleado para algo que no fue capaz de determinar. Claro que cabía la posibilidad de que hubiesen quitado las vías. Pudiera ser, incluso, que el túnel hubiera sido tapado. Se deslizó a gran velocidad sendero abajo y llegó a lo que en otro tiempo había sido un depósito ferroviario. Tal como había vislumbrado desde lo alto, grandes construcciones se alzaban a cada lado. Julián pensó que debían de haberse utilizado como lugares de trabajo. Encendió la linterna y la apagó muy de prisa. El pequeño relámpago sirvió, sin embargo, para mostrarle lo que estaba buscando: dos pares de raíles. Eran viejos y herrumbrosos, pero sabía que conducían al túnel. Los siguió en silencio, caminando en

dirección a la negra boca. No consiguió ver el interior. Encendió de nuevo la linterna y la apagó en el acto. Sí, las vías continuaban hasta dentro del túnel. Julián se detuvo y se preguntó qué haría a continuación.

«Me adentraré un trecho por el túnel y comprobaré si se halla tapiado por algún sitio», pensó. Así lo hizo, marchando entre el par de vías. Encendió su linterna, seguro de que nadie vería la luz y le detendría, preguntándole lo que estaba haciendo allí a aquellas horas de la noche.

El túnel se ensanchó de repente. Delante de él se abría un enorme boquete que desaparecía en la más profunda oscuridad. Seguramente no debía de estar tapiado. Julián descubrió un pequeño nicho practicado en la mampostería del túnel y decidió esconderse. Era uno de los nichos hechos por los trabajadores para guarecerse cuando pasaban los trenes en los viejos tiempos. Julián se metió en el sucio agujero y aguardó. Echó una mirada a la esfera luminosa de su reloj. Había necesitado treinta minutos para llegar hasta allí. Lo más probable era que el tren hiciese su aparición en pocos minutos. Tendría que permanecer muy quieto y muy callado. No podía evitar un intenso deseo de que Dick se encontrara allí con él.

¡Tenía tanto miedo, acechando en la oscuridad a un misterioso tren fantasma que aparentemente no pertenecía a nadie y que no cesaba de ir de un lado para otro…!

Esperó y esperó. Una vez creyó oír un rugido a lo lejos en el interior del túnel y contuvo la respiración, seguro de que el tren se aproximaba. Pero no llegó. Esperó media hora más y el tren no había aparecido todavía. ¿Qué le habría pasado?

«Esperaré otros diez minutos y después me iré —decidió Julián —. ¡Ya está bien de aguantar escondido en un sucio y negro túnel esperando a un tren que no viene! ¿Habrá decidido quedarse en el depósito de Olly toda la noche?».

Al cabo de diez minutos se levantó. Abandonó el túnel, se dirigió al depósito de Kilty y tomó por el sendero a través de los páramos. Se apresuró, ansioso de reunirse con Dick al otro extremo del túnel. ¡Seguramente estaría esperando a que Julián volviese! Dick estaba allí, cansado e impaciente. Cuando vio una rápida señal luminosa de la linterna de Julián, contestó con la suya.

—¡Has tardado siglos! —le reprochó Dick—. ¿Qué te ocurrió? Hace años que el tren se marchó por el túnel. No estuvo en el depósito más de veinte minutos.

—¿Que se marchó por el túnel? —exclamó Julián—. ¡Bravo! ¿Se marchó de verdad? Bueno. ¿Pues sabes una cosa? ¡No salió por el otro lado! Estuve años esperando. Ni siquiera lo oí, aunque una vez se escuchó un rugido muy atenuado. O puede que lo haya imaginado.

Los chicos quedaron en silencio, perplejos y confusos. ¿Qué clase de tren era ese que salía resoplando de un túnel en lo más oscuro de la noche y se volvía a meter en él, pero que no aparecía por el otro lado?

—¿Tú crees que ese segundo túnel de que nos habló el mozo de estación estaría obstruido de verdad? —preguntó Julián al fin—. Si no fuera así, el tren podría desviarse por él, naturalmente.

—Sí, ésa es la única solución, si el tren es real y no fantasma —asintió Dick—. Bueno, no podemos ir a explorar esos túneles ahora. Será mejor hacerlo durante el día. ¡Ya tengo bastante por esta noche!

Julián opinaba lo mismo. En silencio, los dos muchachos volvieron al camping.

Estaban tan cansados que se olvidaron por completo de la cuerda que atravesaba la entrada de su tienda y no se cuidaron de salvar el obstáculo. Se metieron en los sacos de dormir, satisfechos de poder descansar.

La cuerda propinó un fuerte tirón al dedo de Jorge, a través de un agujero que ésta había hecho en su saco. La niña se despertó sobresaltada. Tim estaba despierto. Había oído regresar a los muchachos. Lamió a Jorge cuando ésta se incorporó.

Jorge no se había desvestido del todo. Se liberó a toda prisa de su saco de dormir y salió de la tienda. ¡Ahora atraparía a los dos chicos escapándose a escondidas y los seguiría!

Pero no había ni rastro de ellos, no se oía un ruido por ningún sitio. Se deslizó en silencio hacia su tienda. Ambos muchachos aparecían sumidos en un profundo sueño, cansados de sus correrías de medianoche. Julián roncaba un poco y Dick respiraba tan hondo que Jorge podía oírlos desde donde estaba agachada.

Se sentía muy asombrada. Alguien le había tirado del dedo, de

modo que tenía que haber tocado aquella cuerda. Después de permanecer a la escucha durante algunos minutos, se levantó y se volvió a la cama. Por la mañana, tuvo ocasión de enfurecerse una vez más al relatarle Julián y Dick su aventura nocturna. Jorge apenas podía creer que se hubieran ido otra vez sin ella y que lo hubieran conseguido sin tocar la cuerda. Dick observó la cara de Jorge y no pudo evitar echarse a reír.

—Lo siento. Descubrimos tu truquito y lo esquivamos al marcharnos, pero hubiéramos sido unos bienaventurados si no lo hubiésemos olvidado en el regreso. Tuvimos que darte un tremendo estirón, ¿no es cierto? Supuse que habías atado la otra punta de la cuerda a tu dedo gordo.

Jorge le miró como si desease tirarle a la cabeza todos los cacharros del desayuno. Por fortuna para todos, Jock apareció en aquel momento. No lucía su acostumbrada y radiante sonrisa, sino que parecía más bien fastidiado.

—Hola, Jock —le invitó Julián—. Llegas a tiempo de tomar algo de desayuno. Siéntate y quédate un poco con nosotros.

—No puedo —respondió Jock—. No dispongo más que de unos minutos. Oíd, tengo que irme a pasar con la hermana de mi padrastro dos semanas. ¿No es un pícaro? ¡Dos semanas! Ya os habréis ido cuando vuelva, ¿verdad?

—Claro. Pero, Jock, ¿por qué tienes que irte? —exclamó Dick, sorprendido—. ¿Han tenido alguna pelea tus padres?

—No lo sé. Mamá no ha querido decírmelo, pero parece muy feliz. Mi padrastro está de un humor espantoso. Mi opinión es que quieren que me vaya fuera por alguna razón. No conozco muy bien a la hermana de mi padrastro. Sólo la vi una vez. Lo único que puedo deciros es que es espantosa.

—Bueno, ¿y por qué no vienes aquí y te quedas con nosotros, si lo que quieren es quitársete de encima? —preguntó Julián, preocupado por su amigo.

—¡Qué buena idea! —dijo.

—Aplastante —asintió Dick—. Bueno, no sé qué es lo que te detiene. Si quieren librarse de ti, no importa adónde vayas a vivir. Nos encantaría tenerte aquí.

—¡Estupendo! Vendré —prometió Jock—. No diré una palabra a mi padrastro. Sólo confiaré a mamá el secreto. Pensaba que me

pusiese en camino hoy mismo, pero me negué hasta que os viese a vosotros. No creo que se enfade conmigo y espero que arreglará las cosas con la hermana de mi padrastro.

La cara de Jock volvió a iluminarse. Las de los chicos resplandecieron también. Incluso la de Jorge. Tim expresó su júbilo meneando el rabo.

Sería estupendo tener a Jock, y, ¡qué cantidad de cosas tenían para contarle!

Se marchó a comunicar las buenas noticias a su madre, mientras sus amigos fregaban la vajilla. Una vez que Jock hubo desaparecido, Jorge volvió a ponerse furiosa recordando la faena de los muchachos.

Cuando empezaron a discutir lo que había sucedido la noche anterior, se negó rotundamente a escuchar.

—No voy a molestarme nunca más por vuestros estúpidos trenes fantasma —dijo—. No me dejasteis unirme a vosotros cuando quise y ahora no pienso tomarme el menor interés en el asunto.

Y se marchó con Tim sin aclarar adónde iba.

—Bueno, dejemos que haga lo que le parezca —exclamó Julián, exasperado—. ¿Qué espera que hagamos? ¿Irle detrás y asegurarle que la próxima vez la dejaremos venir con nosotros?

—Habíamos decidido ir de día —le recordó Dick—. Entonces no hay ningún inconveniente en que nos acompañe. Si Ana se niega a venir con nosotros, no supondría ninguna preocupación dejarla sola durante el día.

—Tienes razón —confirmó Julián—. Será mejor que la llamemos y se lo digamos.

Pero entonces Jorge se hallaba ya demasiado lejos para poder oírlos.

—Ha cogido bocadillos —dijo Ana—. Al parecer, piensa estar fuera todo el día. ¿No es estúpido?

Jock volvió al cabo de un rato con dos mantas, un jersey y más comida.

—Me costó mucho trabajo convencer a mamá —le explicó—, pero dijo que sí, al final. Aunque se hubiese negado, me las habría arreglado para venir de todos modos. Mi padrastro no va a tener ocasión de pegarme nunca más por rencor. Se ha creído que es un deporte. Nunca imaginé que algún día pudiese acampar con

vosotros. Si no tenéis sitio para mí en vuestra tienda, Julián, puedo dormir fuera sobre los brezos.

—Hay sitio de sobra —aseguró Julián—. ¡Hola, señor Luffy! ¡Se ha levantado temprano!

El señor Luffy se acercó y echó una mirada a Jock.

—¡Ah! ¿Éste es vuestro amigo de la granja? ¿Cómo estás? ¿Piensas pasar unos cuantos días con nosotros? Lo digo porque veo que has venido cargado de mantas.

—Sí, Jock ha venido a pasar un tiempo con nosotros —respondió Julián por él—. Mire toda la comida que ha traído. Bastante como para aguantar un cerco.

—Verdaderamente. Bien, me voy a preparar algunos de mis ejemplares. ¿Qué vais a hacer vosotros?

—Nos quedaremos por aquí más o menos hasta la hora de comer —dijo Julián—. Entonces iremos a dar una vuelta.

El profesor regresó a su tienda y, al poco, pudieron oír como silbaba al empezar su trabajo. De repente, Jock se levantó sobresaltado y pareció alarmarse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dick. Entonces oyó lo mismo que Jock había oído. Un silbido penetrante resonaba agudo un poco más abajo.

—Es él silbido de mi padrastro —respondió Jock, tembloroso—. Me está llamando. Mamá debe de haberle confesado la verdad o quizá descubrió por su cuenta que yo había venido aquí.

—¡Rápido! Escapemos de prisa y escondámonos —propuso Ana—. Si no te encuentra no podrá llevarte consigo. ¡Ven! Puede ser que se canse de buscarte y se vaya.

Nadie pudo exponer una idea mejor y, naturalmente, nadie sentía el menor interés por enfrentarse con un señor Andrews furioso. Salieron disparados colina abajo y se metieron por donde el brezo aparecía más alto y espeso. Se introdujeron en él y se echaron, escondiéndose entre las ramas altas.

Pronto se oyó la voz del señor Andrews llamando a su hijastro en vano. Al no recibir respuesta, se acercó a la tienda del profesor.

Éste, sorprendido por los gritos, asomó la cabeza por la abertura de la tienda a fin de enterarse de lo que ocurría.

No le gustó el aspecto del personaje que permanecía ante ella.

—¿Dónde está Jock? —preguntó el señor Andrews, encarándose

con él.

—Si quiere que le confiese la verdad, no lo sé.

—Tiene que volver —protestó el otro, rabioso—. No quiero tenerlo vagabundeando por ahí con esos críos.

—¿Qué es lo que han hecho? —inquirió el señor Luffy—. Le aseguro que yo los encuentro muy bien educados y que se comportan muy bien.



El señor Andrews examinó a su interlocutor y lo catalogó como

un viejo tonto e inocente, que probablemente le ayudaría a obligar a Jock a que regresase si le hablaba con amabilidad.

—Pues mire —explicó—. No sé quién es usted, pero deduzco que es un amigo de los niños. Si estoy en lo cierto, es mejor que le advierta que están corriendo un grave peligro.

—¿De verdad? ¿Y de qué modo? —preguntó el señor Luffy con suavidad, sin creer una palabra de lo que estaba oyendo.

—Hay sitios peligrosos por estos parajes. Muy peligrosos. Los conozco. Y esos niños han estado rondando por allí. Y si Jock se junta con ellos, empezará a hacer lo mismo. No quiero que se meta en líos. Destrozará el corazón de su madre.

—Claro —afirmó el señor Luffy.

—Bien. ¿Tendría la bondad de convencerlo y enviarlo a casa? Ese depósito del tren es el sitio peor. La gente dice que pasan por allí unos trenes fantasma. No me gustaría que Jock se mezclase en algo semejante.

—Claro —repitió el profesor, contemplando silenciosamente a su oponente—. Parece que está usted muy interesado por ese depósito del tren.

—¿Quién, yo? ¡Oh, no, en absoluto! —protestó—. Nunca me he acercado siquiera a ese sitio tan horrible. No me causaría el menor placer tropezar con el tren fantasma. ¡Saldría corriendo por espacio de un kilómetro! Es sólo que no quiero que Jock se meta en ningún peligro. Le estaría muy agradecido si se lo dijera así y lo mandara a casa, cuando vuelvan de dondequiera que estén.

—Claro —dijo por tercera vez el señor Luffy con rostro impasible.

El señor Andrews miró la dulce cara del señor Luffy y sintió unos súbitos deseos de abofetearle.

—Claro, claro, claro, ¿no sabe usted decir otra cosa? —gruñó.

Se volvió y se retiró sin despedirse. Cuando ya hacía un rato que se había marchado y sólo era un puntito a lo lejos, el señor Luffy gritó sonoramente.

—¡Se ha ido! Por favor, mandadme a Jock aquí para que pueda decirle… esto… unas cuantas palabritas.

Los niños salieron de su escondite entre los brezos. Jock se dirigió hacia el profesor con rebelde expresión.

—Sólo quería decirte —dijo el señor Luffy— que entiendo muy

bien por qué deseas estar lo más lejos posible de tu padrastro y que considero que no es asunto mío el lugar al que te hayas ido, para mantenerte apartado de él.

Jock hizo una mueca.

—Muchísimas gracias —suspiró aliviado—. Pensé que pretendía obligarme a regresar a casa. —Se abalanzó hacia los otros—. Todo va bien —dijo—. Voy a quedarme. Oíd, ¿por qué no vamos a explorar ese túnel después de comer? ¡Tenemos que encontrar sin falta ese tren fantasma!

—Buena idea —asintió Julián—. ¿Iremos? ¡Pobre Jorge! También se perderá esta aventura.

Capítulo 15

Jorge corre un aventura por su cuenta

Jorge se había marchado con una idea fija en la cabeza. ¡Tenía que descubrir algo sobre ese misterioso túnel! Determinó atravesar los páramos hasta el depósito de Kilty e investigar por esa parte.

¡Incluso podía ser que se arriesgase a volver a través del mismo túnel!

Pronto llegó al depósito de Olly. Desde la colina descubrió a Sam Pata de Palo trajinando junto a su cabaña. Bajó para hablarle. Él no la vio ni la oyó venir. Dio un respingo, asustado, cuando ella lo llamó.

Se volvió mirándola con ferocidad.

—¡Fuera de aquí! —gritó—. Os he dicho, niños, que no aparecierais por aquí. ¿Pretendéis acaso que pierda mi empleo?

—¿Quién le ordenó que nos echara? —preguntó Jorge, sorprendida de que alguien se hubiera enterado de su visita al depósito.

—Él —respondió el viejo. Se frotó los párpados y observó cuidadosamente a Jorge con sus miopes ojos—. Se me rompieron los lentes —dijo.

—¿Quién es «él», la persona que le dijo que nos echase? —preguntó la niña.

Pero el viejo pareció sufrir de pronto uno de sus bruscos cambios de humor. Se agachó y cogió un palo grande. Estaba a punto de tirárselo, cuando Tim soltó un ladrido y un gruñido amenazadores.

Sam dejó caer el brazo.

—Fuera de aquí, tú —repitió—. No querrás que un pobre viejo como yo tenga preocupaciones, ¿verdad?

Sin insistir más, Jorge se marchó. Decidió tomar el sendero que conducía hasta el túnel y echar una mirada a su interior. Sin embargo, cuando llegó allí, no había nada digno de verse. No sentía deseos de entrar sola en la negra boca del túnel, así que siguió por el sendero que Julián había tomado la noche anterior.

A medio camino se separó de él para indagar qué sería un extraño bulto que sobresalía entre los brezos.

Escarbó entre ellos y debajo encontró algo duro. Lo empujó, sin lograr que cediese. Tim, en la creencia de que su ama estaba cavando en busca de conejos, acudió solícito en su ayuda.

Se arrastró por entre los brezos y, de repente, dejó escapar un aullido de pánico y desapareció.



Jorge gritó:

—¡Tim! ¿Qué te ha pasado? ¿Dónde estás?

Experimentó un gran alivio cuando oyó un ladrido que provenía de algún sitio por allá abajo. ¿En dónde estaría? Lo llamó otra vez y Tim respondió con un nuevo ladrido. Jorge apartó a tirones las matas de brezos y de pronto descubrió lo que era aquel bulto tan extraño. Era un respiradero del viejo túnel, un agujero por donde

escapaba el humo en la época en que los trenes pasaban por allí. Había sido barrado con hierro, pero las barras se habían oxidado y caído con el tiempo. Y el brezo había crecido por encima, obturándolo.

—¡Oh, Tim! Debes de haberte caído por el respiradero —exclamó Jorge con ansiedad—. Me parece que no estás muy abajo. Espera un poco y veré lo que puedo hacer. ¡Si por lo menos los otros estuvieran aquí para ayudarme…!

Mas como no estaban, tuvo que hacerlo todo por sí misma. Intentó separar las barras rotas. Le llevó mucho tiempo. Al fin consiguió ponerlas al descubierto y ver dónde había caído Tim.

Éste la animaba de vez en cuando con pequeños ladridos, como si dijera: «Todo va bien. No te preocupes. Puedo esperar. No me he hecho daño».

Jorge tuvo que sentarse y tomar un descanso después de tanto esfuerzo. Se sentía hambrienta. Sin embargo, se prometió que no comería hasta que hubiera localizado de algún modo a Tim y pudiera enviarle algo. Pronto empezó otra vez a su tarea.

Fue descolgándose a través del orificio de entrada. El esfuerzo resultaba muy penoso y tenía miedo de que las oxidadas barras de hierro se rompieran bajo su peso. Por suerte no se partieron. Una vez debajo del respiradero, descubrió algunos escalones, construidos con grandes agujas de hierro empotradas y que sobresalían hacia afuera. Algunos de ellos conservaban aún peldaños atravesados. Evidentemente, aquello había sido en algún tiempo una escalera que iba hasta el orificio del respiradero. Muchos de los peldaños habían desaparecido, pero las agujas de metal que los habían sostenido se mantenían todavía en la pared de ladrillos del viejo y redondo respiradero.

Oyó que Tim emitía un pequeño ladrido. Ya estaba muy cerca de ella.

Descendió por el enorme agujero con infinitas precauciones. Su pie tocó el cuerpo del perro. Había ido a parar sobre una colección de barras de hierro, las cuales pertenecían en parte a la vieja escalera de hierro. Se habían despegado de ella y habían formado como una tosca pista de aterrizaje que retuvo al perro en su caída.

—Tim —se lamentó Jorge, horrorizada—. ¿Cómo voy a sacarte de aquí? Este agujero va directo al túnel.

No era posible sacar a Tim del agujero. No podría subir la escalera de hierro, sobre todo habiendo perdido tantos peldaños. Igualmente era imposible bajarlo.

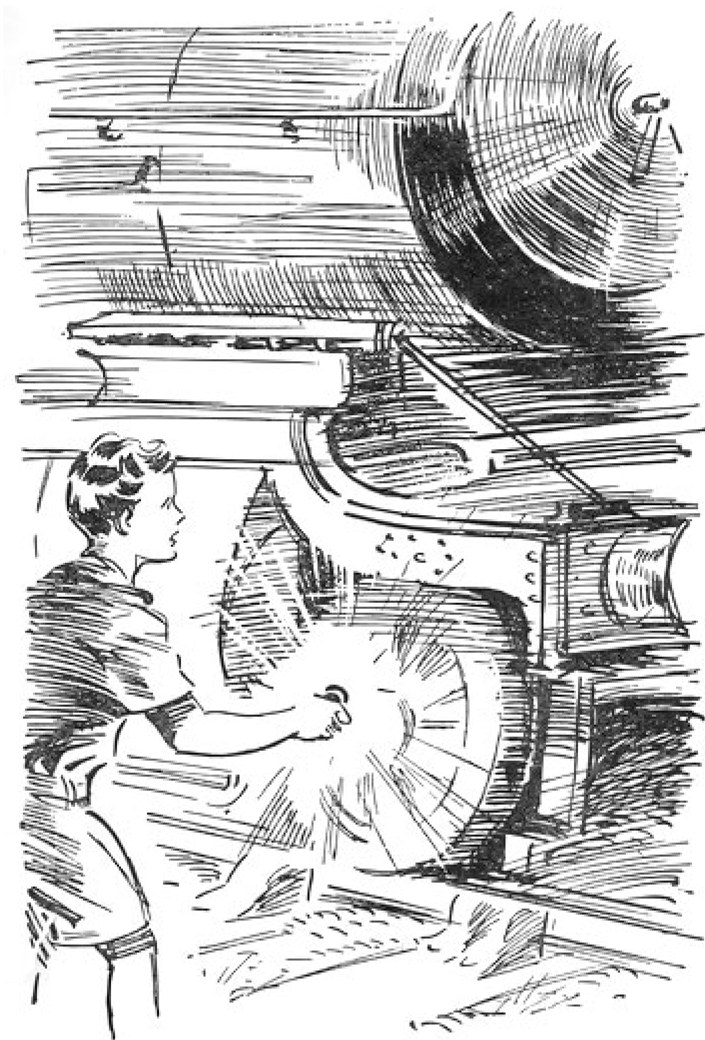
—¡Oh, Tim! —exclamó Jorge, en tono desesperado—. ¿Por qué tendré tan mal carácter? Si no hubiese perdido el control no me habría separado de los otros para hacer las exploraciones por mi cuenta. Ten cuidado no te caigas, Tim. Te romperías las patas.

Tim no tenía la menor intención de caerse. Estaba asustado. No obstante, había observado que su curiosa pista de aterrizaje aguantaba firme. Permanecía muy silencioso.

—Oye, Tim —dijo Jorge, al fin—. Lo único que me veo capaz de planear es intentar seguir bajando como pueda para comprobar si el túnel está muy lejos. Tiene que haber alguien por ahí para ayudarnos… ¡Qué tonta soy! No puede ser. Pero tengo que encontrar una cuerda o algo así. ¡Si pudiera ayudarte a bajar…! ¡Oh, querido Tim, qué pesadilla tan horrible!

Le dio una animosa palmada y empezó a tantear el hierro con los pies. Más abajo no faltaba ya ningún peldaño y era fácil descolgarse hasta allí. Pronto se encontró en el mismo túnel.

Llevaba la linterna consigo y la encendió. Estuvo a punto de dejar escapar un grito de horror.



¡Le había faltado muy poco para tropezar con un silencioso tren! ¡Casi podía tocar la máquina! Sí… podía ser… ¡el tren fantasma!

Jorge se detuvo respirando agitada.

Parecía muy viejo y pasado de moda. La máquina era más pequeña de lo normal y también los vagones. La chimenea semejaba más alta y las ruedas por completo diferentes a las de los trenes corrientes. Jorge se detuvo ante el silencioso tren, con la linterna encendida y la cabeza atontada. Realmente, no sabía qué hacer.

¡Debía de ser el tren fantasma! Había salido de ese túnel la noche anterior y había vuelto a penetrar en él. No había completado el recorrido hasta el depósito de Kilty, porque Julián lo estaba vigilando y juraba que no había salido por allí. No, se había limitado a llegar hasta la mitad del túnel y se había quedado allí, esperando la noche para empezar a correr de nuevo.

Jorge sintió que un escalofrío le recorría de pies a cabeza. Ese tren aparentaba tener años y años. ¿Quién lo conducía por la noche? ¿Lo manejarían hombres de verdad, o corría sin conductor, recordando sus viejos tiempos e itinerarios? No, eso era estúpido. Los trenes no podían pensar ni recordar. Jorge se balanceó sobre sus pies.

En aquel momento, el pobre Tim perdió el equilibrio sobre las barras de hierro. Se había asomado para oír mejor a su ama. Y sus patas habían resbalado. Ahora se estaba cayendo respiradero abajo.

Se pegó un soberbio golpe.

Chocó contra parte de la escalera y esto frenó su caída por un momento. Pero en seguida volvió a iniciar el descenso. Se encogió cuanto pudo, intentando sujetarse a algo para salvarse.

Jorge lo oyó caer y ladrar y se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Se quedó tan paralizada del susto que no fue capaz de moverse. Permanecía inmóvil en la parte baja del respiradero como una estatua, sin atreverse ni a respirar.

Tim cayó rebotando a su lado y soltó un gruñido. En un momento, Jorge estuvo arrodillada a su lado.

—¡Tim! ¿Estás herido? ¿Estás vivo? ¡Oh, Tim, por favor, dime algo!

—¡Buf! —respondió Tim, y se levantó más bien inseguro sobre sus cuatro patas.

¡Había ido a parar sobre una pila del más suave hollín! El humo de muchos trenes lo había ido depositando sobre las paredes del respiradero y con el tiempo había resbalado hasta formar un montón al pie. Tim había caído a plomo en medio de él y casi se había enterrado. Se sacudió y el hollín voló hasta Jorge. Ella no lo sabía y no trató de protegerse. Se abrazó al perro, y su cara, sus manos y sus vestidos quedaron tan negros como el carbón. Tanteó a su alrededor y encontró el suave montón que había impedido que

Tim se hiciese daño.

—¡Es hollín! Yo bajé por el otro lado del respiradero y no me había enterado de que estaba aquí. ¡Oh, Tim, qué suerte has tenido! Pensé que te habías matado o por lo menos que te habías hecho mucho daño.

Tim le lamió la nariz, llena de hollín, y no le gustó su sabor. Jorge se levantó. No le gustaba la idea de escalar otra vez aquel horrible respiradero. Y, de todos modos, Tim no podía hacerlo. La única solución que les cabía era caminar por el interior del túnel hasta encontrar la salida. No se había atrevido ni a imaginárselo antes, por si acaso se topaba con el tren fantasma, pero, puesto que éste se hallaba a buen recaudo a su lado, no había temor alguno por esta parte. Ella había estado tan angustiada por su perro que lo había olvidado por completo.

Tim se acercó a la máquina y olfateó sus ruedas. De repente, se coló de un salto dentro de la cabina. El espectáculo de la osadía de Tim al hacer aquello liberó a su ama de todo el miedo que había sentido. Si Tim no temía saltar al tren fantasma, es que no existían motivos para asustarse.

Decidió, por lo tanto, examinar los vagones. Había cuatro, todos ellos cubiertos. Alumbrando con su linterna, se subió al que tenía más cerca, empujando a Tim hacia atrás. Esperaba encontrarlo vacío, descargado hacía años y años por unos olvidados ferroviarios.

¡Pero estaba repleto de cajas! Jorge se quedó sorprendida. ¿Por qué un tren fantasma había de llevar cajas en su interior? Iluminó una con su linterna y la apagó a toda prisa. ¡Había oído un ruido en el túnel! Se agachó en el vagón, colocó su mano sobre el collar de Tim y escuchó. Tim también escuchaba, con el pelo del cuello erizado.

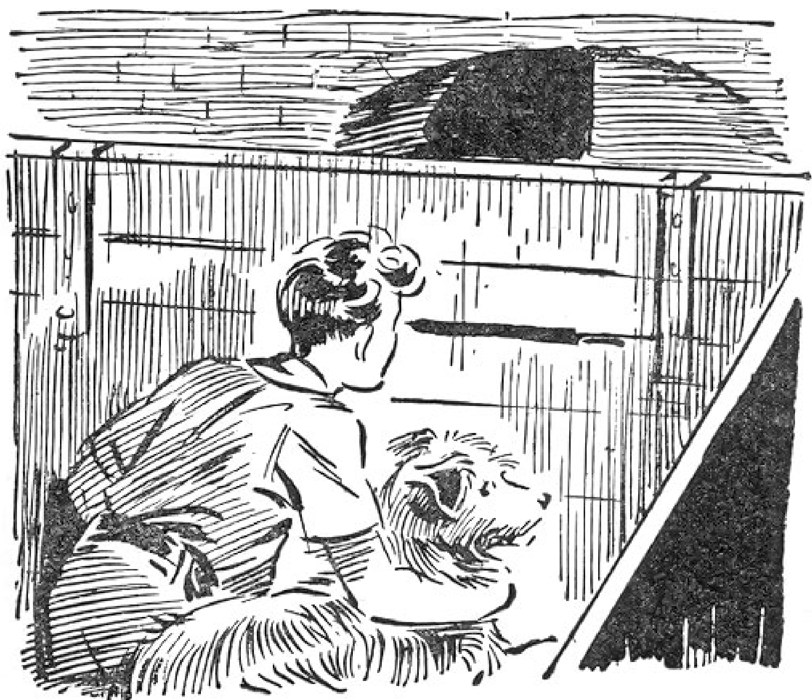
Se produjo un chirrido y después un golpe. Brilló una luz y el túnel quedó de súbito tan iluminado como el mismo día.

La luz procedía de una gran lámpara, situada a un lado del túnel. Jorge atisbo cautelosa desde un agujero del vagón. Pensó que aquel sitio debía de ser donde el túnel se bifurcaba. Un ramal se dirigía hacia el depósito de Kilty. ¿Pero era seguro que el otro estaba tapiado? Jorge siguió las vías con los ojos. Una continuaba en dirección al depósito de Kilty y la otra iba a dar en línea recta a

un gran muro, construido atravesando el segundo túnel, el que en otros tiempos había llevado hasta el depósito de Rocker.

«Sí, está tapiado, exactamente como el viejo le aseguró a Julián», se dijo Jorge para sí. Y entonces recibió el susto más grande de su vida. Tuvo que apoyarse en la pared del vagón, sin alcanzar apenas a creer lo que veían sus ojos.

¡El muro se estaba moviendo! Ante sus propios ojos, una gran parte de él se deslizó desde el centro de la pared hacia atrás, hasta que una abertura de forma extraña apareció en el grueso muro. Jorge jadeó. ¿Qué significaba todo aquello? Un hombre pasó por la abertura. Jorge estaba segura de haberlo visto antes en alguna parte. Se subió a la máquina del tren y se metió en la cabina.



Empezaron a brotar desde allí toda clase de sonidos. ¿Qué estaría haciendo aquel hombre? ¿Preparaba el fuego para que se pusiese en movimiento? Jorge no osaba intentar asomarse. No cesaba de temblar y Tim se apretó contra ella con objeto de confortarla.

Una nueva serie de ruidos, ruidos de vapor, siguieron a los primeros. El hombre debía de estar poniendo en marcha la máquina. Salía humo de la chimenea, más ruidos y algunos silbidos y chirridos.

De repente se le ocurrió que el hombre podía tener la intención de trasladar la máquina a través de la pequeña abertura en el muro de ladrillos. Entonces, suponiendo que volviese a cerrarlo, Jorge se hallaría prisionera ¡Permanecería escondida en el vagón, detrás de esa pared, y no podría escapar!

«Tengo que salir de aquí antes de que sea demasiado tarde —pensó Jorge llena de pánico—. ¡Sólo me queda la esperanza de que ese hombre no me vea!».

Mas en el momento en que iba a intentarlo, la máquina inició un ruidoso chuc-chuc y empezó a moverse hacia atrás. Corrió por las vías un pequeño trecho, luego cambió la dirección hasta que sus ruedas se encontraron sobre las vías que llegaban al segundo túnel, cuya pequeña abertura se veía ya claramente.

La niña no se atrevía a saltar del tren en marcha. Se agachó asustada cuando la máquina se dirigió a toda velocidad al agujero de la pared, que se extendía delante de ella, a través del otro túnel. ¡El agujero se ajustaba muy bien a las dimensiones del tren! Debía de haberse hecho a propósito, pensaba Jorge en tanto lo atravesaban.

El tren siguió en línea recta y salió a otro túnel, iluminado también por una luz brillante. Jorge atisbo el exterior a través del agujero. ¡Aquello era más que un túnel! Parecía un vasto sótano, que se ensanchaba a cada lado del túnel. Unos cuantos hombres holgazaneaban aquí y allá. ¿Quiénes eran y qué estaban haciendo con aquel viejo tren?

Se oyó un ruido extraño a su espalda. ¡El agujero de la pared de ladrillos se cerraba! Ahora no había ya modo de salir de allí.

«Es como el "Ábrete, Sésamo" de Alí Baba y los Cuarenta Ladrones —pensó Jorge—. ¡Y, como Alí Baba, estoy en la cueva y no conozco el modo de salir de aquí! ¡Gracias a Dios que Tim está conmigo!».

El tren se había detenido. Detrás de él quedaba el espeso muro y Jorge descubrió delante de ella otro semejante. El túnel había sido tapiado en dos sitios y en medio se había excavado aquella

extraordinaria caverna o lo que fuese. Jorge se devanó los sesos sobre la utilidad de un sitio tan extraño, pero no le encontró ni pies ni cabeza.

—Bueno, ¿qué dirían los otros si supieran que tú y yo estamos en el tren fantasma metidos en un escondite donde nadie en el mundo nos puede encontrar? —susurró Jorge a su perro—. ¿Qué podemos hacer, Tim?

Tim meneó la cola dubitativo. No entendía nada de todo aquello. Deseaba echarse un rato para meditar sobre las cosas que sucedían allí.

—Esperaremos hasta que los hombres se hayan ido, Tim —murmuró Jorge—. Es decir, si se van. Entonces saldremos y veremos si conseguimos manejar esa entrada de «Ábrete, Sésamo» y fugarnos. Será mejor que le contemos al señor Luffy todo esto. Aquí hay algo muy extraño y misterioso y tú y yo hemos ido a parar de cabeza en medio.

Capítulo 16

Otra vez en el túnel

Jock lo estaba pasando muy bien en el camping. Había ido de excursión con los otros y había comido tanto como le fue posible, y parecía sentirse muy feliz. El señor Luffy se reunió con ellos y Jock se entusiasmó con su presencia, considerándolo un verdadero amigo.

—¿Dónde está Jorge? —preguntó el señor Luffy.

—Se fue sola —respondió Julián.

El profesor Luffy miró a Julián y preguntó.

—¿No habréis peleado, por casualidad?

—Un poco —contestó Julián—. Tuvimos que permitirle marcharse. Ella es así.

—¿Y adónde se ha ido? —preguntó el profesor, sirviéndose un tomate—. ¿Por qué no ha vuelto a comer?

—Porque se llevó la comida —contestó Ana—. De todos modos, estoy un poco preocupada por ella. Incluso se llevó a Tim.

—Saldremos a explorar un poco —resolvió Julián cuando hubieron acabado de comer—. ¿Qué piensa hacer usted, señor?

—Creo que os acompañaré —dijo el señor Luffy de modo inesperado.

El corazón de los niños dio un brinco. Resultaba imposible investigar lo de los trenes fantasma y el túnel si el profesor iba con ellos.

—Bueno, no creo que le interese mucho, señor —objetó Julián, en tono más bien débil.

De todos modos, el señor Luffy recogió la indirecta, advirtiendo que aquella tarde no era muy deseado.

—Bien —asintió—. En ese caso me quedaré aquí y me dedicaré a mis cosas.

Los niños respiraron aliviados. Ana lo arregló todo con la ayuda de Jock. Dijeron adiós al señor Luffy y salieron, llevándose la merienda.

Jock estaba lleno de excitación, encantado de encontrarse entre sus amigos. No hacía más que pensar en que aquella noche dormiría en el camping. ¡Qué divertido sería! ¡Y el excelente señor Luffy, que siempre se lo tomaba todo por el lado bueno! Corrió detrás de los otros alegremente cuando salieron hacia el viejo depósito del ferrocarril.

Sam Pata de Palo se hallaba trajinando por allí como siempre. Le hicieron señas. No contestó. En vez de ello, levantó el puño y les chilló con voz ronca:

—¡Fuera de aquí! Entrometerse, eso es lo que hacéis. No os atreváis a venir por aquí, porque os echaré.

—Bueno, no nos acercaremos, no se preocupe —respondió Dick haciendo una mueca—. ¡Pobre viejo! Siempre pensando en echarnos con su pata de palo. No le daremos esa oportunidad. Sólo nos interesa encontrar las vías y seguirlas hasta el túnel.

Lo que hicieron resultó demasiado para la furia del pobre Sam. Gritó hasta enronquecer. Los niños no le hicieron el menor caso y se dirigieron sin detenerse hacia las vías. La boca del túnel les pareció muy redonda y negra cuando se hubieron aproximado.

—Continuaremos por el túnel hasta que logremos averiguar dónde se encuentra el tren fantasma que vimos la otra noche —dijo Julián—. No salió por el otro lado, de modo que tiene que estar en algún sitio del túnel.

—Si es un tren fantasma de verdad, debe de haberse desvanecido por completo —protestó Ana, quien había caído en la cuenta de que no le agradaba en absoluto la vista de aquel túnel. Los otros rieron.

—No habrá desaparecido —respondió Dick—. Recorreremos el túnel y lo examinaremos a fondo. Intentaremos descubrir qué es exactamente ese tren y por qué va y viene de esa manera tan misteriosa.

Se introdujeron en el negro túnel y encendieron las linternas que formaban pequeños regueros luminosos enfrente de ellos.

Avanzaban por en medio de las vías, observando con atención por si descubrían cualquier cosa que pareciese tener la forma de tren.

Aquellas vías parecían no acabarse nunca. Las voces de los niños sonaban extrañas y llenas de ecos en el largo túnel. Ana no se atrevía a soltar el brazo de Dick. Ahora deseaba no haber venido. De pronto recordó que Jorge la había llamado cobarde e irguió orgullosa la cabeza, determinada a no demostrar que estaba asustada.

Jock hablaba casi sin parar.

—En mi vida había hecho algo parecido. A esto le llamo yo una aventura de verdad, a la caza de trenes fantasma en un túnel oscuro. Me hace sentir a la vez magnífico y tembloroso. Espero que encontremos el tren. ¡Simplemente, tiene que estar en algún sitio!

Anduvieron, anduvieron y anduvieron. Pero no encontraron señales de ningún tren. Llegaron al lugar en qué el túnel se bifurcaba en dos ramales, uno hacia Kilty, y el que comunicaba con el valle de Rocker en otro tiempo. Julián reflejó la luz de su linterna en la enorme pared de ladrillos que atravesaba el segundo túnel.

—Sí, está tapiado. Y a conciencia —observó—. Esto nos deja un solo túnel para explorar. Sigamos.

Prosiguieron su camino. Poco se imaginaban que Jorge y Tim yacían temblorosos detrás del mismísimo tren fantasma. Durante mucho tiempo siguieron por las vías. De todos modos, no encontraron nada interesante. Al fin vislumbraron un pequeño círculo de luz brillando a lo lejos.

—¿Veis eso? —preguntó Julián—. Ése debe de ser el final del túnel. Bueno, si el tren no está entre nosotros y el depósito de Kilty ¡es que se ha marchado!

Recorrieron el resto del túnel en silencio y salieron al aire libre. El depósito de Kilty estaba compuesto por muchos edificios. La entrada del túnel estaba muy descuidada. La hierba había crecido atravesando las vías.

—Hace años que no ha salido ningún tren por aquí —dedujo Julián—. Las ruedas habrían desmenuzado la hierba.

—¡Extraordinario! —murmuró Dick, perplejo—. Hemos examinado todo el túnel y no había ningún tren, aunque sabemos positivamente que sale y entra. ¿Qué le habrá sucedido?

—¡Es un tren fantasma! —exclamó Jock, con la cara roja de

excitación—. No puede ser otra cosa. Sólo existe por la noche y entonces sale por las vías como solía hacer hace años.

—No me gusta pensar en ello —dijo Ana, temblorosa—. Es una idea horrible.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó Julián—. Hemos llegado a un punto muerto. Ni tren ni nada que se le parezca. ¡El túnel está vacío! ¡Qué final tan triste para una aventura!

—Hagamos todo el camino otra vez —propuso Jock. Deseaba sacar el mayor partido de aquella aventura, fuese como fuese—. Sé que tampoco veremos nada, pero nunca se sabe.

—No pasaría otra vez por ese túnel por nada del mundo —dijo Ana—. Prefiero quedarme al aire libre. Iré por la parte superior, por donde Julián fue el otro día. Vosotros tres podéis encontrarme al otro lado.

—De acuerdo —respondió Julián, y los tres niños se adentraron de nuevo en el oscuro túnel.

Ana se encaminó hacia el sendero que pasaba por encima. ¡Qué bueno era estar al aire libre otra vez! ¡Ese horrible túnel! Corrió alegremente, contenta de sentir la caricia del sol. Pronto alcanzó el otro extremo y se sentó en la cima de la colina para aguardar a sus compañeros. Buscó con la mirada a Sam Pata de Palo. De todos modos, él la vería. Quizá se encontraba en su cabaña.

No habían pasado más de dos minutos, cuando sucedió algo sorprendente. Apareció un coche bamboleándose por el áspero camino del depósito. Ana se levantó con objeto de observar mejor. Un hombre se apeó del coche. Los ojos de Ana estuvieron a punto de saltarle de las órbitas. Estaba segura de que era el señor Andrews, el padrastro de Jock. Fue a la cabaña de Sam y abrió la puerta. Ana pudo oír un rumor de voces. De pronto recibió una especie de rugido, procedente de un pesado camión, que avanzaba con precaución por el escarpado camino. Se metió en un viejo cobertizo que amenazaba ruina y se quedó allí. Entonces bajaron de él tres hombres. Ana los miró con fijeza. ¿Dónde los había visto antes?

«¡Claro! Son los trabajadores de la granja de Jock —pensó—. Pero ¿qué están haciendo aquí? ¡Qué extraño!».

El señor Andrews se reunió con ellos y, para desesperación de la niña, emprendieron el camino en dirección al túnel. Su corazón casi

dejó de latir. ¡Cielo santo! Julián, Dick y Jock continuaban en el interior del túnel. ¡Tropezarían de bruces con el señor Andrews y sus hombres! ¿Qué sucedería? El señor Andrews les había advertido que no pusieran los pies allí y se lo había prohibido de manera terminante a Jock.

Ana contemplaba a los cuatro hombres en tanto se encaminaban a la lejana boca del túnel. ¿Qué podía hacer ella? ¿Cómo conseguiría advertir a los chicos? ¡Era imposible! No le cabía otro remedio que permanecer allí, aguardando a que salieran, probablemente arrojados por un furioso señor Andrews. ¡Oh! Si los atrapaban, tenían segura una formidable paliza.

«Sólo puedo esperar —pensó angustiada la pobre Ana—. No hay otra cosa que hacer. ¡Por favor, Julián, Dick y Jock! ¡Venid pronto! No me atrevo a hacer nada para ayudaros».

Esperó cada vez más nerviosa. Ya hacía tiempo que había pasado la hora del té. Julián llevaba la merienda, de modo que Ana no podía entretenerse comiendo. Nadie salió del túnel. No se oía nada. Al fin decidió bajar y hacerle unas cuantas preguntas a Sam Pata de Palo. De modo que, aunque muerta de miedo, la niña se dirigió al depósito.

Sam estaba en su cabaña bebiendo cacao. Parecía muy enfadado. Evidentemente algo marchaba mal. Cuando vio la sombra de Ana cruzando la puerta, se levantó al momento, blandiendo el puño.

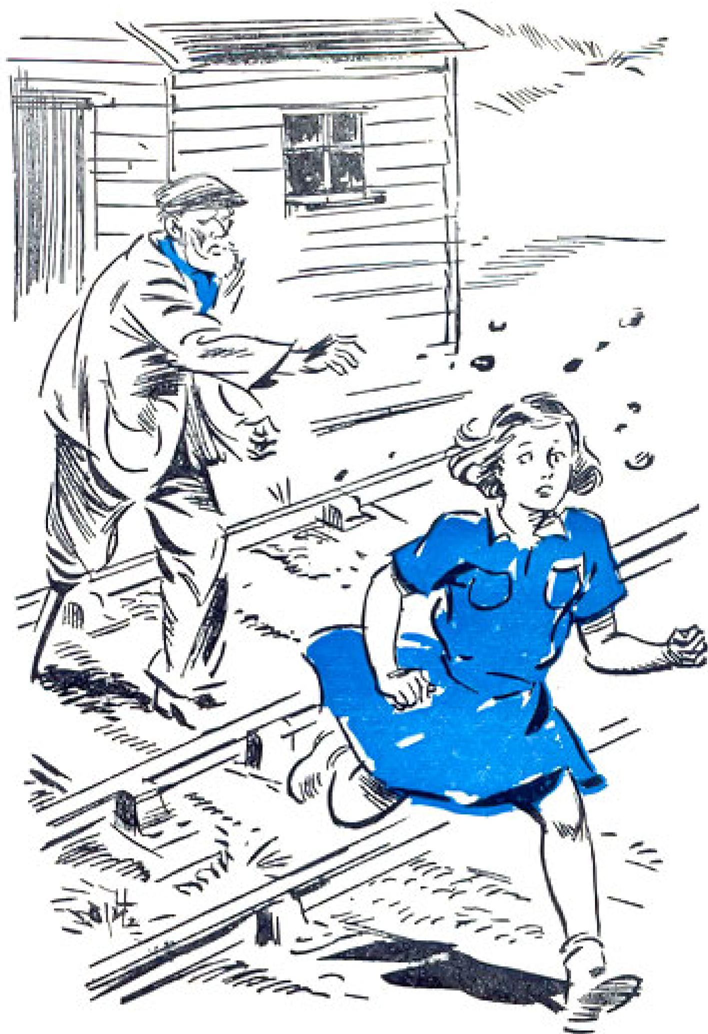
—¿Pero qué es esto? ¿Niños otra vez? ¿No os metisteis en el túnel esta tarde y no telefoneé al señor Andrews para que viniese y os cogiese a todos? ¿Por qué tenéis que andar metiendo las narices todo el rato por donde no os importa? ¿Cómo salisteis del túnel? ¿No os agarró el señor Andrews? ¿Eh?

Ana le escuchaba horrorizada. ¿Así que el viejo Sam había llamado por teléfono al señor Andrews para contarle que andaban por allí? Eso explicaba la presencia del padrastro de Jock. Había venido para atraparlos con sus hombres. La situación se estaba poniendo muy peligrosa.

—¡Ven aquí! —exclamó Sam de repente alargando su enorme brazo para cogerla—. ¡Ven, te digo! No sé dónde estarán los demás, pero, por lo menos, tendré a uno de vosotros.

Ana soltó un chillido y escapó disparada a pedir auxilio. Sam Pata de Palo la persiguió unos cuantos metros y después abandonó

el intento. Se agachó y cogió un puñado de astillas, arrojándolas en su dirección. Unas cuantas cayeron sobre ella y la hicieron correr más de prisa que antes.



Tomó el camino hacia los brezos y pronto se encontró en los páramos, anhelante y sollozando.

—¡Julián! ¡Dick! ¿Qué os habrá ocurrido? ¿Dónde estará Jorge? Si por lo menos volviese a casa… Ella es lo bastante valiente para ir a salvarlos. Yo no lo soy. Debo decírselo al señor Luffy. Él sabrá qué

hacer.

Corrió y corrió. Sus pies se enganchaban continuamente en los brotes del espeso brezo. Se caía y se levantaba otra vez. Continuaba su camino espoleada por una idea fija: encontrar al señor Luffy y contárselo todo. ¡Sí, se lo contaría todo acerca de los trenes fantasma! Había algo extraño e importante en aquel asunto y necesitaban una ayuda superior.

—¡Señor Luffy! ¡Oh, señor Luffy! ¿Dónde está usted? ¡SEÑOR LUFFY!

El señor Luffy no le respondía. Llegó a unas matas de espinos y creyó que eran las del camping. Pronto comprobó que se había equivocado. El camping no estaba allí. ¡Ana se había pedido!

—¡Me he perdido! —sollozó, y las lágrimas corrieron por sus mejillas—. Pero no debo asustarme. Tengo que encontrar el verdadero camino. ¡Dios mío! Estoy completamente perdida. ¡SEÑOR LUFFY!

¡Pobre Ana! Daba traspiés ciegamente, esperando llegar al camping, llamando una y otra vez:

—Señor Luffy, ¿no me oye? SEÑOR LUUUUFFY…

Capítulo 17

Un hallazgo asombroso

Entre tanto, ¿qué les había ocurrido a los tres chicos? Habían caminado despacio a lo largo del subterráneo, examinando con atención las vías para ver si quedaban rastros de que el tren hubiera pasado por allí recientemente. En el oscuro y poco aireado túnel crecían muy pocas hierbas, de modo que no podían deducir gran cosa por el estado de las mismas. Habían llegado poco más o menos a medio camino, cuando Julián descubrió algo interesante.

—¡Mirad! —dijo, iluminando de modo alternativo con su linterna las vías delante y detrás de él—. ¿Veis esto? Las vías están negras y herrumbrosas detrás de nosotros, pero a partir de aquí se vuelven brillantes, como si se utilizasen a menudo.

Tenía razón. A sus espaldas se extendían los raíles sucios y oxidados. Por el contrario, frente a ellos, en dirección a la boca del túnel que conducía hasta el depósito de Olly, el carril estaba brillante como si las ruedas de un tren hubieran pasado hacía poco por él.

—Es extraño —comentó Dick—. Parece como si el tren fantasma se limitase a ir de aquí al depósito de Olly y volver. Pero ¿por qué? ¿Dónde se puede haber metido? ¡Se ha desvanecido en el aire!

Julián se sentía tan sorprendido como Dick. ¿Dónde podía encontrarse el tren si no estaba en el túnel? Era evidente que había alcanzado la mitad del túnel y se había detenido allí. Pero ¿dónde se había ido entonces?

—Continuemos hasta la salida para ver si las vías siguen brillantes todo el camino —determinó Julián, al fin—. No podemos descubrir nada por aquí, excepto en el caso de que el tren se

materializase delante de nosotros.

Siguieron por el túnel, alumbrando el camino con las linternas. Hablaban muy entusiasmados mientras andaban, por lo cual no advirtieron que cuatro hombres estaban esperándolos, cuatro hombres escondidos en un pequeño nicho excavado a un lado, acechando en la oscuridad.

—Bueno —empezó Julián—. Creo…

Se vio obligado a interrumpirse, porque cuatro figuras se habían abalanzado de repente sobre ellos, dejándolos inmovilizados en un santiamén. Julián dio un grito y se debatió. Sin embargo, el hombre que lo sujetaba era demasiado fuerte para poder librarse de él. Las linternas rodaron por el suelo. La de Julián se rompió con el choque, mientras las otras dos permanecían encendidas, iluminando con sus rayos los pies del pequeño grupo que pataleaba.

No fueron necesarios más de veinte segundos para convertir a cada uno de los muchachos en un prisionero, con los brazos detrás, a la espalda. Julián intentó moverse, pero su guardián le retorció el brazo con tanta ferocidad que gritó de dolor y cesó de moverse.

—¡Oigan! ¿Qué significa esto? —preguntó Dick—. ¿Quiénes son ustedes y qué, imaginan que están haciendo? Sólo somos tres niños que exploran un viejo túnel. ¿Cuál es la razón de todo esto?

—Sacadlos a todos —ordenó una voz que reconocieron al instante.

—¡Señor Andrews! ¿Es usted? —gritó Julián—. Déjenos libres. Usted nos conoce. Somos los chicos del camping y Jock está aquí también. ¿Qué es lo que pretenden?

El señor Andrews no contestó. Furioso, pegó al pobre Jock tal bofetada en la oreja derecha que por poco lo hace caer rodando por el suelo.



Sus captores los forzaron a seguir por el túnel hasta más allá de la mitad. Ninguno llevaba linterna, así que toda la escena se desarrollaba en la oscuridad. Los tres muchachos caminaban dando traspiés. Sin embargo, los hombres parecían conocer muy bien el camino.

Al cabo de un rato se detuvieron. El señor Andrews se apartó de ellos y Julián le oyó dirigirse hacia la izquierda. En aquel momento sonó un extraño ruido, una especie de chirrido, como de algo que se deslizaba. ¿Qué estaba sucediendo? Julián abrió los ojos en la

oscuridad, pero no alcanzó a ver nada. Ignoraba que el señor Andrews estaba maniobrando el resorte que servía para correr la pared tapiada a través de la cual había pasado el tren.

Los tres chicos fueron empujados en la oscuridad, sin que se atrevieran a protestar.

Se encontraban ya en aquel extraordinario lugar, entre las dos paredes que se habían construido para tapiar el sitio en que el túnel se bifurcaba. El lugar en que el tren fantasma reposaba en silencio, con Jorge y Tim escondidos en uno de los vagones. Aunque nadie sabía esto último, como es natural. Ni siquiera al señor Andrews se le hubiera pasado por la imaginación que una niña y un perro estuvieran observándolos desde un vagón cercano.

Encendió una linterna e iluminó las caras de los tres niños. Ellos procuraban no poner de manifiesto el intenso pánico que los invadía. ¡Todo era tan sobrenatural e inimaginable! Ni siquiera tenían la menor idea de adonde los habían conducido.

—Os avisaron que os mantuvierais alejados de este depósito —dijo la voz de uno de los hombres—. Os aseguraron que era un sitio malo y peligroso. No os mentían. Lo vais a pasar muy mal por no haber hecho caso de nuestras advertencias. Os dejaremos aquí atados hasta que hayamos acabado con nuestros negocios. Puede que tardemos tres días tan sólo. O puede que sean tres semanas.

—¡Oiga! No pueden tenernos prisioneros todo ese tiempo —protestó Julián, alarmado—. Saldrán equipos a buscarnos por todo el lugar. Sí, a buscarnos. ¡Y tenga usted por seguro que nos encontrarán!

—¡Oh, no! No lo harán —respondió la voz—. Nadie será capaz de encontraros aquí. Ahora, Peters, átalos.

Peters así lo hizo. Quedaron con las piernas atadas y también los brazos, apoyados de cualquier modo contra la pared.

Julián protestó nuevamente.

—¿Por qué hacen esto con nosotros? Somos inocentes. No sabemos ni una palabra de sus asuntos, sean los que sean.

—Tampoco os daremos una sola oportunidad para que os enteréis —aseguró la voz. No era la voz del señor Andrews, sino otra, fuerte y firme, llena de determinación. Expresaba a la vez una buena dosis de fastidio.

—¿Qué pasará con mamá? —preguntó de repente Jock a su

padrastro—. Estará preocupada.

—Bueno, pues deja que se preocupe —contestó la voz en tono desdeñoso, antes de que el señor Andrews pudiera decir una palabra—. Es culpa vuestra. Se os advirtió con tiempo.

Los pies de los cuatro hombres se pusieron en movimiento. De nuevo se repitieron los mismos ruidos de antes. Salieron por el agujero de la pared y lo cerraron. Sin embargo, los niños no tenían la menor idea de qué era lo que los producía. No podían imaginarse de qué se trataba. Los ruidos desaparecieron y un silencio de muerte se enseñoreó del recinto. La oscuridad era muy profunda. Los tres niños aguzaron los oídos hasta estar seguros de que los hombres se habían marchado.

—¡Qué brutos! ¿Por dónde se habrán ido? —preguntó Dick—. ¡Corcho! Me han atado los pies tan apretados que la cuerda me está mordiendo la carne.

—Deben de tener algo muy importante que ocultar —comentó Julián en voz baja, intentando aflojar las cuerdas alrededor de sus manos.

—¿Qué va a suceder ahora? —dijo la asustada voz de Jock. La aventura ya no le parecía tan estupenda.

—¡Chits! —ordenó Julián de repente—. ¡Oigo algo!

Se callaron y escucharon. ¿Qué era aquello?

—Es… es un perro gimiendo —exclamó Dick de repente, muy asombrado.

En efecto. Lo era. Concretamente Tim, que seguía en el vagón con Jorge. Oyó las voces de los muchachos, las reconoció y deseaba reunirse con ellos. Pero Jorge no estaba segura de que los hombres se hubieran marchado de modo definitivo y mantenía la mano puesta sobre su collar. Su corazón palpitaba de alegría al pensar que ya no se encontraba sola. Los tres muchachos, y quizá también Ana, estaban allí, en el mismo extraño lugar que ella y Tim.

Los muchachos prestaron atención. El gemido sonó de nuevo. Entonces, Jorge soltó el collar de Tim, que saltó de cabeza del vagón. Sus pies patearon ansiosos por el suelo. Salió disparado hacia los niños en la oscuridad y Julián sintió una lengua húmeda que le lamía la cara. Un cálido cuerpo se apretó contra él y un pequeño ladrido le dio a entender quién era su propietario.

—¡Tim! ¿Oyes, Dick? ¡Es Tim! —gritó Julián lleno de júbilo—.

Pero ¿de dónde sale? ¿De verdad eres tú, Tim?

—Buf —respondió Tim, y lamió después a Dick y a Jock.

—¿Dónde está Jorge, entonces? —preguntó Dick.

—Aquí —dijo una voz, y Jorge saltó a su vez del vagón, encendiendo su linterna al mismo tiempo. Se acercó a los niños—. ¿Qué os ocurrió? ¿Cómo vinisteis aquí? ¿Os capturaron o algo así?

—Sí —contestó Julián—. Pero, Jorge, ¿dónde estamos? ¿Y qué haces aquí tú también? ¡Es como una pesadilla!

—Os cortaré las cuerdas antes de explicaros nada —dijo Jorge, y sacó su navaja.

En unos momentos los niños quedaron libres de las ligaduras y todos se sentaron, frotando sus doloridos tobillos y muñecas.

—¡Gracias, Jorge! Ahora ya me siento bien —dijo Julián, levantándose—. ¿Dónde estamos? ¡Qué curioso! Y esa máquina, ¿qué está haciendo aquí?

—Éste es el tren fantasma, Julián —respondió Jorge con una carcajada—. Sí, de verdad. Lo es.

—Pero si recorrimos todo el túnel sin encontrarlo —dijo Julián, confuso—. Esto es de lo más misterioso.

—Oye, Julián —le explicó Jorge—, sabes dónde está cortado el segundo túnel, ¿verdad? Bien. ¡Pues hay un trozo de la pared que retrocede a manera del «Ábrete, Sésamo»! El tren fantasma puede penetrar en ese agujero a través de las vías. Una vez pasado el muro, se para, y el agujero se cierra de nuevo.

Jorge encendió otra vez la linterna para enseñar a los niños la pared a través de la cual habían pasado. Después iluminó el muro opuesto.

—¿Veis eso? —dijo—. Hay dos paredes que obstruyen este segundo túnel. Entre ellas queda un gran espacio que les sirve para esconder el tren fantasma. ¿Ingenioso, no es cierto?

—Me lo parecería si pudiera ver algún sentido en todo esto —dijo Julián—, pero no entiendo una palabra. ¿Por qué se dedican a trajinar de un lado para otro con un tren fantasma por las noches?

—Eso es lo que tenemos que descubrir —contestó Jorge—. Ahora tenemos oportunidad para investigar. Mira, Julián, mira todas estas cuevas que se extienden a un lado y a otro del túnel. ¡Serían magníficos escondites!

—¿Para qué? —preguntó Dick—. ¡No encuentro ni pies ni

cabeza a todo esto!

Jorge volvió la luz de su linterna sobre los tres niños y de repente hizo una pregunta que los dejó desconcertados.

—Oíd, ¿dónde está Ana?

—¡Ana! No quiso volver con nosotros por el túnel, de modo que se fue por los páramos para encontrarnos al otro lado, en el depósito de Olly —dijo Julián—. ¡Caramba! Estará preocupadísima. Espero que no se le ocurrirá venir andando por el túnel a encontrarnos. Caería en las manos de esos hombres.

Todos se sintieron muy preocupados. Ana odiaba el túnel y se asustaría enormemente si alguien le agarrase en la oscuridad. Julián se volvió hacia Jorge.

—Haz girar tu linterna alrededor y echemos una ojeada a estas cuevas. Parece que no ha quedado nadie por aquí. Podríamos dar una vuelta.

Jorge obedeció y Julián pudo ver que unas vastas e impenetrables cuevas se extendían a cada lado del túnel. Jock descubrió algo más bajo la luz de la linterna. Observó un interruptor en la pared. Quizá lograría abrir el agujero.

Fue hacia él y lo pulsó. En el acto el lugar quedó inundado por una brillante luz. Por un momento se sintieron cegados por el repentino resplandor.

—Así es mejor —exclamó Julián, encantado—. ¡Estupendo, Jock! Ahora podremos ver bien lo que estamos haciendo.

Observaron el tren fantasma, que permanecía silencioso cerca de ellos sobre sus raíles. Realmente parecía tan viejo y olvidado como si perteneciera al siglo anterior.

—Es una pieza de museo —comentó Julián con interés—. Así que fue este viejo fantasma lo que vimos resoplando dentro y fuera del túnel por la noche.

—Me escondí en este vagón de aquí —explicó Jorge, señalando, y les relató su propia aventura. Los chicos, a duras penas podían creer que hubiera sido capaz de introducirse en aquel escondite, en el propio tren fantasma.

—Venid, echemos un vistazo a estas cuevas —dijo Dick. Se dirigieron hacia las más próximas. Estaban llenas de cestos y cajas de todas clases. Julián abrió una de ellas y dejó escapar un silbido.

—Todo es género robado, me imagino. Mirad aquí: cestos de té,

whisky y coñac, cajas y más cajas repletas de Dios sabe qué. Esto es un verdadero escondite de productos para el mercado negro.



Los niños exploraron un poco más allá. Las cuevas estaban llenas por completo de ricos géneros, que valdrían miles de pesetas.

—Todo robado, supongo —opinó Dick—. ¿Pero qué hacen con ello? Lo traen aquí en el tren, claro, y lo esconden. Sin embargo, de algún modo tienen que desprenderse de las mercancías.

—Las volverán a cargar en el tren y las llevarán al depósito. Allí las recogerán en los camiones. Disponen de bastantes para

llevárselas —dijo Julián.

—¡No! —rechazó Dick—. ¡Claro que no! Dejadme pensar. Lo robaban. Lo colocaban en los camiones y por la noche lo guardaban temporalmente en algún lugar.

—En la granja de mi madre —intervino Jock con voz asustada —. No olvidéis todos esos camiones que había en el granero. ¡Era esto para lo que los usaban! Venían al depósito de Olly por la noche y el género era cargado a escondidas en el viejo tren, que les salía al encuentro. Y entonces lo transportaban aquí para esconderlo.

—Fiuiiiu —silbó Julián—. ¡Tienes razón, Jock! Eso es exactamente lo que sucedía. ¡Qué ingenioso plan! Utilizar una honestísima granja como escondite, dotar la granja con hombres del mercado negro como trabajadores —¡no es extraño que trabajen tan mal!— y esperar a las noches oscuras para llevar la mercancía al depósito y cargarlo en el tren.

—Tu padrastro debía de conseguir un montón de dinero con este juego —dijo Dick a Jock.

—Sí. Por eso podía regalarle a mamá tanto dinero para la granja —respondió Jock, apenado—. ¡Pobre mamá! Esto le partirá el corazón. De todos modos, no creo que mi padrastro sea el jefe de este negocio. Hay alguien detrás de él.

—Lo mismo creo yo —asintió Julián, pensando en el pequeño y estúpido señor Andrews, con su nariz grande y su débil barbilla—. Es seguro que lo hay… Pero queda una cuestión por resolver. Si sacan este género de aquí de alguna otra manera que no sea a través del túnel por el que vino, tiene que haber otro camino para salir de estas cuevas.

—Creo que tienes razón —respondió Jorge—. Si existe, lo encontraremos. Y, lo que es más, nos escaparemos por él.

—Venid —dijo Julián. Y apagó la brillante luz—. Tu linterna será suficiente por ahora. Probaremos primero en esta cueva. Mantened los ojos bien abiertos.

Capítulo 18

Buscando una salida

Los cuatro niños y Tim penetraron en la enorme caverna. Evolucionaron entre los montones de cajas de madera y los cestos, maravillándose ante la cantidad de cosas que aquellos hombres habían robado poco a poco.

—No son cuevas hechas por la mano del hombre —observó Julián—. Son naturales. Es posible que el techo se desplomase en el lugar donde se juntan los dos túneles. De este modo, la comunicación entre ellos quedó bloqueada.

—Entonces, ¿fueron construidas las dos paredes en aquel momento? —preguntó Dick.

—No lo creo. No podemos imaginar cuándo comenzó a funcionar este mercado negro —respondió Julián—. Sin duda, alguien estaba enterado de que había cavernas por aquí. Cuando se le ocurrió el negocio, vino a verlo. Puede ser, incluso, que encontrara el viejo tren enterrado bajo un desprendimiento o algo así.

—Y lo resucitó y construyó otro muro secreto para hacer un escondite y utilizó el tren para sus propios planes —dijo Dick—. Y luego preparó esta entrada. ¡Qué ingenioso!

—También cabe la posibilidad de que este lugar fuese construido durante la última guerra —opinó Julián—. Puede ser que así se llevasen a cabo experimentos secretos y se olvidaran después. Luego debió de haber sido descubierto por los del mercado negro y utilizado de esta manera tan inteligente. En fin, no lo podemos asegurar.

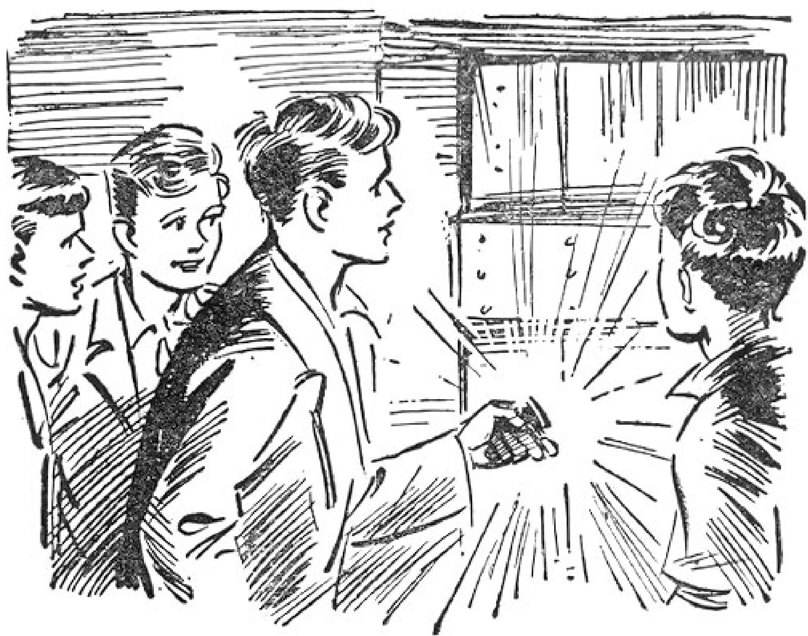
Habían caminado un buen rato por la cueva sin encontrar nada

de interés, aparte los cajones, cajas de madera y cestos. Por último, llegaron hasta donde había un montón de cajas cuidadosamente ordenadas y numeradas. Julián se detuvo.

—Parece como si hubieran preparado estas cajas para enviarlas afuera, a algún sitio —dijo—. Todas están puestas en orden y numeradas. Esto demuestra que la salida tiene que estar por aquí.

Cogió la linterna de Jorge e iluminó con celo a su alrededor. Encontró lo que quería. El rayo de luz se reflejó de súbito sobre una fuerte y tosca puerta de madera, situada en la pared de la cueva. Se dirigieron hacia ella precipitadamente.

—Esto es lo que buscábamos —exclamó Julián—. Apuesto a que sale a algún solitario paraje de los páramos, aunque no muy lejos de una carretera a la que los camiones puedan llegar para recoger las cosas y sacarlas de aquí.



—Algunas de las carreteras de los páramos son muy poco frecuentadas —dijo Dick—. Corren durante kilómetros y kilómetros por entre los desiertos páramos. Es una organización muy astuta. Los camiones, llenos de cosas, se guardan en una inocente granja para esconderlas en las cuevas del túnel a la hora conveniente. El

tren sale en la oscuridad a recoger las cosas y las trae aquí hasta que la alarma ha desaparecido. Entonces las sacan por esta puerta a los páramos y las cargan en los camiones, que vienen a recogerlas y las llevan hasta el mercado negro.

—Os conté como tropecé una noche con Peters que estaba cerrando el granero, ¿no? —exclamó Jock, excitado—. Era muy tarde. Bueno, sin duda acababa de llegar con el camión lleno de carga robada y a la noche siguiente la cargarían en el tren fantasma.

—Sí, eso es lo que debió de ocurrir —dijo Julián, que, mientras tanto, había estado intentando abrir la puerta—. Esta puerta es enloquecedora. No puedo conseguir que se mueva un solo centímetro y no hay ningún cerrojo visible.

Empujaron con todas sus fuerzas, pero la puerta no cedía. Era muy firme y fuerte, aunque tosca e inacabada. Los cuatro, jadeantes y sudorosos, desistieron al fin.

—¿Sabéis lo que pienso? —dijo Dick—. Esta estúpida tiene algo atrancado por fuera.

—Seguro que tienes razón —replicó Julián—. Es lógico que procuren mantenerla bien escondida con brezos y ramas por encima. Nadie la encontraría nunca. Supongo que los camiones se aproximan aquí desde la carretera cuando vienen a recoger mercancía. Se presentan, abren la puerta, la cierran y la atrancan cuando se marchan.

—¿No hay modo de salir de aquí, entonces? —preguntó Jorge, chasqueada.

—No tengas miedo —la tranquilizó Julián. Jorge dio un suspiro —. ¿Cansada? —preguntó su primo, amablemente—, ¿o hambrienta?

—Las dos cosas.

—Bueno, creo que nos queda algo de comida —dijo Julián—. Recuerdo que uno de los hombres tiró mi mochila detrás de mí, pero Dick traía también algo. Aún no hemos comido nada desde que salimos del camping. ¿Qué os parece si merendamos ahora? No tenemos posibilidad de escapar por el momento.

—Hagámoslo aquí —propuso Jorge—. No puedo andar ni un paso más allá.

Se apoyaron contra un gran cesto y Dick deshizo su mochila.

Había bocadillos, pastel y chocolate. Los cuatro comieron

agradecidos, si bien echaron de menos algo para beber con la comida.

Julián pensó qué habría sido de Ana.

—Me pregunto lo que habrá hecho —dijo—. Supongo que esperaría mucho tiempo. Entonces debió regresar al camping. Pero no conoce muy bien el camino y a lo mejor se ha perdido. ¡Ay! No sé lo que hubiera sido peor para Ana, si perderse en los páramos o estar prisionera aquí debajo con nosotros.

—Yo pienso que ni lo uno ni lo otro le habría hecho mucha gracia —replicó Jock, entregando a Tim el último trozo del bocadillo—. Debo confesar que estoy muy contento de tener a Tim con nosotros. ¡Caray!, Jorge, no podía creerlo cuando oí gemir a Tim, y, cuando tú hablaste, creí; que estaba soñando.

Permanecieron todavía un poco en el mismo lugar y después decidieron volver al túnel en que se hallaba el tren.

—Sólo nos queda la esperanza de encontrar el resorte que abre el «Ábrete, Sésamo» —dijo Julián—. Tendríamos que haberlo mirado antes, pero ni se me ocurrió siquiera.

Pronto estuvieron de nuevo junto al tren, que continuaba silencioso sobre las vías. Parecía un tren corriente ahora que no tenían motivos para pensar, como hasta hace poco, que era algo extraño y fantasmal.

Nuevamente dieron el interruptor de la luz para buscar alguna palanca o botón que abriese el agujero de la pared. Parecía que allí no había nada semejante. Probaron unos cuantos interruptores, pero no ocurrió nada.

De repente Jorge se dirigió hacia una gran palanca que estaba en la misma pared de ladrillos. Intentó moverla y no pudo.

Llamó a Julián.

—Julián, ven aquí. Me pregunto si esto tendrá algo que ver con lo que buscamos.

Los tres niños corrieron hacia ella. Julián intentó mover la palanca. No ocurrió nada. La empujó, pero no se movió. Entonces Dick la empujó, pero hacia arriba y con toda su fuerza. En el acto resonó un «¡bang!», en algún sitio, como si algo pesado se deslizase chirriando. Efectivamente, un gran trozo de la pared se movía despacio hacia un lado, hasta que por fin se detuvo. La salida ya estaba despejada.

—«Ábrete, Sésamo» —exclamó Dick, enfáticamente, cuando el agujero apareció.

—Será mejor que apaguemos la luz ahora —resolvió Julián—. Si todavía hay alguien en el túnel puede ver su reflejo en la pared y preguntarse quién la ha encendido.

Volvió atrás y la apagó, quedando a oscuras otra vez. Jorge encendió su linterna y sus débiles rayos iluminaron el camino de salida.

—¡Vamos de una vez! —se impacientó.

Salieron por el agujero y empezaron a recorrer el oscuro túnel en dirección al depósito de Olly.

—Escuchad —dijo Julián en voz baja—. A partir de ahora, no hablaremos una palabra y caminaremos lo más silenciosamente que nos sea posible. No sabemos quién puede estar esta tarde dentro o fuera del túnel y podríamos caer otra vez en sus manos.

Así lo hicieron. Avanzaron uno junto al otro en fila india, manteniéndose a un lado de las vías.

No habían caminado mucho tiempo, cuando Julián se detuvo en seco. Los otros chocaron uno contra otro y Tim dio un pequeño gemido cuando alguien le pisó la pata. La mano de Jorge se apoyó en su collar al momento.

Escucharon, sin osar apenas respirar. Alguien entraba en el túnel frente a ellos. Pudieron vislumbrar el punto de luz de una linterna y oyeron el ruido distante de pisadas.



—Por el otro lado, rápido —susurró Julián.

Dieron la vuelta, ahora con Jock a la cabeza. Recorrieron el camino tan rápida y silenciosamente como pudieron, para regresar al sitio donde los túneles se encontraban. Lo pasaron y siguieron hacia el depósito de Kilty, esperando salir por allí. Mas sus esperanzas eran vanas. Alguien con una linterna estaba allí al final del túnel. No se atrevieron a seguir. ¿Quién podría ser?

—Se darán cuenta de que el agujero de la pared está abierto —exclamó Dick de repente—. Lo dejamos abierto. Sabrán que nos hemos escapado y nos capturarán otra vez. Vendrán a buscarnos hasta aquí.

Permanecieron callados, apretados uno contra otro, Tim gruñía un poco desde el fondo de su garganta. Al fin, Jorge tuvo una idea.

—¡Julián! ¡Dick! Podríamos encaramarnos al respiradero por el que bajé —susurró—. Por el que cayó el pobre Tim. ¿Nos dará tiempo?

—¿Dónde está el respiradero? ¡Rápido! Búscalo.

Jorge intentó recordar. Era al otro lado del túnel, cerca del sitio donde los dos ramales se enlazaban. Si encontraba el montón de

hollín, lo habría localizado.

¡Cómo deseaba que la lucecita de su linterna no fuese descubierta! Cualquiera que fuese el que venía del depósito de Olly tenía que estar ya muy cerca. Halló la pila de hollín sobre la que Tim había caído.

—Está aquí —susurró—. Pero, Julián, ¿cómo podremos subir a Tim?

—No podemos de ninguna manera —denegó Julián—. Él tendrá que arreglárselas por sí solo para esconderse y escurrirse después fuera del túnel. Es lo bastante listo, no te preocupes.

Empujó primero a Jorge hacia el respiradero, cuyos pies encontraron los primeros peldaños. Luego siguió Jock, con su nariz casi tocando los talones de Jorge. Después Dick, y el último de todos Julián. Pero antes de que se las arreglara para encaramarse a los primeros escalones sucedió algo inesperado. Una brillante claridad inundó el túnel. Alguien había encendido la luz.

Tim se ocultó en las sombras y gruñó desde el fondo de su garganta.

Entonces se oyó una maldición.

—¡Está abierto! ¿Quién ha abierto el agujero de la pared? ¿Quién está ahí?

Era la voz del señor Andrews. Luego se oyó otra voz más grave e indignada.

—¿Quién está aquí? ¿Quién lo abrió?

—Los críos no pueden haber movido la palanca —objetó el señor Andrews—. Los atamos fuerte.

Tres hombres se introdujeron a toda prisa por el agujero de la pared. Julián se encaramó por los primeros escalones, aliviado. El pobre Tim quedó abandonado entre las sombras.

Los hombres volvieron a salir corriendo.

—¡Se han marchado! Las cuerdas están cortadas. ¿Cómo pueden haberse escapado? Dejamos a Kit de guardia a un lado del túnel y nosotros nos quedamos en el otro. Esos críos deben estar en algún sitio de por aquí o escondidos en las cuevas —dijo una nueva voz.

—Peters, investiga tú por el túnel, mientras nosotros buscamos por aquí.

Los hombres registraron por todas partes. No tenían la menor idea de la existencia del respiradero en el techo. No descubrieron al

perro, que se deslizó como una sombra, apartándose de su camino y aplastándose contra el suelo cuando la luz de una linterna pasó cerca de él.

Jorge prosiguió el ascenso, tanteando con el pie las agujas de hierro hasta que llegó a los peldaños rotos. Entonces se paró. Había algo que le obstruía el paso, sobre su cabeza. Levantó la mano para palparlo. ¡Vaya! En su caída, había desalojado algunas de las barras de hierro rotas, de tal manera que habían quedado colocadas a través del respiradero, unidas unas con otras. No se podía continuar subiendo. Intentó mover las barras, pero eran demasiado fuertes y pesadas y tenía miedo de que el montón entero cayese sobre la cabeza de los otros. En ese caso, aún podrían salir más perjudicados.

—¿Qué ocurre ahí arriba? ¿Por qué no sigues? —preguntó Jock.

—Hay algunas barras de hierro que obstruyen el respiradero. Debieron caer al mismo tiempo que Tim —explicó Jorge—. No puedo continuar. No me atrevo a empujar más fuerte las barras.

Jock pasó el mensaje a Dick y éste se lo transmitió a Julián. Los cuatro habían llegado a un punto muerto.

—¡Corcho! —exclamó Julián—. Hubiera deseado ser el primero. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Y, en verdad, ¿qué podían hacer? Allí estaban los cuatro, en la oscuridad, soportando el olor del viejo respiradero lleno de hollín, miserablemente incómodos sobre los peldaños rotos y las agujas.

—¿Te gustan las aventuras ahora, Jock? —preguntó Dick—. Apuesto a que desearías estar en tu propia cama en casa.

—¡Oh, no! —replicó Jock—. No lo olvidaré en los siglos de los siglos. Siempre deseé disfrutar de una aventura y no voy a gruñir cuando ésta ha llegado por fin.

Capítulo 19

¡Que aventura!

Entre tanto, ¿qué le había pasado a Ana? Había continuado dando traspiés de aquí para allá durante largo tiempo, sin cesar de llamar al señor Luffy. Y mientras, el señor Luffy estaba sentado en su tienda, leyendo pacíficamente. Sin embargo, cuando llegó la noche y con ella la oscuridad, comenzó a preocuparse muy en serio por los cinco niños.

Se preguntó qué debía hacer. Resultaría muy difícil para un solo hombre localizarlos en los páramos. ¡Serían necesarias media docena o más de personas para eso!

Al fin, resolvió coger el coche y encaminarse hacia la granja Olly con objeto de solicitar la ayuda de sus empleados. ¡Y así lo hizo!

Sin embargo, cuando llegó allí no encontró a nadie en la casa, excepto a la señora Andrews y a la criada. La señora Andrews se mostró furiosa y preocupada.

—¿Qué ocurre? —preguntó el señor Luffy con mucha amabilidad cuando ella se acercó corriendo al coche.

—¡Ah! ¡Es usted, señor Luffy! —exclamó, tan pronto como se dio a conocer él—. No sabía de quién se trataba. Ocurre algo muy extraño. Todos los hombres de la granja se han marchado con los camiones. Mi marido cogió el coche y se ha negado a explicarme nada. ¡Estoy tan preocupada!

El profesor decidió que sería preferible no aumentar aún más su angustia confesándole que los niños habían desaparecido. Puso el pretexto de que se había acercado tan sólo a buscar un poco de leche.

—No se preocupe —le dijo en tono consolador—. Las cosas irán

mejor mañana por la mañana, me imagino. Volveré entonces a verla. Ahora tengo que resolver un asunto urgente.

En tanto el coche traqueteaba por la carretera, se sentía perplejo. Sabía que algo insólito estaba sucediendo en la granja. Se había devanado los sesos sobre el misterio de los trenes fantasma. Deseó que los niños no se hubieran mezclado en nada peligroso.

«Creo que lo mejor será que vaya a decir a la policía que se han perdido —pensó—. Al fin y al cabo, yo soy el responsable de su seguridad. Verdaderamente, estoy angustiado por ellos».

Explicó cuanto sabía en la estación de policía. El sargento, un hombre inteligente, reunió al momento a sus hombres y dispuso un auto-patrulla.

—Debemos hallar en seguida a esos críos —dijo—. Y tendremos también que meternos en los asuntos de esa granja Olly y de esos trenes fantasma o lo que sean. Sabíamos que allí ocurría algo extraño, pero hasta ahora no hemos podido echarles el guante. Sin embargo, lo más urgente es encontrar a los niños.

El coche-patrulla marchó a toda velocidad hacia los páramos y los seis policías iniciaron la búsqueda, con el señor Luffy al frente.

¡Y a quien primero encontraron fue a Ana!

Todavía estaba rondando por allí, llorando y llamando al señor Luffy, aunque ya con voz más débil y baja. Cuando oyó que la llamaban en la oscuridad, saltó de alegría.

—¡Señor Luffy! Tiene que salvar a los chicos —rogó—. Están en ese túnel y el señor Andrews y sus hombres los cogieron, estoy segura. No salieron fuera, a pesar de que esperé y esperé. ¡Vamos, pronto!



—Tengo algunos amigos aquí que nos servirán de gran ayuda —respondió el profesor.

Llamó a los hombres y en pocas palabras les explicó lo que Ana le había contado.

—¿En el túnel? —preguntó uno de ellos—. ¿Por donde pasan los trenes fantasma? Bien. ¡Venga, muchachos, iremos allí abajo!

—Tú quédate atrás, Ana —ordenó el señor Luffy.

Sin embargo, la niña se negó a quedarse. Así que la llevó con él, siguiendo a los hombres que habían iniciado ya el camino a través de los brezos, hacia el depósito de Olly.

No molestaron a Sam Pata de Palo. Sin detenerse, se internaron en el túnel y avanzaron en silencio por él. El señor Luffy marchaba bastante rezagado, acompañado por Ana. Ésta había rehusado su ofrecimiento de permanecer ambos en el depósito.

—No —dijo—. No soy cobarde. De veras que no lo soy. Y quiero ayudar a rescatar a los chicos. Desearía que Jorge estuviera con ellos. ¿Dónde se habrá metido ella?

El señor Luffy le confesó que no lo imaginaba siquiera. Ana se

aferró a su mano, luchando entre el miedo que la invadía y su ansiedad por demostrar que no era cobarde. ¡Y el señor Luffy pensó que era una niña maravillosa!

Mientras tanto, Julián y los otros llevaban un buen rato en el respiradero, cansados e incómodos. Los hombres los habían buscado en vano y ahora examinaban con minuciosidad cada lugar a los lados del túnel.

Hasta que, como es natural, encontraron el respiradero. Uno de los hombres lo iluminó con su linterna, poniendo de manifiesto al mismo tiempo el pie de Julián. El hombre emitió un sonoro grito, que sobresaltó tanto al pobre Julián, que estuvo a punto de hacerle caer del peldaño en que se sostenía.

—¡Están aquí! Arriba, en este respiradero. ¿Cómo se les habrá ocurrido? ¡Bajad o será peor para vosotros!

Julián no se movió. Jorge empujó, presa de desesperación, las barras de hierro que se alzaban por encima de su cabeza. No consiguió moverlas ni un centímetro. Uno de los hombres subió por la escalera de hierro y agarró a Julián por el pie.

Tiró con fuerza de él hasta obligarle a resbalar fuera del peldaño. Acto seguido, el hombre asió el otro pie hasta obtener el mismo resultado. Julián se encontró colgado por los brazos y con el hombre tirando brutalmente de él. No pudo sostenerse durante más tiempo. Sus brazos, cansados, cedieron al fin y cayó hacia abajo, medio sobre el hombre y medio sobre el montón de hollín. Otro hombre se apoderó de Julián en seguida, mientras el primero subía al respiradero para buscar al siguiente muchacho. Pronto sintió Dick que también le tiraban del pie.

—Bueno, bueno. Suélteme de una vez. Ya bajo —gritó.

Y descendió, seguido por Jock. Los hombres los miraron furiosos.

—¡Vaya una lata que nos habéis dado! ¿Quién os desató? —preguntó el señor Andrews en tono áspero.

Uno de los hombres puso la mano sobre su brazo e hizo una seña hacia el respiradero.

—Alguien más está bajando —dijo—. Pero sólo atamos a tres chicos, ¿no es cierto? ¿Quién es ése, entonces?

Era Jorge, claro. No pensaba abandonar a los chicos. Apareció ante ellos tan negra como el hollín.

—Otro chico —exclamaron los hombres—. ¿De dónde salió?

—¿No queda nadie más ahí arriba? —los interrogó el señor Andrews.

—Mírelo usted mismo —contestó Julián con descaro, y se ganó una torta en la oreja como recompensa.

—No os andéis con contemplaciones ahora —ordenó Peters—. Propinadles una buena lección a estas buenas piezas. Sacadlos de aquí.

Los corazones de los niños se detuvieron, mientras los bandidos los agarraron sin miramientos. ¡Demonios! ¡Estaban prisioneros otra vez! De repente llegó un grito procedente del fondo del túnel.

—¡Tenemos que huir! ¡La policía!

Los hombres soltaron los brazos de los niños y permanecieron un instante indecisos. Un nuevo individuo apareció corriendo precipitadamente por el túnel.

—¡Os digo que viene la policía! —jadeó—. ¿Os habéis vuelto de piedra? Hay una patrulla entera. ¡Corred! Alguien se ha rajado.

—¡Vayamos hacia el depósito de Kilty! —gritó Peters—. Allí encontraremos los coches. ¡Rápido!

Y para desesperación de los niños, la banda completa echó a correr por el túnel hacia el depósito de Kilty. ¡Se escaparían! Oyeron el ruido que hacían sus pies al correr por la vía.

Jorge recuperó de pronto la voz.

—¡Tim! ¿Dónde estás? ¡A ellos, Tim! ¡Detenlos!

Una sombra negra saltó como una flecha de un agujero de la pared, en donde Tim se había mantenido oculto, esperando una oportunidad para reunirse con su ama. Había oído su orden y obedeció. Corrió como un galgo detrás de los bandidos, con la lengua colgando, jadeante. Aquéllos eran los hombres que habían maltratado a Jorge y a los otros, ¿verdad? ¡Ajá! ¡Tim sabía cómo tratar a gentuza como ésta!

En aquel momento los policías asomaron por el extremo del túnel, con el señor Luffy y Ana detrás de ellos.

—¡Se han ido por allí, perseguidos por Tim! —gritó Jorge.

Los recién llegados la miraron extrañados. Parecía un negrito. Los otros se hallaban asimismo espantosamente sucios. Sus caras aparecían negras de hollín a la luz de la lámpara que todavía brillaba en la pared del túnel.

—¡Jorge! —gritó Ana, feliz—. ¡Julián! ¿Estáis todos a salvo? Regresaba para decir al señor Luffy lo que os había pasado y me perdí ¡Estoy tan avergonzada!

—No tienes nada de qué avergonzarte —protestó el señor Luffy —. ¡Eres una chica estupenda! ¡Y valiente como un león!

Del fondo del túnel vinieron gritos, chillidos y ruidos. ¡Tim estaba trabajando a conciencia! Había copado a los nombres y se arrojaba sobre ellos, uno detrás de otro, tirándolos al suelo con su peso. Ellos se sentían aterrorizados ante la presencia de un animal tan enorme, que no cesaba de gruñir y de morder. Tim los mantuvo a raya en el túnel sin permitirles dar un paso más. Si alguno osaba moverse, se abalanzaba sobre él y lo retenía con sus dientes.



La policía llegó corriendo. Tim gruñó ferozmente para expresar que no estaba dispuesto a permitir que escapasen aquellos bandidos. En un momento estuvieron todos aprisionados por un par de fuertes brazos. Se les ordenó que se estuvieran quietos. El señor Andrews sufrió un ataque de nervios y estuvo a punto de desmayarse. Jock se sintió muy avergonzado de él.

—¡Cierra el pico! —exclamó un voluminoso policía—. Sabemos que no eres más que un miserable «pata de gato», que les saca dinero a los peces gordos por contener la lengua y obedecer sus

órdenes.

Tim ladró como si dijese: «Mientras que no se atreva a llamarle “pata de perro”… Sería un nombre demasiado honroso para él».

—Bueno. Creo que no he visto en mi vida unos niños más sucios que vosotros —dijo el señor Luffy—. ¡Voto por que nos dirijamos a mi coche! Os llevaré a todos a la granja Olly. Allí podréis tomar un baño y comer.

Cansados y sucios, aunque también muy emocionados, abandonaron el lugar. ¡Qué noche! Contaron a Ana todo lo que había sucedido y ella les narró a su vez su aventura. Casi se durmió en el coche mientras hablaba, de tan cansada como se encontraba.

La señora Andrews se hizo cargo en seguida de todo y se mostró muy amable, si bien trastornada al oír que su esposo había sido apresado por la policía. Preparó agua caliente para los baños y dispuso una buena comida para los hambrientos muchachos.

—Yo no me preocuparía demasiado, señora Andrews —trató de consolarla el señor Luffy—. Su esposo estaba necesitando una buena lección, usted lo sabe. Probablemente esto le obligará a marchar por el camino recto en el futuro. La granja es suya, de manera que ahora podrá contratar trabajadores adecuados que actuarán conforme a sus deseos. Y creo que Jock se sentirá más feliz sin padrastro por el momento.

—Tiene usted razón, señor Luffy —contestó la señora Andrews, enjugándose los ojos—. Toda la razón. Dejaré que Jock me ayude en la granja y esto funcionará maravillosamente. ¡Pensar que míster Andrews estaba complicado con esos del mercado negro! Ha sido su amigo quien le ha metido en este lío, ¿sabe usted? ¡Es tan débil! Se enteró de que Jock andaba rondando por aquel túnel, y por este motivo trató de llevárselo fuera y traerle un amigo para que se entretuviera con él. Ya sabía yo que pasaba algo raro.

—No me extraña que se preocupase cuando a Jock se le metió en la cabeza venirse al campamento con nuestro grupito —comentó el señor Luffy.

—Y todos esos cuentos de los trenes fantasma y el modo en que escondían ese tren y todo el género… —suspiró la señora Andrews —. Es como un sueño, ¿no es cierto? ¡Pensar que el depósito y el túnel han sido utilizados otra vez!

Corrió a comprobar si el agua para los baños estaba ya caliente.

Así era, en efecto, de modo que fue a llamar a los niños, que esperaban en el dormitorio grande. Se asomó y miró al interior. Entonces llamó al señor Luffy para que subiera.

Ambos contemplaron el espectáculo desde la puerta. Los cinco y Tim se habían echado en el suelo, en un confuso montón, esperando el agua del baño. No habían querido sentarse en las sillas, a causa de lo sucios que estaban, y habían caído dormidos en el mismo lugar en que se acomodaron, con las caras tan negras como las de un deshollinador.

—¡Me recuerdan eso del mercado negro! —susurró la señora Andrews—. Cualquiera pensaría que tenemos al lote completo aquí, en el dormitorio.

Los despertaron. Uno por uno tomaron su baño, y después una buena comida. Por fin volvieron al camping con el señor Luffy. Jock los acompañó.

Era maravilloso dormir abrigados dentro de los sacos. Jorge llamó a los tres niños.

—No os atreváis a salir sin mí por la noche, ¿oís?

—No te preocupes. Se acabó la aventura —contestó Dick—. ¿Te gustó, Jock?

—¿Que si me gustó? —dijo Jock con un suspiro de felicidad—. Fue sencillamente aplastante.



ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles mas leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que

significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y veníam a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsi, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es mas corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.

Notas

[1] N. de la T. Querido amor < <